

LUIS BELLO

VIAJE

POR LAS

ESCUELAS DE ESPAÑA



ANDALUCIA

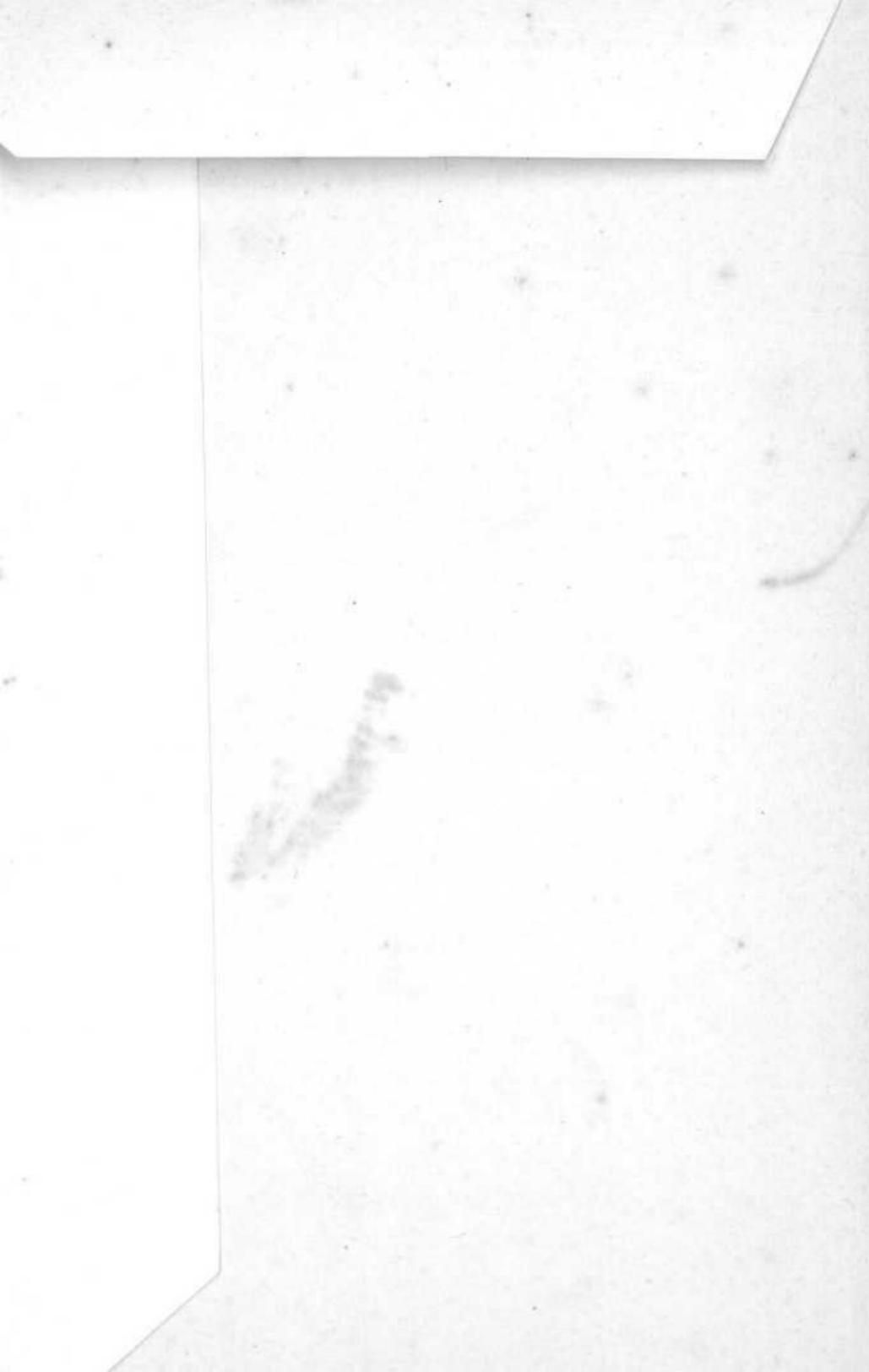
Cádiz · Málaga · Granada

LAS DOS CASTILLAS

Toledo · Soria



M A D R I D



D661
A

Viaje por las Escuelas
de España.

kl. 64503
CB 1082120

ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR

ENSAYOS E IMAGINACIONES SOBRE MADRID

Madrid, 1919. — Editorial «Saturnino Calleja», S. A.

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA. I

El cerco de Madrid. La Sierra. Por Castilla y León. Asturias. El prejuicio contra el maestro. — Madrid, 1926. «Magisterio Español».

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA. II

Por Andalucía: Cádiz, Málaga. Primer viaje a Granada. Las dos Castillas. Toledo. Soria. — Madrid, 1927. «Magisterio Español».

PRÓXIMO A APARECER

VIAJE POR LAS ESCUELAS DE ESPAÑA. III

Por Extremadura: Cáceres y Badajoz. Por Andalucía: Huelva.

LUIS BELLO

Viaje por las Escuelas de España.

* *

POR ANDALUCÍA:
Cádiz * Málaga * Granada.

LAS DOS CASTILLAS:
Toledo * Soria.

MADRID * 1927
MAGISTERIO ESPAÑOL



ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

POR ANDALUCIA



C Á D I Z

I

SOBRE EL COLOR DE ANDALUCÍA Y SOBRE EL TALENTO NATURAL

EN Tarifa me llevaron al caserío montaraz de La Peña, donde divisábamos, junto al mar, la torre del Salado y todo el campo de batalla. Ibamos a ver un local humilde, un establo más bien, propiedad del ganadero que estaba allí esquilando sus ovejas; y la presentación fué:

— Aquí, este señor, que es viajante en escuelas. . .

Un señor viajante en escuelas por fuerza ha de tropezar en Andalucía, para la buena marcha de su negocio, con el escollo del color local. Mejor que escollo debiera decir sargazos, algas que se enredan en la quilla y engordan el agua; pero, al fin, obstáculo muy serio para retardar, ya que no para impedir, la navegación. El color es tan fuerte, tan intenso, penetra tan hondo, que nos lo imaginamos no como color y, por tanto, apariencia, revestidura, costra o coraza si queréis, sino como carne, hueso y nervio de Andalucía. Yo respeto a los

enamorados del color sobre todas las cosas; y hay horas — y sitios — en que me dejo dominar también por ese encanto o hechizo maléfico; pero el buen hombre de Tarifa tenía razón. Un viajante en escuelas no debe dejarse envolver y seducir por estos enemigos amables que vienen a tenderle una red de frágiles resistencias naturales. Al color se le puede vencer. Está hecho, precisamente, para ser vencido, y todo cuanto vemos en torno nuestro desde la entrada por Santa Elena, toda esta cultura mora, romana y hasta la primitiva cultura tartesia, son victorias sobre el color de Andalucía.

Luego toma éste sus desquites, y la lucha viene a darle mayor interés y más refinada belleza. Vamos, por consiguiente, a nuestro fin, sin preocuparnos en aumentar con la imaginación las fuerzas del adversario y sin adelantarnos, siquiera, a suponer que nos hará guerra. Condición de los andaluces, extendida en mayor o menor grado, pero común a todas las Andalucías, es el despejo, el talento natural y una manera de educación espontánea que hace pensar en razas muy antiguas, trabajadas por la obra lenta de muchos siglos. Este podría ser ya obstáculo más grave para mi asunto que la simple magia del color. Si los andaluces vienen al mundo ya educados, ¿para qué necesitarán escuelas? Llego a Cádiz y entablo conversación con cualquiera: un maletero, un cochero, una mujer que sale del mercado. Quizá no sepan leer ni escribir, pero ¡qué bien se explican! He caído, precisamente, en la ciudad maravillosa donde todo es claro y expresivo: el mar, la luz, el gesto y las intenciones. Todo se transparenta en un aire limpio, sin polvo, y no concebimos que ninguno de estos amigos nuestros de la calle sufra la menor dificultad al expresar sus

pensamientos, que, por otra parte, se mueven ágilmente dentro de fórmulas personales, casi siempre felices. Cádiz, además de ser la ciudad andaluza, es el puerto. Tiene, pues, todas las sabidurías del tiempo y del espacio cada uno de estos chiquillos que andan descalzos por el arroyo porque no han querido ir a la escuela, porque no los han enviado o porque no hay bastantes escuelas para todos ellos. Son tartesios, fenicios, griegos, latinos, árabes; están ya de vuelta de innumerables viajes a todas las Indias. Bien podemos personificar en ellos ese despejo natural que se ríe, guiñándonos el ojo, de la virtud de la letra escrita.

Pues bien: yo adelanto mi fallo, quizá ligero o fundado en datos insuficientes, pero tan radical, que no quiero perder tiempo y lo doy desde ahora. Eso del talento natural y de la cultura innata para manejarse en la vida es teoría de gentes incautas o taimadas. Para vivir sobre el suelo como florecillas silvestres, o en la rama como los pájaros, les basta a esos muchachos lo que saben sin haberlo estudiado; pero si han de ir al mundo se encontrarán con otros que han aprovechado mejor el tiempo. Torpes y lentos, con voluntad y estudios, harán que los inteligentes y espontáneos les lleven las maletas. Hasta los señores, los grandes señores iletrados, se han convencido de que les conviene trabajar su inteligencia. He recordado más de una vez la frase que Luis Vives, en uno de sus diálogos latinos, pone en boca del príncipe: «Yo no necesito de aprender letras ni ciencias; mis predecesores me han dejado en qué vivir, y si me falta, no lo he de buscar con esas artes tan viles, sino con las armas.» Hoy ni a los príncipes les conviene ser ignorantes, y mucho menos a los que sólo cuenten con el día

y la noche. Pero ¿a quién trato de convencer? El lector de estas líneas está ya convencido. Si creyera, como algunos teóricos, que el estado de ignorancia es un estado de felicidad, hace ya tiempo que se habría fatigado con esta «Visita de Escuelas» y no llegaría conmigo a la de los pueblos andaluces.

Para no perderme en generalizaciones, pregunto a los maestros: «¿Hay alguna observación fija y constante sobre la inteligencia de los niños de sus escuelas?» «Sí. La precocidad. Aprenden bien, pero retienen mal. Van deprisa, pero no van lejos.» Quizá esto valga para los estudiantillos gaditanos y no para los cordobeses, sin contar, naturalmente, con las excepciones; pero ya nos dice algo en contra de la teoría del talento natural, puro, y de la civilización autóctona tartesia, superior a la pegadiza civilización europea. Seguiré, pues, teniendo fe en la eficacia de la letra escrita y en la escuela. Seguiré viajando escuelas por Andalucía, aunque deba conformarme con una labor de mera propaganda. El itinerario es magnífico. He amanecido en el llano de Córdoba, desembocando en el Guadalquivir cuando la primera luz del día lucha con aquellos extraños faroles de la estación que parecen palmeras frustradas y alumbra con reflejo casi lunar los primeros cortijos; he bajado del tren en todas las estaciones para respirar el aire de los campos sevillanos; he visto dehesas, toros, trigales y viñas en Jerez. . . Luego, las salinas egipcias de San Fernando, la bahía. . . Y ahora, antes de meterme en el hotel, con el deseo de seguir corriendo toda la noche las hermosas calles de Cádiz, guardo en la retina el último aletazo de la luz del faro que corre fantásticamente por las azoteas.

II

UNA TRADICIÓN DE CULTURA

HA sido el azar, por mano de un maestro, quien me hizo empezar por Cádiz mi visita de Andalucía. El plan era recorrer antes Málaga, Jaén, Almería y Granada. Una terrible estadística oficial iba marcándome el itinerario a través de esa gran cordillera de la ignorancia española que, según datos del Ministerio, tiene sus más altas cumbres en un pueblecito jienense llamado Santiago de la Espada, y en otro malagueño: Casarabonela, del partido de Alora. Pero yo celebro que la invitación del director de la Normal de Cádiz, D. Gregorio Hernández, me evitara ese error de método. Vale más ir llegando poco a poco a las regiones frías para no encontrarse desconcertado al ver que no hay nieves perpetuas, es decir, que no hay cifras absolutas y que los datos oficiales no bastan para formar con exactitud una geografía de la incultura. Hoy ya sé cómo es Casarabonela, rico arbolado y florido, delicioso rincón, jardín colgante; el arroyo de guijos resbaladizos y las casas blancas, enjalbegadas hasta las tejas de la iglesia. Hoy ya lo conozco, y estoy prendado de Casarabo-

nela' como de un hermoso paisaje con figuras. Pero hacía falta llegar despacio por Cádiz y su provincia, ir por Jerez y Arcos de la Frontera hasta Bornos y por el «Santo Desierto» de la Almoraima hasta Castellar. Sólo así podemos empezar a hablar de Andalucía, y no solamente de las grandes fallas, descampados o ruinas de la cultura andaluza.

En Cádiz nos rodea por todas partes una tradición de cultura. Ese encanto que no sabemos a qué atribuir y, por error, suponemos obra de la sal marina, del aire traslúcido y de la gracia innata de la raza, es, sencillamente, cultura. No la tendrán hoy los más obligados; esta Venecia occidental sufrirá su dux inepto; pero en Cádiz no hay nada que haya surgido por casualidad. Cuando llega de otras regiones el exquisito catador de ciudades y de culturas, entornando los párpados para graduarse la luz, debe saber que el espíritu creador de Cádiz sigue flotando todavía; porque esta Cádiz de hoy no cuajó por milagro, como el barco maravilloso en el huevo la noche de San Juan, sino que fueron labrándola y pensándola hombres que están muy cerca de nosotros y que dejaron herederos. Yo me resisto a ver Cádiz como una ciudad de la India donde todo es pasado; aunque algunas veces no distinga el nexa que une ese tiempo feliz con el tiempo presente. Perdónenme los que hayan fallado ya en contra este pleito entre las edades de España: yo tengo fe.

Aunque nos situemos en el paraje más favorable para sostener la tesis contraria; por ejemplo: en el patio del Hospital de Mujeres, de Cádiz. Está ese patio, ¡divinol!, entre la capilla que guarda el San Francisco, del *Greco*; el mejor *Greco*, y el jar-

dín de palmeras y naranjos, con su drago gigantesco traído de Africa, como un esclavo, y su fondo urbano de azoteas y tejadillos radiantes. El dolor, oculto; la protección, oculta. No he visto ni a las enfermas ni a las monjas. La sensación de felicidad que me invade — es preciso reconocerlo — tiene su raíz en otros siglos. Va, desde luego, más allá del XVIII. Pero percibiéndola yo y estando viva todavía la fuente de esa felicidad, fundada en motivos estéticos, es decir, en motivos culturales, no tengo derecho a creer que toda la tradición se ha roto y que no habrá medio de enhebrarla otra vez. El color y el acento pueden venir aquí visiblemente influídos por esta paz claustral; pero no es indispensable que traigan siempre igual origen. Hay en Cádiz una cultura civil. Antes hubo una civilización pagana.

Salto demasiado brusco, lo confieso. Desde ese mundo refinado, espléndido, tejido todo él como un tapiz rico de seda y oro, debo pasar a lo más mísero de Cádiz. Desde la belleza del cielo y el mar y la grandeza de sus instituciones, debo llegarme sin transición al agujero negro de una escuelita pública. A eso he venido. Aquí voy a encontrar la llave del gran secreto — que ya es mía — por donde se descubre la ruina interior de la ciudad espiritual.

Puedo empezar por el barrio de la Viña, gente pobre, o por el de Santa María, o por el barrio de Hércules. Puedo llegar por la rampa asfaltada a Puerta de Tierra. . . Todo será lo mismo. Descuido, abandono. Alguna vez destacará la intención, el buen deseo de realizar algo que por fin no se realiza. Conatos, que valdría la pena de ayudar y estimular, si supiéramos que iban a convertirse en

actos. ¿Para qué describir escuela por escuela, dando la impresión de cosas vistas, si en realidad no se distinguen del tipo medio de las escuelitas vulgares? He visitado en la misma aneja a la Normal, que suele tener carácter y consideración de modelo, un aula donde el aire está envenenado, como en la última escuela de suburbio. He oído a los maestros. Su entusiasmo se quiebra ante la incompreensión del pueblo y la falta de interés por las primeras letras.

¿Nada más que por eso? ¿Está en esas dos negaciones la razón de tanto abandono? He conseguido de persona que tiene en el Magisterio gaditano muy justa y muy ganada autoridad, el siguiente resumen: «Los maestros nacionales tropiezan para su gestión con la competencia que les hacen las Congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza. Los Hermanos de la Doctrina Cristiana poseen locales magníficos. Exigen a sus escolares para el ingreso que sepan ya leer, escribir y cuentas. Esto origina un trasiego tan grande de alumnos en las Escuelas Normales y una rémora tal para el cumplimiento de los fines ciudadanos encomendados al Magisterio Nacional, que podemos calificar de subordinada de las escuelas confesionales a una corporación de la que podía el Estado obtener mejores frutos». Reproduzco palabras que expresan con exactitud una situación. Con ellas queda dibujado en sus líneas esenciales el pórtico de la enseñanza primaria en Andalucía.

III

EN LA TACITA DE PLATA

TODO brilla, refulge y es alegre en Cádiz menos las escuelas. Con ayuda del sol y de la cal, los gaditanos se han hecho su escenografía de «tacita de plata», y no sabemos lo que hay tras esas paredes tan blancas, ni siquiera cómo son en realidad esas paredes; pero lo indudable es que aspiran a deslumbrarnos y a parecernos bien. Todo en Cádiz se adorna, se perfila; por lo menos, todo se enjalbega y aljofifa. Ninguna casa deja de prenderse, como una flor al pelo, algún detalle de graciosa ornamentación. Los interiores que vislumbro en los barrios pobres más pintorescos, traspasados de un olor viejo a pescado frito, suelen ser como en cualquier sitio donde pobreza manda; pero apenas pueden, ya asoma la preocupación de vivir entre cosas limpias y alegres. Esta es, sin duda, la tradición andaluza. Esto ha de quedar a cargo de la gaditana.

Pues si es así, ¿por qué abandonan las escuelas? ¿Qué han hecho las pobres escuelas para no merecer el cuidado que estas gentes dedican a sus casas? Si yo fuera tirano o déspota, en ejercicio, el

cuidado de las escuelas quedaría en todos los pueblos a cuenta de las mujeres. No he comprendido por qué razón estas andaluzas, tan escrupulosas dentro de casa, consienten que sus hijos vayan a locales sucios, lóbregos, llenos de polvo, de telarañas y alguna vez húmedos y malolientes. Un joven optimista y acomodaticio, forastero en Cádiz, me decía: «Mire usted, la cuestión es estar a la sombra. Aquí hace tanto calor, que con quitarlos del sol a los chicos, basta». Pero el caso es que en Cádiz llueve mucho. Otra leyenda que se me viene abajo. Aquí hay azoteas como en Levante; pero toda esta zona costera que da frente al Atlántico aguanta muchos días de lluvia al año. No diré que esto sea Bilbao ni Oviedo, pero llueve. Y hay días tristes en que las escuelas oscuras necesitarían luz artificial, días relativamente fríos en que estos niños — y estos maestros — necesitarían abrigo, y por lo menos, que no se colara el viento por los cristales rotos.

Supongamos que este clima no se acerca, sino que llega a ser el más suave del mundo. Pues tanto peor. Los chicos estarán mejor en la calle que en la escuela. Si no los atrae ni les ofrece sino incomodidades y molestias, preferirán andar sueltos jugando por la playa. A pesar de todo, los muchachos van. Son la inmensa mayoría pobres; algunos van descalzos. Muy pocos llegan bien alimentados, lo cual se advierte en seguida en su flojedad e inconstancia de atención: «Al cuarto de hora de estar en pie se me sientan como los moritos», decía un maestro que sabe cuán difícil es separar en las escuelas nacionales la función pedagógica y la social.

Porque la escuela nacional en Cádiz, singularmente en algunos barrios, parece el zaguán de un

asilo de pobres. A esto llega el abandono y la incompreensión de todos: antiguos y modernos. Entre todos han convertido la primera enseñanza oficial en una recogida de mendigos. No hay amor al niño. No hay tampoco respeto del maestro que ha de realizar el trabajo más duro con la seguridad de que nunca lo verá terminado. Ya en otras provincias les oí lamentarse de que los niños más aprovechados no llegan a cumplir los catorce años en su escuela porque otras enseñanzas procuran captarlos y llevárselos para su mayor lucimiento. Aquí esto se hace como cosa corriente, obedeciendo a un plan que difícilmente puede contrarrestar el maestro, porque su acceso e influjo en las casas de sus alumnos es menor. Y, sobre todo, porque las familias tienen un argumento muy fuerte en las deplorables condiciones del local y en la escasez de medios de todo género con que cuenta su escuela.

¿De qué valen las excepciones? Una cantina escolar hay establecida en el barrio de la Viña, pero sólo sirve a cuarenta niñas y niños. Voy a recoger palabras de una maestra inteligentísima, que honra al Magisterio gaditano, doña María Cantero, regente de la Normal. Referíanse precisamente a esta barriada pobre, tan popular como la marcha de *Cádiz*: «La pobreza y pequeñez de las escuelas del barrio de la Viña, donde se puede y se debe laborar mucho, contrasta con el edificio soberbio de los Hermanitos, en el cual se ha instalado teatro recientemente para atraer a las familias. En tan magnífico local pueden desarrollarse cuantos métodos de enseñanza se ideen con la mayor holgura. ¡Cómo los envidiamos!» Así habla una maestra, y no por sí, sino por todos sus compañeros. Ella tiene en la escuela de Valde-Iñigo, aneja a la Normal,

un puesto de honor junto a la admirable regente doña Concepción Varela, que gracias a su esfuerzo personal ha conseguido «una lujosa cantina escolar, higiénica y alegre en cuanto al local, y de positivos resultados respecto a los alimentos». Está abierta de Octubre a Abril, sirven la mesa alumnas normalistas y se atiende a niñas y niños con maternal interés. A riesgo de que se considere particularista, voy a consignar un dato: «Los débiles y depauperizados reciben de manos caritativas donativos de vinos compuestos y reconstituyentes. El último importante lo dió don Matías Barrio, médico escolar, que implanta en esta fecha un consultorio para alumnos, con medicación gratuita». Ha fundado también la regente de Valde-Iñigo un ropero escolar. Y por lo que valga como ejemplaridad, quiero completar la descripción. «En el barrio de San Carlos vive la gente más culta de Cádiz, se estima algo más la labor de la maestra nacional y del maestro, y así, en la Práctica aneja a la Normal de niñas existen setenta y dos aspirantes. Hay local y material para un cuarto grado solicitado, el que se espera con la paciencia con que aguardamos todas las resoluciones que afectan a la escuela primaria.» No nos engañemos. Esta es la excepción que suele haber en todas partes, obra casi siempre de un maestro o maestra de excepcionales condiciones de laboriosidad y de carácter.

Pero con estas excepciones no se forma el cuadro de la primera enseñanza en Cádiz. En toda la provincia sólo hay dos edificios construídos para escuelas. Uno, en San Fernando; otro, en Jerez, y este último, por donación de una señora: doña Carmen Benítez. Otra, de que hablaré, se construye en Bornos por la Caja de Retiro Obrero, de Sevilla,

colaboradora del Instituto de Previsión. Pero las demás funcionan en locales alquilados. Sólo Cádiz gasta más de cuarenta mil pesetas anuales en alquileres, que, capitalizados, servirían para resolver el problema de las graduadas. En resumen: hay cuarenta maestros y maestras para una población de cien mil habitantes. Harían falta más de ciento. Las Congregaciones y los colegios particulares suplen esta deficiencia educando unos mil quinientos niños; pero quedan más de tres mil por las calles sin escuela. ¿Esto es color? ¿Esto es talento natural? Díganse las cosas como son. Maestros competentes, laboriosos y entusiastas tienen que estrellarse contra la desidia oficial.

IV

MEDINA SIDONIA DESDE EL CAMPANARIO

EL cerro donde se asienta Medina Sidonia no es más alto que la torre Eiffel. Parece construído sobre el llano de la Janda y del Barbate por ingenieros que manejaban bastante bien la roca con revestimiento de tierra. De estas atalayas hay muchas en España, todas desafortadas y dominadoras; todas con su castillo en la cima, su iglesia, su caserío amurallado. Desde lejos, estos hermanos cíclopes comunican, y Sidonia sólo se digna hablar con Arcos, con Vejer de la Frontera, con Alcalá de los Gazules. Pero el cerro de Medina Sidonia, el más gran señor de esta Andalucía baja, es también el más amable y el que mejor oculta su tradición guerrera. La cuesta es agria. Para escalarla ha de resecarse un poco el motor del coche. Bordea el camino una hoya que recuerda el tajo de Cuenca con sus casas colgadas o enquistadas sobre roca viva; pero ésta es su única apariencia feroz; a medida que vamos ganando la pendiente, llegamos a huertos y jardines que dulcifican el gesto del monstruo, y, en suma, acabamos por ver que se humaniza, es decir, que es tierra también, como el llano y

como nosotros. Vueltas y revueltas, antes de llegar a las murallas, que, si no me equivoco, están enjalbegadas para disimular su vejez. Casitas claras, proporcionadas, discretas, como hechas por buenos alarifes que no han estudiado arquitectura; casas solariegas con su escudo de la Reconquista, su reja y su patio andaluz, y desde el primer paso que damos por Medina Sidonia, cuestas, siempre cuestas, hasta llegar al descansillo de la plaza triangular, que debe llamarse — de seguro se llama — plaza de la Constitución.

Con esto de las cuestas arriba me ocurre lo que al «virtuoso» del violín con las dificultades. Puesto que Medina Sidonia y su cerro se hicieron para encaramarse sobre ellos, vamos hasta el airón, es decir, hasta el campanario de la iglesia. Entre el cerro, la iglesia y el campanario sacamos poca ventaja a la torre famosa de Eiffel; pero ¡cuantas y cuán distintas cosas se ven en esta tierra andaluza, sólo con elevarse trescientos treinta y tres metros!

Se ve desde la torre de Santa María, la vieja, todo el camino que hemos traído. La carretera de árboles recién desmochados: álamos, fresnos, plátanos en derrota, que acaban de ser operados por un bárbaro practicante de la ambulancia enemiga. Cortijadas y cabañas entre los olivos. El llano, inmenso, hacia Tarifa, Chiclana, blanca y rosa, detrás de una loma; al fondo, el mar, y en el mar, como una nubecilla o un sueño, Cádiz. Desde aquí podía ver Medina Sidonia los bajeles de Africa. Pero hoy quizá lo más interesante sea lo más próximo al campanario. ¡Cuánta historia desde este nido de cigüeña! En primer término, el castillo, más viejo que la iglesia: «la torre de doña Blanca», mujer y víctima de don Pedro *el Cruel*; la propia iglesia,

con su crestería del Renacimiento, sus piedras milenarias y sus lápidas y columnas clásicas mucho más viejas que el castillo.

Le he preguntado al sacristán si solía venir por este campanario el doctor Thebussem, que era de Medina Sidonia, y tiene su buena calle con el Museo que él formó; pero sin duda le flaqueaban las piernas y le gustaban más las excavaciones. Pregunto también si los maestros traen aquí a los muchachos, y el sacristán me dice, riéndose, que los muchachos suben sin que nadie los traiga, a tocar las campanas. A mí, sin embargo, un campanario me parece, como material de enseñanza, algo inapreciable e inestimable y, sobre todo, muy económico. Mucho mejor que esos cuadros de piedrecitas que he visto formados en el jardín, o en el corral de algunas escuelas, donde los niños saltan a la pata coja desde la dinastía visigoda a la borbónica, sin olvidar a los reyes de taifas, son los campos, las casas y las piedras que estamos contemplando sin movernos de nuestra atalaya. En otra parte quizá la historia no valga nada ni ayude a vivir; pero en Medina Sidonia...

— Estas cosas de la historia, señor — me dice un buen hombre delante de una estatua descabezada, romana o acaso fenicia, que acaban de desenterrar —, las tenemos aquí para cuando vienen los forasteros.

Probablemente las estatuas descabezadas, las columnas rotas, las lápidas de valor histórico, huirían de un vecindario atacado de la manía de las excavaciones. ¡Dichosos los pueblos que no saben historia! Pero yo me permito creer que perderían muy poco los alumnos de don José Valencia, el maestro de Medina Sidonia, si este delicioso am-

biente que respiramos en su ciudad empezara a tener para ellos las evocaciones que tiene para nosotros. Conste que en Medina Sidonia esa influencia del pasado no tiene ningún género de gravedad o pesadumbre; no hay telarañas, muros que amenacen inminente ruina, ni cicerones que sepan sus párrafos de memoria. Lo mejor aquí es la manera nueva que ha sabido tomar esta ciudad tan vieja. Para dar idea de lo que hoy es el cerro de Sidonia diremos que si antes se encastillaba el poder militar, ahora se encastilla el dinero. Ahora habrá Bancos donde antes palacios y casas señoriales. En otros tiempos yo hubiera salido de la ciudadela acompañando una expedición de cien lanzas contra la morisma. Ahora llevamos en el *auto* talegas de plata por valor de unos cuantos miles de duros. Esta es Medina Sidonia. Ciudad que decayó, se arrinconó, quedó fuera de vía, y ahora renace por uno de estos milagros, obra de las nuevas comunicaciones y los nuevos cultivos...

Entonces, ¿las escuelas?... Las escuelas, no. Hoy Medina Sidonia tiene menos maestros que en 1840. Sus clases son pobres. Sólo una de ellas disfruta de una buena casita andaluza... Pero se arreglará. Todo se arreglará. Contamos con el alcalde, que es hombre culto y de buena intención. Vamos a pedirle que no haga política, pero que haga cultura de campanario, ya que no es una emi-nencia vulgar el campanario de Medina Sidonia.

V

LOS JORNALEROS DE BORNOS

SI el pobre jornalero de Zahara se cansa de aguantar trabajos y miserias, lía su hatillo y cae en Villamartín. Si el de Villamartín o de Arcos no levanta cabeza en su pueblo, prueba suerte en Jerez, en Ceuta o en América. Pero si el jornalero de Bornos siente que está perdido, sin remisión, y que nada ni nadie ha de prestarle amparo, sigue en Bornos hasta la muerte. Porque salir de Zahara, de Villamartín o de Arcos está en lo humano, y muchos lo hicieron y les fué bien; pero dejar para siempre Bornos es peor que morirse o matarse. Nunca podrá comprender el amor de estos hombres del campo a la tierra que labran por un jornal, quien no haya visto llegar la noche, resbalando del Guadalete, sobre los tejados de Bornos. Todo el encanto de Andalucía — suelo y cielo — se conjura para retenernos, a nosotros, huéspedes de unas horas. Al jornalero de Bornos no se le ocurre siquiera la idea de romper la cadena y librarse de su esclavitud.

¿Qué hay en Bornos? Un señor. Cinco arrendatarios. Mil quinientos jornaleros con sus familias,

hasta siete mil almas. Pero éste es el esquema de un estado social, aceptado ya por ellos como si fuera ley eterna dentro de su filosofía fatalista. El mundo está hecho de modo que perduren las tres jerarquías, y siendo así el mundo, Bornos es un lugar delicioso para vivir, aunque a uno le haya tocado la mala suerte de nacer jornalero.

Yo llegué por la carretera de Jerez a Ronda y crucé el pueblo — la ciudad — de alto a bajo. Antes habíamos visto el cerro de Arcos, desviado del camino, y me pareció un peñón díscolo y altivo, muy a propósito para encastillarse en él, luchando. Sin embargo, allí vivió muchos años y murió en paz el famoso albéitar de Loja, Pérez del Alamo, de quien acaso nada sepan hoy los jornaleros de Bornos, y allí escribió un médico de Arcos el *Tratado de la melancolía*. Si esto hace Arcos de la Frontera, ciudad recia y brava, ¿qué hará Bornos, toda ella poblada de trabajadores de la tierra? Vegetar junto al río, y nada más. Crucé de alto a bajo, y quedé admirado del profundo atractivo de Bornos, tan intenso que nos parece cosa de magia o de ilusión nuestra. Conocemos la pobreza de su vecindario. Vienen explicándonos de qué modo persiste a través de los años y los siglos una organización de la propiedad inverosímil en nuestros días. Y, sin embargo, los ojos descansan con placer en estas casitas tan limpias y tan bellas. Además del señor, de los cinco arrendatarios y de los mil quinientos jornaleros, algo hay en Bornos que ayuda a dar valor e interés a la vida.

— Aquí — pasamos junto al palacio de Valdeagrana — podrá usted ver la casa señorial, pero sin el señor. El marqués sólo recordamos que haya venido una vez. Fué hace ya años. Estaba el admi-

nistrador a la mesa cuando entraron a decirle que había parado a la puerta un automóvil. «¡Pues que arranque!» — dijo —. «Es que no tiene gasolina.» «¡Pues que la busque!» Cuando subieron a decirle que era el marqués, se agarró al mantel y cayeron todos los platos. El administrador cuenta siempre la sorpresa y el susto que se llevó aquel día y que no le impresionó menos por ser la visita rápida y breve: el tiempo necesario para repostar el coche de gasolina y seguir adelante.

Yo había visto y anotado el número de hectáreas correspondientes a un solo predio del término de Bornos y propiedad de un solo dueño: *tres mil novecientas noventa y tres*. Ahora ya pongo junto a esa cifra las murallas moras, la torre del Homenaje de este palacio-fortaleza, el patio de armas convertido en jardín, la escalera monumental del Renacimiento, por donde nunca sube nadie, y las anchas salas, cuadras y dormitorios, todos de respeto. Pero sería dar una impresión falsa de Bornos si al mismo tiempo no pusiera el gran silencio del pueblo, la blancura de sus casitas bajas, y, sobre todo, lo más maravilloso de Bornos: las ventanas enrejadas.

Aquí empiezo a enterarme de la mano oculta que embellece y transforma la pobreza de este feudo. Llego a una larga calle que arranca de la plazuela de la iglesia. Casas pequeñas, de una puerta y una reja. El tejadillo breve, como un festón. La calle no muy ancha, llana. Siempre con mucho más cielo que calle. Pero la ventana es una hornacina, un altar. Tiene el espacio justo para que se asome a ella, en pie, una mujer, y la reja forma alféizar para que apoye los brazos. Como abarca desde la canal del tejado hasta el suelo, y toda ella se llena

con una sola figura, comprenderéis que la casa no es muy alta. Pero la grandeza de las cosas no depende siempre de su medida. Ventana, casa y calle están hechas para la mujer. Así ocurre en todo el Mediodía; y veremos en San Fernando y en el Puerto ventanas enrejadas, casi al ras del suelo, que son como una habitación más, ganada al piso de la calle; pero les falta el misterio y la solemnidad de la reja de Bornos. Sin celosías, no deja de tener algo de prisión al aire. Ellas bastan, sin embargo, para dar, no sólo a la calle, sino a todo el pueblo, un prestigio poético.

No es necesario preguntar quién vive en esas casas. Hemos separado el castillo. Hemos visto, al pasar, una docena de viviendas modernizadas y antiguas casas solariegas. Hemos entrado en un patio moruno y en otro con tracería del Renacimiento. Todo lo demás, casas de jornaleros. Ganan al día, en el buen tiempo, tres o cuatro pesetas. En alguna época del año se remedian como pueden, porque no hay labor, y alguna vez han de aceptar jornales todavía más humildes. Estos obreros de tierra ajena, sin porvenir para ellos ni para sus hijos, podrían dispensarse de mandarlos a la escuela pensando en el destino que les aguarda. Sin embargo, alguien vela por ellos. He venido a Bornos con objeto de ver unas escuelas en construcción. Para ser útil al pueblo y a los hijos de los jornales de Bornos quiero dar publicidad a esta heroica y extraordinaria empresa.

Pero, en vez de hablar por nosotros, vamos a prestarle voz y voto al viejo castillo de los duques de Medinaceli, hoy palacio de Valdelagrana, en la villa de Bornos. Voz hueca y un poco fantasmática habrá de ser, porque ya lo hemos visto: está vacío. Voz que, sin embargo, no logra espantar a nadie, ni siquiera a los chicos de la escuela que juegan en las escalerillas.

El caso es que, durante siglos, el palacio ducal compartió con Santo Domingo y con algún convento el dominio absoluto. Sólo la sierra del Calvario, que está bastante lejos, podía hacerle sombra. Pero estos últimos años llega de Madrid un ingeniero industrial y construye una fábrica. Luego el ingenierito, a pesar de ser «albarrán», venido de otras tierras, se hace alcalde de Bornos y empieza a construir unas escuelas. Aquí entra la voz fantasmática y hueca:

— ¿Cuánto tiempo hemos vivido nosotros sin fábricas y sin escuelas, pero en paz y buena armonía? . . . Estas gentes obtusas, que no comprenden nada, quieren favoreceros, y lo que hacen es buscaros la ruina. Quieren enmendar la tradición. ¿Vosotros sabéis lo que pretenden con todo eso?

— No, señor.

— Pues acabar con los jornaleros de Bornos; es decir, acabar con vosotros. Ni tienen talento, ni ternura, ni imaginación. Vuestros padres fueron a la escuela, y desde niños se habituaron a todas las molestias y se prepararon bienamente a reducir sus aspiraciones a la altura de su jornal. Una escuela pobre y estrecha, como había de ser el curso humilde de toda su existencia. Pero ahora estos pedantes quieren traeros unas Escuelas Graduadas. Van a enseñaros tantas cosas que no serviréis para

jornaleros. ¡Adiós las casitas morunas con su idilio en cada reja! ¡Adiós la fraternidad de los pobres que se ayudan unos a otros a conllevar su santa miseria! Otras cosas debería deciros también sobre la seguridad y la jerarquía si no fuerais demasiado pequeños para comprenderme. Pero el día en que a todos os eduquen para señores, ¿quién querrá ser criado? Si os engolosinan con tantas cosas amables como hay por esos mundos, ¿quién se conformará con un jornal? Vosotros seríais los primeros en rechazarlo.

— Sí, señor.

— Y cometeríais con ello el pecado más terrible de ingratitud. Pero, además, desapareceríais. No quedaría sombra de vosotros sobre el haz de la tierra. Sois jornaleros, hijos de jornaleros, y faltándoos vuestra única razón de ser: el jornal, os sería imposible justificar una existencia. Éste es el favor que os harían vuestros protectores: condenaros a volver a la nada, de donde habéis salido.

Juraría que yo he oído la respuesta de uno de los muchachos:

— ¿Dice *usté* que volveríamos a la nada, señor fantasma?

— Sí.

— ¡Pues mejor!

Es, sin duda, efecto del crepúsculo y del vaho del Guadalete sobre la imaginación. Pero yo le he preguntado al alcalde lo que piensa el castillo de Valdelagrana con todos sus anejos, y viene a ser poco más o menos tal como lo refiero. Téngase en cuenta que esta villa de Bornos ha sufrido siempre señorío. «Ponce de León se la vendió a Martín López de Córdoba, camarero y repostero mayor del rey Don Pedro de Castilla, por treinta mil di-

neros de la moneda blanca.» Ahora quiere librarse, por el único medio hábil, de toda servidumbre, y se conforma con una liberación espiritual. Sostiene una lucha demasiado penosa, y merece que se le preste ayuda. Yo lo hago así por los jornaleros de Bornos y por sus hijos.

VI

JEREZ DE LA FRONTERA

1. EL CAMPO DE JEREZ Y LOS «ENSEÑAORES»

YA estamos en tierra espléndida, de fama universal. ¿Quién sabe por qué rincón del planeta cae Bornos? En cambio, el áureo nombre de Jerez lo pronuncian y paladean todas las lenguas del mundo, cada cual a su modo. Es uno de los valores españoles, y en nuestros días, comerciales y sensuales, Jerez dice más que Numancia o Sagunto. Pesa más. Circula más. Lejos de presentarse con ademán altivo y fosco, se ofrece generosa, benéficamente. Por eso, antes de entrar en la ciudad me ha interesado esta campiña jerezana, que, en justicia, tengo por la más rica de las campiñas españolas. «Verá usted — me habían ponderado — un término grande como una provincia.» Con la vaguedad e incertidumbre propias de estas comparaciones, unos decían: «Más grande que Alava». Y otros: «Más grande que Guipúzcoa». Con Guipúzcoa bastará; y no es poco. Confieso que en la ignorancia e ingenuidad habituales en el

vecino de Madrid, yo imaginaba el término de Jerez como un inmenso viñedo, un solo tapiz de hojas y pámpanos. Pero no es así; hay además vastísimos trigales, montes y pastos, donde se crían toros bravos y soberbias yeguas. Un potro de sangre, y mucho más un toro de casta, necesitan campo abierto. Las reses bravas se espacian, solitarias, porque no quieren vivir con testigos de vista. Muchas, muchísimas cepas, supone cada toro de lidia; muchos olivos y naranjos... Pero en el término de Jerez cabe todo. ¿Puede imaginar el lector cuánto espacio ocupan ciento cuarenta y dos mil cuatrocientas veinte hectáreas? Para ayudarle daré otra cifra: desde la divisoria de Sanlúcar, hasta la de Cortes de la Frontera (Málaga), median, en vuelo recto, *ochenta kilómetros*, sin salir de tierra jerezana. Tierra feraz casi toda ella, menos las marismas. Tierra pintoresca, atravesada por dos ríos, llena por todas partes de tradición e historia. Despoblados y dehesas que fueron lugares; cortijos y pagos donde se sabe que hubo centenares de almas y ahora sólo son centro de extensos predios. Porque predios de más de cien hectáreas cubren cuatro quintas partes del término de Jerez, y en ellos no hay viñas. Setenta y siete predios tienen más de quinientas hectáreas. Una población dispersa vive en esa región privilegiada por naturaleza.

— ¿Cómo se arreglan aquí los muchachos para ir a la escuela? — pregunto.

Y la respuesta me da una de las notas más pintorescas de este viaje, que debo recoger en elogio del campesino andaluz. De las numerosas cortijadas, pagos, dehesas, ranchos, viñas, huertas y caseríos, sólo hay escuela nacional en un agregado de Jerez: San José del Valle; y en el pago de Cuarti-

llo, otra, costeada por el Ayuntamiento. La necesidad ha hecho surgir una institución tan original como la del *catapotes* asturiano: *el maestro del campo*.

— Lo clásico en Jerez es el maestro del campo, que va de viña en viña y da lección a los chicos.

— ¿Son maestros con título?

— Como si lo fueran. Yo le hablo a usted, por ejemplo, de don Valentín, que sabe mucho y va por los pagos con su bicicleta. Este enseña de todo muy bien; y él solo hace una labor enorme. Pero hay otros muchos que corren los cortijos y las dehesas y sólo saben leer y escribir. Son campesinos también, que «se han quitado de trabajar» para eso; pero tienen que pasar muchos sudores. No crea usted que es cómodo ser maestro del campo. El hombre lleva su canasta con su almuerzo. Recorre los caseríos, junta a los chicos que puede y entre todos le dan un real o treinta céntimos, y a veces menos, por lección.

Cerca de la ciudad, los campesinos vuelven a dormir a casa, y tienen su familia en Jerez. Sólo el casero está siempre en el cortijo, el yegüero, el *so-bajanero*, que hace los *mandaos*; porqueros, pastores, aperadores. . . Los de la era; los *moritos* se quedan también. Cuando llegan trabajadores de fuera hacen chozones, y aunque no haya familias, se reúnen muchos niños hateros, rastrojeros, trilladores, galopines, manijeros. . . A todos aprovecha el maestro del campo. Pero, además, hay caseríos lejanos, verdaderos pueblos, que debieran tener su escuela y han de conformarse con estos voluntarios de las ambulancias pedagógicas.

En distintas regiones andaluzas he ido encontrándome con el instructor espontáneo. En Málaga

me hablaron de un famoso maestro de los Lagares que vive por el Morlaco «y está medio *chalo*». Yo pregunté qué especie de chaladura tiene, y me dijeron que habla mucho, con palabras muy finas y entendiendo de todo. Probablemente, lo más raro en él es que lleva una sombrilla, siempre va de prisa y para muy poco en cada lugar. En el mismo campo de Málaga, a estos maestros los llaman los *perrilleros*, porque cobran una perrilla por chico. Cuando los chicos son muy pobres, el maestro ambulante acepta una perrilla por cada dos.

También en Antequera hay maestros del campo: pero aquí los llaman *enseñaores*. Lo que enseñan es lo siguiente: «leyenda, escribanía y cuentas». Suelen ser maestros montados porque van a caballo, aunque sea en mulo o en rucio, y lo que cobran puede llegar a dos reales por chico y por semana. El más popular en los cortijos de Antequera es un jubilado de Teléfonos que tiene gran clientela y come donde le pilla el mediodía; pero hay gran número de *enseñaores* que no se limitan a dar lección a los niños, sino también clase de adultos. Con los adultos necesitan mucha paciencia. Cuando a uno de éstos, que tiene ya bien cerradas las fontanelas y ha aprendido a sumar, le pasan a restar, suele ofenderse y decirle al *enseñaores*: «¡Eh! ¡Cuidado! ¡Que yo soy de sumar!» En Granada, por la parte lindante con Almería, donde hay más emigración, me han dicho que los pueblos pequeños suplen la deficiencia de escuelas con el mismo sistema. Me prometo completar esta información, que no quiero ver en su aspecto pintoresco, sino como expresión del buen deseo de las gentes incultas.

¿No podría salir de esta realidad, demasiado burda, una institución pedagógica, técnica y oficial?

Maestros jóvenes — siempre maestros, porque a ellos corresponde la función de instruir — podrían desempeñar esa misión volante. Ellos, bien preparados, organizarían la enseñanza, fijando los lugares estratégicos. Un jerezano: el señor Ferrán López, propuso que se situaran en La Cartuja, el Portal, Altos de Montealegre, Torre de Melgarejo, el Altillo, el Cuervo, Mesas de Asta, Las Tablas, etc.; pero no juzga necesario que sean maestros. Yo respeto los intereses creados, los de *don Valentín*, por ejemplo; pero creo necesaria la intervención técnica. En Jerez es popular el caso de Juanito Pérez Fernández, que en su tesón por fundar escuela en el pago de Cuartillo, se hizo maestro. Fuera de España no es desconocida la institución de la escuela ambulante; y si está inédito el tipo del maestro cortijero, estudiémoslo bien y lancémoslo como cosa nuestra, perfeccionada, aunque sea por vía de solución transitoria.

El Ateneo jerezano lleva ya mucho tiempo preparando otra solución más seria. Hay allí personas que conocen muy bien la campiña de Jerez y han formado grupos de cortijos, ranchos, viñas y dehesas, dando a cada cual una especie de centro geográfico donde pudiera ser emplazada una escuela. Diecisiete grupos: diecisiete escuelas. ¿Es mucho pedir? Todos pasan de doscientos habitantes, y alguno, como el de Montealegre, se aproxima a mil. Yo no quiero seguir comparando el término de Jerez con la provincia de Alava, donde las escuelas están bastante bien; pero confío en que el señor Durán Moya, presidente del Ateneo, hará triunfar el proyecto de la Sociedad, argumentando, entre otras cosas, con el admirable ejemplo del campo escolar de Caulina.

2. LA COLONIA DE CAULINA

Mientras Cádiz se aristocratiza y languidece, Jerez demuestra exceso de vida y plenitud sanguínea. Acaso desorienta un poco esta comparación, traspapelada del viejo romanticismo, cuando la aristocracia era como flor delicada y exangüe. Hoy, los deportes, la vida al aire libre y la medida ante cualquier fatiga o exceso sentimental e intelectual, han variado el concepto de lo aristocrático, devolviéndole parte de su primitiva buena salud. No retiro, sin embargo, en lo que atañe a Cádiz, el encarecimiento de su delicada y espiritual belleza, aunque al mismo tiempo considere a Jerez como una de las más aristocráticas ciudades españolas. Pocos años han bastado a Jerez para atraerse una cantidad de vida que rebosa por sus calles día y noche. Difícilmente puede engañarse al viajero acerca del origen y naturaleza de ese tráfico, sobre todo si sabe distinguir la concurrencia de transeuntes ociosos y trabajadores. En Jerez, el movimiento es útil, es labor y, por consiguiente, riqueza. Lleguemos al Mercado, construcción soberbia; visitemos — con prudencia — sus bodegas, grandes y poderosas, como catedrales, o más bien como mezquitas.

Y, sobre todo, veamos la estrecha relación que guarda la ciudad con el campo. De esta manera comprenderemos en qué estriba la fuerza de Jerez, pueblo campesino, traspasado del aroma del campo, con industrias derivadas del campo, las más humildes como las más espléndidas. En el cristal de un vino viejo o en los ojos de un caballo de lujo brilla el alma campesina de Jerez. Bodegas y cua-

dras son continuación del viñedo y de la pradería, que no podemos separar nunca de esta ciudad, tan andaluza.

El culto al campo llegará a ser también — yo lo espero — el culto al campesino, o por lo menos el cultivo, el cuidado, la atención preferente hacia quien lo trabaja. En Jerez vive una gran población campesina, jornalera. Yo he preguntado allí, como en todas partes, por las condiciones de su vida, pensando, especialmente, en que la mayoría de los niños que acuden a las escuelas públicas jerezanas son hijos de trabajadores, muchos de ellos jornaleros del campo. Contrastando con la situación de esa enorme campiña llena de cortijadas, pagos, viñedos, montes y dehesas, sin otros maestros que el *enseñador* o el *perrillero*, me demostraron lo que puede hacerse en Jerez llevándome a visitar la Colonia Agrícola de Caulina.

Pendiente aún esta Colonia Agrícola de la efectividad del riego con las aguas del pantano de Guadalcazín, no es, ni con mucho, lo que llegará a ser cuando estén acabadas las obras; pero el campo ya parece otro. Casitas blancas, limpias, bien cubiertas, capaces para una familia labradora, con el establo ya dispuesto a recibir un ganado que vendrá cuando venga el agua; tierras cuidadas con amor. En el centro, un local muy amplio, de techo altísimo, con luz y espacio más que suficiente para escuelas. Además, un buen maestro, laborioso y lleno de entusiasmo. Aquí coloniza el Estado. La Junta de la Región Andaluza Occidental tiene una admirable zona de influencia. Dirige la Colonia Agrícola don Andrés Ferrán López. Es el secretario don Serafín Mariscal. Y el maestro se llama don Francisco Cervilla. Estos nombres no dirán

nada a quien no haya visto funcionar la institución; pero es justo destacarlos cuando nos encontramos con un mecanismo del Estado que marcha bien. Sólo faltan las aguas del Guadalquivir.

¿Y los chicos? Aquí aparecen los efectos de la escuela sobre la infancia de cualquier región. Estos muchachos de Caulina llevan a sus hermanos de Jerez la ventaja de una educación dirigida a un fin. Conste que no quiero teorizar ni apoyar teorías ajenas. Me limito a los hechos. Se los educa para colonos. Además de las nociones generales se les da una parcela — suya — que cada cual cultiva a su gusto y con sus trebejos de labranza. Digo que no quiero pesar ni medir teorías pedagógicas, sino comprobar su eficacia; pero a la escuela pública han de asistir muchachos que seguirán muy distintas sendas, y no es posible orientarlos a todos desde el primer día con una preferencia decidida, como en la escuela de la Colonia de Caulina. No he de ocultar tampoco que era evidente una extraña y curiosa diferencia entre el progreso mental de los niños y el de las niñas a favor de estas últimas. ¿En qué consiste? Las niñas se presentaban con mayor despejo. Retenían esas enseñanzas memorísticas que proporcionan lucimiento; pero, además, mostraban mayor iniciativa en los juegos y en las canciones del recreo. ¿Es sólo por razón de precocidad? Yo quise explicármelo, precisamente en la liberación del trabajo secular que pesa de padres a hijos sobre el campesino. A la niña no la educan para labrar la tierra, sino, con mayor desinterés, dejan que su inteligencia florezca sin un fin inmediato y sin la amenaza de una carga que pesará sobre ellas toda la vida. Pero no estoy seguro de haber acertado. Probablemente, el niño, aun te-

niendo noción de la propiedad y de la utilidad, como buen hijo de labrador, *juega* a cultivar la tierra. No le falta libertad de espíritu para atender a otras llamadas menos utilitarias. Entonces, ¿por qué será?

En la respuesta quizá deberían ir una porción de intrincados problemas que no me atrevo, por incompetencia, a plantear. La precocidad sensual del niño andaluz. El vasto y multiforme influjo del alcohol en toda esta tierra. Ambas razones supongo que valdrán para explicar con mayor fundamento una diferencia de capacidad que, por otra parte, puede ser aparente y también pasajera. Pero hemos pronunciado la terrible palabra: el alcohol. ¿Cómo tendremos valor para abordar de frente cuestión tan grave, en la Colonia Agrícola de Caulina, a las mismas puertas de Jerez?

3. JEREZ. — EL «VINO» Y EL «ALCOHOL»

Escribiendo de Andalucía, cuesta pena decir el «alcohol». Hablar desde aquí del alcoholismo parece una ofensa, un atentado contra la hospitalidad. Y si hablamos sin salir de Jerez, refiriéndonos a la vida jerezana, la ofensa llega a ser irreparable, y el atentado, de los más inauditos. Porque su vino les parece purificado de las cualidades bajas inherentes a toda bebida alcohólica. No lo tienen por alcohol: como no es ya roca la estatua. Sin embargo, yo he llegado a ver los niños de las escuelas andaluzas y necesitaría no tener ojos para no enterarme de la parte que toma el alcohol en su existencia. El vino es reconfortante. — «Es sangre» — dicen aquí, como en la Mancha y en la Rioja. «Es de

hombres». . . Alguna vez he intentado responderles: «De hombres, bueno; pero no de niños.» Y no he llegado a formular mi pensamiento, por no herirles, y porque, además, sé que el alcohol no necesita, para hacer daño, entrar directamente, sino a través de las generaciones.

El vino es aquí producto inmediato de la tierra. Todas las fuerzas de esta naturaleza pródiga se condensan en la gota de oro; de tal manera que el trabajador, el jornalero, lo considera como alimento y nunca como vicio. Decir «alcoholismo» es pronunciar una palabra sin sentido, pedantesca, que, además, hiere el fondo de sus sentimientos. El vino, «que no ha hecho nunca daño a nadie» — según la frase popular, «como el jamón» —, es indispensable para sostener el esfuerzo en las jornadas durísimas de clima tan cálido.

Yo he visto en las grandes bodegas jerezanas, que emplean a centenares de obreros, una pipa situada al paso, en el centro de estas gigantescas catedrales. Tiene su espita puesta, lo cual no ocurre en las demás, y no hace falta venencia ni aparato de ningún género. Uno a uno van llegando, perezosamente, con gesto de desgano, los trabajadores, en turno irregular; pero muy frecuente. El vaso grande, chato, no la copa, está dispuesto al pie de la cuba. Soltar la espita, beber bien aplo- mados sobre las piernas, levantando el vidrio al techo — al cielo —, en sencilla y familiar consa- gración; limpiarse con el dorso de la mano, todo con lentitud y gravedad, en silencio. Luego volver- se a su trabajo. — Esa cuba tendrá su nombre — le pregunto al amable guía que nos acompaña —. Cada cual lo dice como quiere. Yo la llamo «el confesonario». Al confesonario se acercan todos

los obreros. La casa puede permitirse ese rumbo, y, aunque se les vigila, para evitar abusos, en realidad, hay un secreto entre el confesonario y el penitente. No se investiga si carga o no la mano. Se considera como una parte del derecho del trabajador, ya que no se le da otro tanto por ciento, y su consumo, libre, se pierde como una gota en el Atlántico. Se reconoce al mismo tiempo que el vino es don precioso, estímulo, acicate para la energía física. . .

¿Qué es esto? ¿Es el prejuicio de la industria? ¿La grande y refinada hipocresía que traman dos compadres, dos cómplices: el Interés y el Vicio? No. Es una convicción honda, adquirida a fuerza de siglos, que respiran aquí todos como el aire que viene de la serranía cortijera. Alimento sintético, el vino puede pasarse sin los otros. El jornalero puede comer mal; aun no comer. Más difícil sería quitarles esa buena amistad antigua que se les ha entrado en las venas desde niños, si no la traían ya al nacer.

En otro de los grandes pueblos del vino, en Arganda, lugarón madrileño, situado entre el Manzanares y el Jarama, menos ilustre que Jerez y menos rico, pero también dominado por la misma constelación, visité las bodegas que allí labran en galerías subterráneas y como criptas; largas raíces o tentáculos que van tendiendo los lagares por debajo de tierra, con sus enormes tinajas panzudas y delante de cada tinaja un candelero. Tinajas como aljibes, donde se diría que el agua de lluvia recala convertida ya en vino tinto. Pues allí, conversando con los trabajadores, supe que el término medio de su jornal no pasa de tres pesetas cincuenta céntimos; tres cincuenta de jornal diario para hombres

hechos, padres de familia, en tierra próxima a una gran capital; de subsistencias cuyo precio se ha elevado artificialmente — si hay algo artificial en el mecanismo de los mercados —. Pero, eso sí — me dijeron —, el patrón nos da el vino. — No sé si dos cuartillos o dos azumbres, o dos arrobas, porque es lo mismo para mi objeto, y en cualquier caso todo quedaría consumido. «El patrón nos da el vino». Esto es, el patrón mejora las condiciones de su vida, agregando algo para ellos esencial, indispensable.

Si yo hubiera tratado de decirles que al hacerles ese regalo tradicional, el patrón empeoraba su trato, ni les habría convencido ni hubieran juzgado bien de mí. Yo mismo no sé si les diría verdad, siendo ellos como son y habiendo llegado a formarse la segunda naturaleza, fundada en ese rendimiento de mosto, en esa sobra orgánica que vienen heredando de padres a hijos. Ellos lo estiman como alimento confortante y saludable, que, sobre sus otras virtudes, les ofrece el gran aliciente del peligro. ¿Qué otra llama puede encendérselos como no sea la sensualidad? Para la fantasía, para la pasión, para todo lo que no es bajo y miserablemente material en su vida de jornaleros de tres cincuenta, ese plus del azumbre de vino es como el aceite de la lámpara.

Y no es el vino sabio, todo nervio, de tierra de Jerez, sino el zumo de vid plebeya. — Vuelvo a las escuelas andaluzas, de donde salí para esta digresión, y diré que una maestra muy inteligente, con quien hablé de la inquietud extraña, la palidez y demacración que observaba en muchos de sus alumnos, llevó a tocar el tema vivo del «alcoholismo en la infancia»; pero sin pronunciar

estas palabras terribles, tan terribles como la palabra «analfabetismo», que no digo nunca sin rechazarla con una protesta interior. Enseñar el alfabeto no es nada. La educación del niño es mucho más que el abecedario. Fijar en las escuelas un cartel, demostrando los daños que causa el alcohol, tiene escasa eficacia, y lanzar esa gran palabra, «alcoholismo», es como transformarles a los muchachos la realidad en un concepto. Pues bien; esta maestra modelo, andaluza, que ha vivido siempre en Andalucía, hablaba así:

— Yo estoy convencida de que es el alcohol el culpable. Si usted viera la nerviosidad y falta de fijeza de los niños, llegaría a comprender que hay aquí algo anómalo. Son pobres, casi todos. Se alimentan mal. Pero no les falta el vino, al que atribuyen virtudes maravillosas. Aquí, en mi escuela, se ha dado el caso de sufrir un desmayo una de mis alumnas. Debilidad, seguramente. Mala alimentación; quizá un principio de trastorno nervioso. Para hacerla volver en sí, pedí un vaso de agua. Y todas las niñas mayores me dijeron: — No, doña Carmen, será mejor darle vino —. Se curan con vino y son muchísimas las madres que no tienen reparo en dárselo a las criaturas, terminada la lactancia, y aun en plena lactancia.

Supongo, sin embargo, que éste será un caso excepcional; pero nos engañaríamos si, por juzgarlo absurdo, nos negáramos a creer en la precocidad de estos muchachos. Debe fijarse, sin embargo, alguna limitación a la generalidad de la costumbre. He observado en todas las escuelas andaluzas que los párvulos son más sanos. Cuanto más cerca se hallen del pecho materno, las mejillas son más frescas y los ojos más limpios. Luego, a partir



de los siete años, empiezan a demacrarse y a palidecer con ese tono verdoso de la infancia meridional. También es visible la gran diferencia entre la salud y lozanía física — y aun intelectual — de las niñas y de los niños. Las niñas muestran una superioridad que sorprende, y que no podemos atribuir a condiciones naturales de la raza, sino a interposición de algunos factores desconocidos para el recién llegado. Es preciso tener el hábito de verlos con afecto y amor hacia ellos, para comprender cuál es el mordiente que mina su organismo. El alcohol es el corrosivo. Por herencia y por influencia directa. Luego, favorecido por el primer influjo, viene el desgaste de la sensualidad precoz, que en este clima cálido alcanza a los muchachos de muy pocos años, a edad inverosímil en otros países. Es menor el efecto de una y otra plaga en las niñas, cuyas costumbres, desde luego más limpias, salvan la raza de una decadencia rapidísima. He tenido ocasión de observar el despejo de las muchachas gaditanas y malagueñas. He visto también cómo se prolonga la infancia en los jóvenes, dentro de una aparente precocidad intelectual, y quizá la nota que puede recogerse con mayor persistencia en los distintos pueblos andaluces que llevo recorridos es la puerilidad. Dan pronto de sí lo que pueden dar. No continúan el esfuerzo. A sus condiciones naturales les sobra algo que va menguándolas, gastándolas y, a mi juicio — y no soy yo solo quien piensa así —, ese corrosivo es el alcohol. Pero ¿quién se atreve a organizar la lucha contra el alcohol en el país del vino, que «nunca ha hecho daño a nadie»?

4. JEREZ, ENTRE DOS EXTREMOS

Son estos dos extremos, que aislaré y dejaré descritos, para dar idea gráfica de la enseñanza jerezana, la Escuela Maternal de D.^a Luisa Regife, y la escuela de niños de Santo Domingo. La primera es ya célebre. Todos la elogian, con razón. La segunda no tiene nada de particular, y es menester que llegue un viajero impresionable como yo para que alguien repare en ella. Entre esas dos escuelas pongan ustedes otras trece o catorce, varias graduadas, y en conjunto suman treinta y ocho maestros, donde debiera haber, según cálculos oficiales, doscientos cuarenta. De esas escuelas, la mayoría son como en todas partes. A fuerza de ver locales, voy llegando a clasificarlos con benevolencia. Lo que todavía no he llegado a clasificar bien son los alumnos. Estos que veo entrar — casi siempre tarde — en las escuelas jerezanas, confieso que me desconciertan. Yo tengo a Jerez por una ciudad próspera y rica. Necesito que me expliquen por qué vienen aquí tantos niños desmedrados, descalzos y harapientos. La contradicción no se deshace con exponer el hecho de que a la escuela pública sólo asistan niños de familias modestas, hijos de obreros y de gentes pobres.

Porque, en realidad, no es así. Doña Luisa Regife de San Juan dirige una escuela graduada de párvulos, en la plaza de Alfonso XII, edificio del Gobierno militar. Allí van niñas de todas las clases sociales. Si hay alguna pobre, de esa pobreza grande y grave que tanto entristece al buen maestro, muy oculta ha de estar bajo su delantal limpio en la clase de doña Luisa. La alegría, el trabajo

y el juego en común nivelan toda diferencia. Yo ruego al lector serio, acostumbrado quizá a no parar su atención en estas niñerías, o acaso temeroso de encontrarse desplazado y fuera de lugar en una Maternal, que se detenga con respeto. Imagino que llega junto a las cunas de los párvulos — tan blancas, tan olorosas a ropa limpia y a membrillos maduros — un anciano de barba de plata, ojos vivos y dulces y manos de santo. Es don Federico Rubio. Don Federico Rubio, allá por el año treinta, supo en Jerez lo que era entonces una escuela de primeras letras, y lo contó en un libro que suscita pensamientos y emociones muy sanos. ¡Terrible y memorable colegio de Santo Domingo! ¡Increpaciones, palabras iracundas, golpes! Quiero imaginarle a aquel hombre tan justo, que no olvidó nada, recorriendo en un día jerezano, de claro sol, las clases de la Maternal. Esto que vemos hoy en una escuela, y que él no pudo disfrutar a los cuatro años — ni nosotros tampoco —, es amor y, al mismo tiempo, justicia. Si el andar del tiempo y la experiencia y la mayor bondad del hombre, que llamamos progreso, hubieran traído sólo esto, ya sería algo estimable y digno de ser acogido con gratitud por los ancianos, en nombre de su remota infancia. Y como, además, no todo está en los libros, ni bastan los estudios para regir una Maternal, yo quiero suponer que al despedirse de doña Luisa la sombra del doctor Rubio, no haría menos que yo, y ocultaría alegremente, con cualquier frase familiar, una lágrima de emoción.

¡Visita de escuelas! . . . He invadido un campo que no puede cruzarse en frío y que pone muchas veces a prueba la serenidad. Ir en el mismo día desde la Maternal de Luisa Regife hasta la gradua-

da número dos, es demasiado fuerte. Pero, además, he visto la escuela de don José Gaytán, en la misma plaza, en los altos del cuartel de la Guardia Civil. Vecindad promiscua. Escalera muy pina, de caserón desvencijado. Corredor lleno de sillas bajas, peines sobre las sillas y mujeres que guisan... Sala inmensa; todavía con los soportes y montantes para las camas de los guardias. Y un maestro serio, enérgico, inteligente, que tiene la dignidad de no quejarse. He visto también el Grupo Escolar Carmen Benítez, fundación de esta benemérita señora, con un buen director: don Teófilo Azabal; edificio amplio, magnífico; pero desamparado, sin portero, sin un ordenanza. Los mismos maestros han de servir los veinte almuerzos que sufraga una suscripción particular, y ellos o los niños han de abrir la puerta si alguien llama. Me habían dicho que concurrían a estas escuelas graduadas muchos niños de familias pobres, y otros que habían sido ya desahuciados o preteridos por la enseñanza particular. En general, el mismo caso de Cádiz. Las madres empiezan por advertirlo: «Don Teófilo: A ver si me enseñan ustedes pronto al niño a leer y a escribir, porque ya le esperan en el colegio.» Función auxiliar, difícil de comprender en una graduada, si no supiéramos la absoluta indefensión en que se la deja, sin recursos, sin material, sin el apoyo necesario para realizar labor estimable.

Hay almuerzo escolar en la Maternal de la señora Regife y en el Grupo Carmen Benítez, aunque muy restringido. He presenciado también los preparativos de la merienda en la Colonia Agrícola de Caulina. Pero yo no sabía el valor de la comida escolar ni de qué modo llega a caracterizar una

escuela hasta que he visto la graduada número dos. Esta es la escuela de Santo Domingo. Ignoro si el edificio conservará alguna relación con el convento de Santo Domingo, en cuyos desvanes tenía su colegio el primer maestro de don Federico Rubio. Las salas son amplias, y sólo por su extremada desnudez y pobreza de menaje pudiera hacerlas en justicia alguna observación. Un patio luminoso, de paredes encaladas, árboles y flores hasta los tejados; uno de estos patios meridionales que no consiguen nunca ser severos, aunque los despojen y los talen, y que tienen la gracia y el encanto íntimo de Andalucía.

A ese patio salen los cincuenta o sesenta alumnos que asisten hoy a clase. Muchos van, en efecto, descalzos de pie y pierna. No pocos recuerdan el lienzo de Murillo: la misma ropa, el mismo picaresco candor. Pero ¡qué inquietud tan distintal! ¡Qué agitación y qué gravedad antes de reproducir la escena! Los maestros disponen una fila, cuyos primeros lugares se disputan los niños enconadamente. No basta colocarse. Es preciso conservar el puesto. Y los últimos no se resignan: empujan, gritan, se golpean. La intervención de un profesor les apacigua sólo mientras se mantiene delante. ¿Qué más da ser el primero o el último? Sí da. Es que no hay comida sino para veinte. Van sacando sobre la tabla de una mesa de pino veinte panecillos, veinte platos. No distingo bien qué especie de guiso: unas judías, unas patatas o lentejas, o todo revuelto con algo de tocino. Lo que puede servir un contratista por veinte céntimos por día y por cabeza. Eso llega a Santo Domingo gracias a la suscripción pública, ayudada por el Ayuntamiento. Veinte almuerzos de veinte céntimos,

que hacen cuatro pesetas; pero como los niños son — lo he dicho ya — cincuenta o sesenta, y no se ha encontrado mejor sistema de elección, el que va detrás del número veinte sabe que su almuerzo queda para otro día. Y todos son pobres. Todas las familias los mandan a la escuela contando con que va a jugarse ese albur. Todos los defraudados quedan con hambre y con rencor.

La escuela graduada número dos no está mal instalada. Tiene maestros competentes. Pero como se ve, no es el problema de enseñanza, sino de cantina. Lo demás, palidece. Salimos, como hubiera salido cualquier hombre de bien, con muy pocas ganas de hablar. Nos saluda en la calle una bandada de pájaros que vuela hacia el jardín de las Monjas. «¿Qué plaza es ésta» — pregunto —. «Esta es la plaza de Julián Cuadra; pero todos la llaman la plaza de los Siete. Aquí fueron ahorcados los siete reos de la Mano Negra.»

* * *

ENVÍO. — De modo singular a don Fernando Carrasco, amigo mío, que desde *El Guadalete* ha sostenido su gran campaña por las escuelas jerezanas; a don Juan Luis Durán Moya, cuya amistad reciente no me autoriza sino a invocar su prestigio en la presidencia del Ateneo. También a los maestros de Jerez. Y, en general, a todos los jerezanos cultos y a cuanto allí representa fuerza. Cortijos, lagares, viñedos, yegudas y bodegas mandan. El alcázar hoy no es nada. Nada son los torreones coronados de almenas. Pues la fuerza está en la riqueza, utilizadla entre todos para redimir vuestras

escuelas públicas. El gasto de una sola noche de rumbo bastaría para salvarlas (1).

(1) En *El Sol* del 29 de Agosto de 1926 publiqué el siguiente suelto, titulado «Los españoles de Nueva Orleans»:

«He recibido de Nueva Orleans la siguiente carta, que reproduzco íntegra, porque honra los sentimientos de humanidad y patriotismo de un grupo de buenos españoles. Con emoción que comprenderán mejor que nadie los maestros de la escuela de Santo Domingo, acepto el encargo, y doy desde aquí las gracias a nuestros compatriotas, permitiéndome solamente desatender su ruego de omitir los nombres, pues deben ser conocidos para que sirvan de ejemplo. — L. B.

«Sr. D. Luis Bello.

a/c. de *El Sol*.

Larra, 8, Madrid (Spain).

Muy señor nuestro: En *El Sol*, fecha Julio 3 de 1926, hemos visto su artículo «Jerez, entre dos extremos», y nos enteramos de lo que ocurre en la graduada de Santo Domingo. Parece increíble que en una escuela de España queden diariamente sin merienda las dos terceras partes de los niños. Deseando contribuir a remediar tan triste situación, hemos reunido 122,20 dólares y comprado con ello pesetas 800, que situamos a usted por medio del incluso cheque a su orden sobre Jerez de la Frontera. Desearíamos alcance nuestra remesa para que hasta el 31 de Diciembre de 1926 tengan merienda los 60 niños que suelen asistir a la escuela de Santo Domingo. Contando ya con fondos para los próximos cuatro meses, abrigamos la esperanza de que los elementos locales de la rica zona jerezana harán lo necesario, a fin de que, con carácter permanente, tenga la escuela dinero para que todos los niños coman.

Somos aquí muy pocos los españoles residentes, y todos vivimos de nuestro trabajo. Ningún rentista. Entre los donantes hay dos niños de siete años de edad que aquí nacieron y que, al enterarse de que niños en España quedaban sin merienda, por propia voluntad entregaron en el acto sus pequeños ahorros, y al preguntarles si querían mandar todo, sin vacilar contestaron: «Todo».

Admiramos el patriotismo de usted, su desinterés y su abnegada labor, y le rogamos perdone la molestia que le ocasiona nuestro encargo, así como que omita nuestros nombres, caso

de que resuelva mencionar esta acción en sus «Visitas de escuelas». Muchas gracias.

Quedan de ustedes atentos seguros servidores. Por los donantes, *José R. Baños.*»

Contribuyen a este envío:

Juan Argote, \$ 12,40; Manuel Estalote, 12,40; José R. Baños, 12,40; Antonio Piza, 10; F. Espiau, 10; J. P. Mirandona, 10; Alvaro Ruiz, 10; Juan Martínez, 7,50; José Martínez, 7,50; José Luis Baños (de siete años), 5; José Quintas (de siete años), 5; Manuel Miyares, 5; Manuel Trelles, 5; Ubaldo Trelles, 5; G. Díaz, J. Ansuategui y C. J. de Samaniego, 5.

Total, \$ 122,20.

VII

LA BAHÍA. — SAN FERNANDO

CÁDIZ y Nueva York se parecen algo. Si el siglo XIX no se hubiera obstinado en proteger a Nueva York y en dejar de su mano a Cádiz, hoy Jersey-City, Brooklyn, Manhattan y Newark valdrían menos que Cádiz con San Fernando, Puerto Real, el Puerto de Santa María y Chiclana. Toda esta bahía la hubiéramos visto convertida en el lago central de una sola ciudad. Pero su fecha más memorable — 1812 — señala ya la decadencia. Yo creo que esas ruinas del monumento a las Cortes de Cádiz, no construido aún, significan la protesta del genio de la bahía contra el siglo XIX, que tan mal se portó con ella. El XVIII, todo fué prosperidad, grandeza. En ese buen siglo nació San Carlos y se convirtió la Isla de León en la ciudad de San Fernando; crecieron las otras ciudades y villas de la bahía. Hasta Chiclana, «desahogo y quitapesares de los vecinos ricos de Cádiz», llegó a creerse una ciudad marítima. Desde entonces a acá, el mar trae la misma sal a las salinas de San Fernando; pero no lleva barcos al puerto de Cádiz.

Sin embargo, es difícil ver reunida en la misma costa una bandada de pueblos tan atractivos, donde la vida fluya tan grata y suavemente resbaladiza. ¡La simpatía de Cádiz y la fuerza de Nueva York! La calma de Chiclana, el ocio de San Fernando, el sosiego del Puerto, ¿y, además, industria, riqueza, producción...? ¡No puede ser! Pedirá demasiado quien ambicione las dos cosas. Tanta fuerza tiene el color local en estas playas, amenazadas por el mar, que el primer trabajo de Hércules en el siglo XX consistirá en unir a todos los gaditanos de la bahía para que se defiendan.

El segundo trabajo de Hércules — en cuanto se alce de las arenas de Sancti-Petri —, podría ser construir unas escuelas. Creo que ni los gaditanos ni los vecinos de San Fernando se ofenderán si digo que en esto les lleva alguna ventaja Nueva York. No le pediríamos tanto al Hércules fenicio; no vamos a pretender que haga imposibles. Puesto que hablo especialmente de esta ciudad tan bella, más limpia aún que Cádiz, retocada, pintada y barnizada como un barco; yo me contentaría con que las escuelas fueran, no ya dignas de Nueva York, sino dignas de San Fernando. Esto es lo que voy pidiendo y no acabo de hacerme comprender.

San Fernando, ciudad improvisada, al amparo de la Marina, junto al Arsenal y el Apostadero, nació con fortuna. Tuvo un carácter propio, una gracia típica y suya desde el primer día. Las proporciones de los edificios, el arte sencillo y elegante de la casa más humilde, no se consiguen sino después de una larga tradición estética. Aquí puede seguirse, a lo largo del camino de Cádiz al Puerto de Santa María, un curso interesante sobre la reja gaditana, que en Bornos tiene no sé qué especie

de misterio oriental, bizantino, y en San Fernando es algo suntuoso, cómodo y, desde luego, lleno de un sentido poético y al mismo tiempo práctico. La reja, a ras del suelo, invadiendo la acera, como extensión de la casa que avanza sobre la calle, es una adivinación de la arquitectura moderna y un rasgo feliz de interpretación del alma femenina. El juego de persianas, velos y cortinajes con que gradúa, tras el cristal, una mujer, hasta qué punto puede estar en la calle sin salir de su casa, en ninguna ciudad andaluza tiene tantos aciertos como aquí. Es una magnífica invención la reja de la Isla. Presta, además, una movilidad graciosa a la línea recta de las fachadas y, por lo tanto, suma valor decorativo. Don Antonio Ponz, el benemérito autor del *Viaje de España*, no acertó a verlo así. Persiguiendo el churriguerismo, en todos sus rincones, cayó sobre esta «extravagancia» y sobre alguna otra que todavía hoy distingue con un sello ligero y agradable a la nueva ciudad... «Todo se pudiera haber hecho con más arte y sin extravagancias, como lo son muchas rejas a manera de jaulas en los cuartos bajos, tan resaltadas, que forman en la calle unos cuartos foráneos (llamémoslos así), o unas salas de conversación, y asimismo en el coronamiento de las casas han puesto generalmente bolas o bolillas de vidriado a imitación de acroterio, cosa muy mezquina y ruín...» «Esa extravagancia sería fácil de quitar, entrando la reja para que no embarace la calle.» A don Antonio Ponz le faltó, como a muchos españoles, para conocer bien España, pasar el charco y estudiar las influencias coloniales que puede haber en nuestras ciudades andaluzas. No concebía la reja como monumento y a veces como capilla y retablo. Su concepto del arte clásico se

limitaba a verla como hierro, más o menos labrado.

Pero éste no es sino un detalle original, que he destacado para probar el arte y la educación estéticos del país, en las más vulgares construcciones domésticas. Por toda la bahía de Cádiz corre el mismo refinamiento de comodidad, la misma preocupación de limpieza. Dionisio Pérez, que nació en el Puerto de Santa María y tiene su calle en Puerto Real — una gran calle, bien pavimentada, también con sus rejas foráneas —, me dice que en toda la arquitectura y aun en toda la cultura gaditana hay visible influencia genovesa. Los genoveses que se llevaban la plata y el oro de las Indias, afincando en nuestros puertos, sabían vivir. Construyeron a su gusto, sin rechazar el arte local. Otro elemento que debe ponerse a la cuenta de la cultura andaluza, obra de tantos pueblos y de tan varias civilizaciones.

Quizá la época de mayor cansancio sea la actual. San Fernando tuvo a principios del XIX otro momento de esplendor. He visitado en el Ayuntamiento — soberbia fábrica, capaz para un Ministerio — la biblioteca, con los libros que regaló el almirante Lobo. Libros que tratan de América, de navegación, relaciones de viajes, historias. Lectura predilecta de los marinos y de los muchachos que han de educar el ánimo aventurero. Esta biblioteca, espaciosa y cómoda, es uno de los sitios más tranquilos y más solitarios de San Fernando. Puedo asegurar que la papeleta en que solicité la entrega de un libro lleva esta fecha al pie: 1880. Se mandó imprimir tres millares. Quedan más de dos mil papeletas sin llenar; con lo cual se calcula que habrá todavía para unos noventa años. Desde 1880 hasta

la fecha ningún año se presentaron cien lectores en la Biblioteca municipal de San Fernando. Un año — allí consta — hubo veintiocho. Otro, diecinueve. La cifra no creo que aumente. Más bien va reduciéndose.

¿Será preciso volver sobre el tema de las escuelas? Hay en San Fernando una graduada de niños, con tres grados, y dos unitarias, de dos grados cada una. Además, tres escuelas unitarias de niñas. En total no llegan a setecientos los alumnos de unas y de otras. Pero la población escolar pasa de tres mil quinientos. Aparte de las escuelas nacionales, hay otras enseñanzas: Tres escuelas municipales educan a unos ciento veinte niños y niñas. Los Hermanos de la Doctrina Cristiana, a trescientos catorce. Quizá algún otro colegio; pero siempre quedan más de dos mil niños por las calles. La graduada que dirige don Salvador Guillén, construída por el Ayuntamiento hace años, es buena. El profesorado, excelente. He visto en ella muchos niños descalzos: «¿Qué quiere usted? — me dicen —. El calzado les estorba. Están acostumbrados a ir así por la playa. Son gentes muy pobres y no vamos a obligarles a que gasten zapatos». Ni zapatos ni camisa, y probablemente ni comida. ¡Están acostumbrados! ¡Deliciosa conformidad!, no de ellos, sino de los que presencian el nacimiento y desarrollo de esta costumbre!

VIII

VIAJE A TARIFA

MUY despacio vamos», me dice un lector de estas notas, que, por lo visto, no suponía tan grande y tan variada la provincia de Cádiz. Yo creo, sin embargo, que voy de prisa, a saltos, y sirviéndome con exceso del automóvil. Salir de aquí sin llegar a Tarifa, con el Estrecho, y a la bahía de Algeciras, con el Peñón, hubiera sido insensato. Pero ofrezco aligerar todo lo posible mi estilo, suprimir la «delectación morosa». Para demostrarlo, atravesaré en pocas líneas, más rápido que el autobús, las tierras despobladas entre Medina Sidonia y el mar: Conil, Vejer de la Frontera, la verde laguna de la Janda... ¡Qué lástima no poder reflejar la audacia y el escándalo con que penetra esta desmedida maquinaria por campos hechos al gran silencio de los siglos!... Ni siquiera dejar el coche en la parada de Vejer para ir buscando en la desembocadura del Barbate rastros tartesios mejor que fenicios, o simplemente para asomarse al Atlántico por Trafalgar.

La precipitación se paga. Hemos pasado por Chiclana sin preguntar por el P. Salado, que bus-

có, adquirió, reformó y donó al Ayuntamiento un edificio donde dejó instaladas tres escuelas nacionales para el populoso barrio de La Banda. ¿No es más raro un hombre original que una estatua recién desenterrada? Pues he debido ver al capellán del Santo Cristo de la Vera-Cruz, chiclanero, del cual sé que repartió todos los bienes de su herencia paterna: dinero, fincas y cuanto poseía, entre el Ayuntamiento, la iglesia y los pobres de la villa, y hoy se halla inscrito en el padrón de pobres, al punto de haberle concedido el mismo Municipio pensión de una peseta diaria. Unas horas, por lo menos, en Chiclana, me hubieran informado acerca de este sacerdote de tan rara virtud, que tiene por lema: *Pan para pan*, lo cual, según su interpretación, quiere decir: «Todo lo que yo tenga para todo lo de la Escuela». Don Fernando Salado y Olmedo tiene ya en Chiclana una popularidad que ha trascendido a Cádiz, y que yo siento no propagar por toda España con perfecto conocimiento de causa.

Un alto en la venta de Conil. El caserío, desparramado a orillas del camino, carece de escuela. Pasado Vejer y Barbate, ya no vuelve a encontrarse ninguna en muchas leguas a la redonda: por el Norte, hasta Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules y Castellar; por Oriente, hasta la mísera escuela de Facinas, cerca ya de Tarifa. Chaparros y lentiscos, por el lado del mar; lagunas, salobrales, sierra: sierra del Niño, sierra del Cuervo, sierra de las Utreras, hasta llegar a los montes de la Luna, que se enfrenta con Sierra Bullones, a la otra parte del Estrecho. Una de las extensiones más despobladas de España, por donde el autobús corre, con pocos encuentros, como si fuera ya buscando otro

Finisterre, otro cabo del mundo, y le abandonara Europa a su voluntario destino.

Y de pronto asoma en una curva la playa inmensa, de aspecto pobre, pero de espléndida luz meridional, un gran vapor embarrancado, y, a lo lejos, la ciudad mora de Tarifa, blanca también, con su castillo rudo, su faro y su rudimento de puerto sin barcos. Se detiene el autobús en Tarifa fuera de murallas, pero muy cerca del arco moruno: la Puerta de Jerez. Sólo con echar pie a tierra y dejarnos envolver por este ambiente, notamos que, en efecto, hemos salido de un mundo sin entrar todavía en el otro. Tarifa está suspensa en la boca del Estrecho, sin determinarse a pasar al otro lado, siguiendo el reflujó musulmán. Pero, ¿en qué hemos podido adivinarlo tan pronto? Cuando llega Ponz, el abuelo, a esta punta occidental de Europa — por cierto sin mirar hacia Africa —, pasa muy de prisa, y escribe: «El fatal hospedaje de Tarifa me quitó la gana de hacer en ella segunda noche...» Las reflexiones del bondadoso don Antonio fueron, sin duda, inspiradas por el Levante, viento terrible que altera los nervios y acaba por predisponer a las enfermedades mentales. Cuando sopla el Levante, los barcos huyen, los árboles se doblan y se agostan, y las gentes se malhumoran de un modo incomprensible para quien no conozca el motivo.

Y, sin embargo, la vida en Tarifa es toda paz y calma. Nadie puede imaginar la extraña belleza de las calles de Tarifa, aunque yo le oriente, diciéndole que son callejas andaluzas, de fuerte sabor moruno, interpretadas con la técnica movible del baile ruso. Es preciso verlas. Casas pequeñas, un poco fuera de plomada, rabiosamente blancas, y en la acera unas acacias minúsculas, infantiles, largas de

tallo, que llaman acacias de bola y son como plumeros. En las terrazas parece que se asomarán mujeres vestidas de blanco; pero las tarifeñas de tipo clásico que vemos en la calle llevan la saya larga y el manto negros. El manto, que arranca de la cintura, les cubre la cabeza como a las chilenas, aunque no tenga el mismo aire. Ellas dan una sensación de quietud, mientras las cosas bailan a su lado. Nuestro primer paseo va desde esta calle central al faro, en la isla de las Palomas. Allí, al caer la tarde, ha ido a refugiarse el maestro don Amador, que tiene el buen gusto de conversar con el torrero, viendo ponerse el sol en el Atlántico. Nos rodea cierto aparato militar, de fortaleza a lo Vauban, muy siglo XVII; pero aun siendo modestas las defensas, tenemos la clara percepción de que desde allí somos los dueños, los verdaderos dueños del Estrecho.

Cuando subamos a las alturas de la sierra, camino de Algeciras, hemos de ver mejor la costa africana, de Ceuta a Tánger, y admiraremos el pico de Sierra Bullones, formando parte de nuestro panorama tarifeño; pero aquí el brazo de mar nos parece un río ancho. Vemos con cuánta impropiedad se llama esto el Estrecho de Gibraltar y no el Estrecho de Tarifa, y pensamos en el túnel, en el cruce a nado y en una porción de cosas de confusa raigambre nacionalista. Luego, al volver al continente, pasando el puente levadizo, se nos aparece Tarifa, tal cual es, dando la cara, sobria y severa, el castillo de los Guzmanes, con su cala de pescadores, su playita llena de peñascos y su pobre destino de ciudad desterrada, olvidada en la ruta de los vientos.

IX

TARIFA. — LA COSTA AFRICANA DESDE EL CAMINO DE ALGECIRAS

TAL habitación querían darme al llegar a Tarifa, que yo pensé en voz alta: «Prefiero dormir en la calle». El ventero de don Antonio Ponz, que hoy es fondista, contestó muy desabrido: «Pues duerma usted en la calle». Y no sabía que esto era pura amabilidad. Cuando vino la noche y empezó a extenderse por el cielo una calma estelar, una serenidad sidérea, una de esas plenitudes de paz que refrescan las venas y que parecen materializadas en los butacones de la terraza del casino, comprendí que el ventero es un sabio y que me había dado un buen consejo. ¡Dormir en plena calle de Sancho *el Bravo*, en la punta occidental de Europa, aprovechando este silencio de ciudad morá, que tiene todos sus transeuntes a unas cuantas millas, metidos en los barcos! Este sueño de sibarita era una tentación. Luis García Bilbao, que había dado ya todas las vueltas posibles dentro de las murallas y conocía la feria, con su único tío vivo y con el repertorio de su órgano, comprendiendo el atractivo del sillón de mimbre, encontraba una objeción:

— ¿Y si sopla el Levante?

Cuando llega el Levante hay que guarecerse en cualquier parte. Viene picando el mar, arrasando los montes y mordiéndonos en los nervios. Llena el Estrecho de una niebla muy peligrosa, y yo he visto a la entrada del faro una campana que se sumerge y suena bajo el agua, sustituyendo a los destellos del foco. Toda la noche — el café, sin duda — estuve viendo cómo giraba aquella joya maravillosa, semejante a una gran tiara, hecha de lentes de cristal. Y al amanecer oí, positivamente, vibrar la campana sumergida, avisando peligro. No había tal cosa. Estaba en tierra firme, en el lecho de una honrada y hospitalaria casa de huéspedes, donde muy bien hubieran podido alojarse don Antonio y otro viajero gruñón que se llamó mister Ford. El sol reverberaba ya sobre todas las paredes encaladas, y desde el amanecer daba sombras azules. Las callejas simpáticas, tranquilas para los peatones; sin un auto ni un coche. Todo lo más, algún borriquito de vuelta del mercado.

Y en cuanto salimos al mar o dominamos alguna pequeña eminencia, se nos ofrece, al alcance de la mano, Africa, con una enorme extensión de costa y una montaña familiar, sin secretos para nosotros. La acera de enfrente: Sierra Bullones.

Pero las escuelas de este lado me aguardan y debo visitar en la plaza vieja — creo que se llama de Alfonso XIII — a don Amador Mora. El y otro compañero enseñan a un centenar de niños en el antiguo Pósito, habilitado para escuelas el año 1865. Yo creo — si mis notas valen — que esto no lo han tocado desde entonces. Son muy buenas y muy capaces paneras, y podían ser, en efecto, escuelas. Pero el edificio está fuerte, mientras va hundiéndose.

se todo cuanto le rodea. Porque a partir del Pósito, empieza el barrio viejo de Tarifa, que en su margen extrema aparece ya en franca y declarada ruina. Hemos de ir a verlo; y mientras tanto, conviene apuntar que Tarifa, cuyo término comprende doce mil habitantes, sólo cuenta con cuatro maestros y cuatro maestras, una de ellas para clase de párvulos. De los pueblecitos agregados, sólo veo escuela en Facinas — pequeña, sin luz y con material pobre —. Los demás, hasta cuarenta y cinco, entre aldeas, cortijos, ermitas con caserío y molinos harineros, carecen de escuela. La Ahumada, Guadalmecín, Almarchan... El partido grande de la Zarzuela, con más de cuarenta casas y muchos colonos. El Realillo de Bolonia, centro de Lantiscas y Chaparral, Tarivilla, la Torre de Plata. El valle, que coge las Cumbres y las Piñas... Todos esos poblados — y otros — viven sin escuela. Quizá la hubo, hace siglos; pero en memoria de cristiano no se sabe que tuvieran maestro.

— Difícil será conseguir aquí algo en favor de la enseñanza — dice don Amador —; pero, ¿por qué no ve usted a García Sillero? Es un entusiasta de la instrucción, que quiere montar escuelas en las Casas de Porro y en La Peña.

— Veamos al señor García Sillero. Iremos a las Casas de Porro y a La Peña.

Y pronto asoma el hombre de las escuelas, que tiene madera de fundador, aunque todavía no se le haya logrado la fundación. Conociéndole, un amigo suyo que levantó un colegio le regaló seis u ocho bancas. Otro le dió las primeras cien pesetas para instalarse en algún local modesto, y con esos elementos — y su idea — quiso abrir escuela en las Casas de Porro, con el resultado que en una

breve excursión por la costa hemos de ver.

Antes recorreremos la ciudad vieja. Frente a la escuela de don Amador hay ya un gran caserón desmantelado, cuyas paredes se vendrán un día de Levante sobre la plaza. Detrás de unas cuantas callejas morunas, más estrechas y más africanas que en ninguna otra ciudad de esta región, empieza el barrio abandonado. Todo un pueblo, que fué hundiéndose casa por casa, y cuyo vecindario sintió, sin duda, el pánico de encontrarse envuelto por tanta ruina. Debió de ser una fiebre de miedo, y esto lo explican los tarifeños diciendo que al sanear el arroyo por donde hoy está la calle del Correo, Tarifa se fué hacia esa parte y abandonó la antigua. Si un Ayuntamiento adquiriera esos terrenos y trazara un jardín, separando el cascote y el prejuicio contra las ruinas, quizá volvieran a poblarse los altos de la ciudad antigua.

No es de mi competencia, sin embargo, el proyecto de sanear y limpiar Tarifa — que bien lo merece —, y vamos a seguir, modestamente, el de García Sillero, el cual tiene aquí su comercio, una especie de lonja y una finquita en lo alto de La Peña. Salimos otra vez por el camino de Cádiz, y antes de llegar a Facinas nos detenemos en las Casas de Porro, no lejos de la playa. El local elegido para montar las seis bancas de García Sillero es un cajoncito demasiado estrecho; pero van los muchachos, y lo más admirable es que les da lección un voluntario, un trabajador que apenas saca para pagar la renta. ¿Y la escuela de La Peña? Esa está más verde todavía. Subiendo por las breñas y por una tierra blanda y cenicienta, entre matojos, se llega a divisar un panorama soberbio. Allí está la torre de la Batalla del Salado, y se hunde en el mar

la estribación, que vuelve a alzarse luego en la cumbre de Sierra Bullones. El paisaje, rudo y montuno, tiene grandeza; pero el local proyectado en los corrales de un hato de ovejas, no prosperará. Allí quería ir García Sillero, como buen fundador, a fumarse un cigarro y a contemplar su obra; es posible que los muchachos aceptaran las cuatro paredes y hasta que un maestro se metiera en ellas; pero sería mejor buscar un poco más.

Si alguien desdeña esta iniciativa de un comerciante, puedo decirle que en Tarifa y en sus cuarenta y cinco agregados yo no tengo noticia de que haya otra. Acaso cuando gane el Concejo, en justicia que le es debida, su gran pleito sobre los montes, se acordará de las escuelas. Por ahora no hay nada más que hacer. Vámonos camino de Algeciras. Un muchacho de la mejor raza sidonia, trabajador y activo, nos proporciona un auto en competencia con los autobuses de línea, y acaba por colarse en el coche, como zagal o como grumete, nunca como lacayo. Desde las primeras lomas de la Tabla y desde el alto llamado, no sé por qué, ni el muchacho tampoco, Puerto de las Mentiras, se domina el Estrecho y aparece en toda su majestad la costa de Africa. Tarde clarísima, sin niebla; podemos contar los caseríos de Sierra Bullones. Esta presencia mágica del otro continente con proximidad inesperada, produce una alegría que yo no me explico bien y que procuraré analizar cuando ya no lo vea. Por ahora, el espectáculo es quizá el más fuerte y el más nuevo que nos ha proporcionado este viaje.

X

LA BAHÍA DE ALGECIRAS

ALGECIRAS: régimen abierto, zona franca, paraíso del *garampero*, negocios instantáneos; libras en el Peñón y pesetas en Ceuta; improvisación, rumbo y riesgo. . . Tal era, en efecto, Algeciras hace unos años, en la semana de las vacas gordas. Tal era, por lo menos, la Algeciras bulliciosa y ruidosa, aunque hubiera otra — como en todas partes — que trabajaba en silencio. Todo eso pasó. Estamos en la semana de las vacas flacas. Algeciras puede representarse hoy con hábito de capuchino: rosario, cilicio y cordón. Acaso guarde también, bajo el sayal, contrición y arrepentimiento; firmísimo, desde luego, mientras sea imposible pecar. Y sus satélites: San Roque, el Campamento, La Línea — sobre todo La Línea —, llevan ahora la vida más honesta y más seria que puede imaginar un carabinero. La mala vida, sin embargo, les consentía mayor holgura. Sobre la bahía de Algeciras se cierne una nube melancólica; no esa nube que tapa el Peñón cuando va a venir el Levante, sino otra más negra que no despeja nunca.

Confieso que no puedo afligirme demasiado

por la mala racha de Algeciras. El Peñón debería ser estímulo, recordatorio, acicate perpetuo. Verle convertido eternamente en centro de una zona de influencia desmoralizadora sería muy desagradable. Pero, además, yo vengo a comprobar — pues mi tema es ese — lo que hizo Algeciras en la semana de las vacas gordas. Cuando corría por aquí el dinero a manos llenas y la bahía de Algeciras miraba con lástima a la bahía de Cádiz. Cuando las ciudades aumentaban de año en año, como en los yacimientos auríferos, y podía suponerse que al amparo de la ganancia iba a nacer aquí una gran metrópoli con cultura propia para dar el salto al otro lado del Estrecho.

O yo he perdido el tiempo, o el lector está convencido de que la escuela pública es uno de los mejores exponentes de la cultura de una ciudad. Pues bien: Algeciras, con veinte mil habitantes, tenía hace tres años *una escuela*. Hoy ha progresado. Hoy tiene ya *tres*.

Antes de llegar a Algeciras, conocía ya de nombre y fama a uno de los mejores maestros de España: don Agustín Candell. Fuí a verle. Me recibió en su escuela, instalada, con las otras dos clases, en el edificio de un antiguo Pósito. Soberbias paneras también, como las de Tarifa; pero alargadas, estiradas, como catalejos. Para aprovechar cada crujía hicieron tres pasillos, tres túneles — con luz y ventilación, eso sí; porque el techo, al aire, es muy alto —, y los niños acuden en tal abundancia, que yo no recuerdo haber visto nunca suelo tan bien aprovechado. Buscaba don Agustín, con la mirada y con la sonrisa, una aprobación entusiasta, y como no llegaba, me dijo desencantado:

— Es que usted no vió lo que había antes.

No. Yo no visité la única escuela de niños de Algeciras antes de conseguir estas tres del Pósito. Me faltaba el término de comparación. Pero sólo con verle contento al señor Candell, que ha viajado mucho y conoce tantas escuelas, dentro y fuera de España, me imagino cómo sería. Poco a poco vamos habituándonos a todo. El maestro se encariña con su escuela, y cuanto más valga él, más se esfuerza en sacar partido de las cuatro paredes que le dan. La buena voluntad y el entusiasmo profesional empiezan por ser conformistas. ¡Cualidad envidiable! Pero el señor Candell conocía la realidad, y yo iba buscando, inocentemente, la justificación de Algeciras. ¿Qué ha hecho de su río de oro? ¿De qué le han servido las vacas gordas?

Conviene precisar los datos, porque será difícil encontrar un ejemplo tan claro. Esas tres escuelas de niños, unitarias, funcionan en régimen graduado. Hay en Algeciras una escuela de niñas y otra de párvulos, que no pasa de ser un zaguán amplio, un depósito comercial. Entre todas pueden admitir quinientas criaturas, y es materialmente imposible dar entrada a más. Quedan sin escuela pública mil seiscientos niños en edad escolar. Con los colegios y las *migas* — o amigas —, algo se suple; pero lo apuntado basta para comprender que Algeciras es uno de los casos más graves, más agudos, de abandono e indiferencia. Entre los pueblecitos agregados, que son varios, sólo tiene escuela Villavieja. Algo así como un garage o una bodega. La de Acebuchal está clausurada por inminente ruina. Fuera de eso, nada.

Candell y sus compañeros no pueden hacer más de lo que hacen. Pero ¿cómo interesarán a estas gentes tan distraídas? Otro maestro joven:

don Daniel L. Coello, con un sentido místico y ardiente de su profesión, trabaja como no pueden imaginarse los que desconocen el Magisterio, luchando, ante todo, con la más exacerbada conciencia de su responsabilidad. Maestros como los de Algeciras merecían un pueblo que tuviera oídos y quisiera oír. Otro maestro — libre y dedicado por vocación a la enseñanza particular — es el *autodidacta* Troyano, hombre de lucha, que cultiva su huerta, pero no en el sentido retórico que damos al jardín de Cándido, sino como cualquier hortelano del campo de Algeciras. Este maestrillo aprendió a leer ya hombre, y los primeros libros los devoró camino del mercado donde llevaba a vender sus hortalizas. La escuela no basta. Si los muchachos son pobres o los padres no quieren pagar, no pagan. Es necesario ayudarse todavía con la azada hasta que los tiempos mejoren.

Por extraño e incomprensible que parezca, ésta es la situación de Algeciras, donde se puede hablar de sus maestros, pero no de sus escuelas. Ciudad que tiene hoy un momento de laxitud, que no se ha decidido todavía a prescindir de sus habituales recursos y a emprender una vida nueva, contando, como cuenta, con medios para desenvolverse sin mirar hacia Gibraltar, sino más bien hacia la costa de Africa; ciudad que volverá a ser rica cuando tenga un trabajo y un jornal el último *garampero*. Si damos vuelta a la bahía, de Algeciras a San Roque, por la vega que bañan el Palmones y el Guadarranque, encontraremos también enormes propiedades, que siguen siendo para la actividad del pueblo manos muertas. Montes, bosques; parques de recreo, en realidad. Palmones, Puente Magorga. Ya en El Campamento em-

pieza el caserío de aluvi3n. Pero no nos detendremos hasta La L3nea. Es preciso ver si ha comprendido sus deberes mejor que Algeciras este pueblo nacido a la sombra de Gibraltar, donde por cualquier parte que vayamos puede orientarnos el Peñ3n, como en Sevilla la Giralda.

XI

UNA MIRADA A GIBRALTAR

EL PEÑÓN Y LA LÍNEA

TROPIEZAN los ojos desde todas partes con el agresivo Peñón. Vale más acabar de una vez y visitarlo, dejando La Línea para luego. Por mar es muy cómodo, y, desde luego, más digno, pues así debemos entrar en puerto extranjero. Por tierra nos parecerán odiosos todos esos vejámenes fronterizos. Pero, en fin, guardemos las reservas mentales, para no parecernos demasiado a un *tocaor* de guitarra que conoció Rubén Darío, el cual *tocaor* exhalaba en guajiras su patriotismo irredentista. ¡*Alas, poor!*, exclamaba el poeta. «¡Ay, pobre!», podía aplicarme yo también la compasión, un tanto humorística. Candell me trae, antes de salir para Gibraltar, unas palabras de otro patriota, Joaquín Costa, con el cual, sin desdeñar los sentimientos del *tocaor*, prefiero establecer afinidad de españolismo. Son de 1900. Tienen el gran sabor, el fuerte sabor agrio, del 98. Costa se había enterado, por un periódico, de que «en la bahía de Algeciras, suelo español, vecino de Gibraltar,

viven setenta y ocho mil súbditos españoles, repartidos en cinco poblaciones, españolas también. Para el servicio de instrucción de esas cinco poblaciones mantiene España (mantenía entonces) siete escuelas; Inglaterra, *treinta*. A las escuelas que mantiene España asisten unas cuantas docenas de niños; las que sostienen y regentan los ingleses cuentan los alumnos por millares. . . » Y aquí hablaba Costa de Tarik y de las dos invasiones trasfretanas; la última, la espiritual, la que nos deslizó el turbante por debajo del sombrero de copa. Veía la única Covadonga posible en la escuela: «la escuela española, si queremos y llegamos a tiempo; la escuela inglesa, en otro caso». Era el momento más doloroso de su crisis. ¡*Alas, poor, Costa!*

Mantengámonos en la escuela española. Siempre llegaremos a tiempo. Yo creo que el optimismo de hoy está en que ya no podemos sorprendernos de nada. Dispuestos a lo que venga, nos asomaremos al Peñón para ver cómo han montado los ingleses en Gibraltar la enseñanza primaria. Caso curioso: Aquí, en La Línea y en toda la bahía, no lo sabe nadie. Poco más o menos está enterado de algo algún maestro; pero, con precisión, ni siquiera los españoles que han estudiado en Gibraltar. Hace falta ver las cosas con nuestros propios ojos.

Desde luego, si los ingleses salieron del Peñón en 1900 para fundar escuelas, lo cual no parece probable, porque no lo recuerda nadie, debieron de replegarse pronto, y, además, cambiaron de táctica, como vamos a ver, no sosteniéndolas oficialmente ni siquiera en Gibraltar. Las siete escuelas españolas de que hablaba el periódico de 1900 serán hoy quince o veinte; pero las treinta escuelas

inglesas han desaparecido. Quizá partieran el diario y don Joaquín Costa de un error, y no habría entonces otras escuelas inglesas para españoles que las de Gibraltar. ¿Para qué penetrar en La Línea y en Algeciras si el alma ya era suya? Vamos a ver, por consiguiente, estas escuelas.

Mr. John Cochrane, *Chief of Police*, nos autoriza a permanecer en Gibraltar hasta el primer cañonazo de la tarde: *first evening gun fire*. Pero ésta es una fórmula viejísima, que sólo sirve para dar prestigio al *ticket* que nos entrega un policía al llegar. Ya no hay toque de queda; ya no se disparan cañonazos. Cada barquito que viene de Algeciras es una invasión española para Gibraltar. Desde la primera calle comercial con que se encuentra el recién llegado, comprendemos el carácter de feria permanente que ha tenido la plaza inglesa y que hoy está en suspenso, aunque sea imposible borrar el color de barrio judío y la intención del visitante. Como nosotros no hemos venido a comprar, reparamos en detalles más íntimos: ¡*cantion!*: *School* «¡Atención, carruajes, automóviles! ¡Cuidado con los niños! ¡Hay una escuela!» Aunque no estuviera en inglés el rótulo de la placa, ella hubiera bastado para hacernos ver que acabamos de traspasar una frontera.

«Hay una escuela.» Pero ¿qué escuela es ésta? Se trata del colegio de una Congregación francesa. Asisten niños españoles, que sólo hablan francés o inglés, salvo error; y no tiene para mí ningún interés especial, pues el género de enseñanza es conocido. Antes de buscar otras, genuinamente inglesas, queremos recorrer el Peñón. Esta peña andaluza, en mar andaluz, sirve de abrigo a una ciudad de casas altas y líneas planas, sin balcones, con

patios rígidos, de tono sombrío. Traemos los ojos habituados a la blancura de Cádiz, y encontrarnos aquí con las calles de Glasgow y con los patios uniformes de cualquier capital del Norte nos produce cierta decepción. No se han atrevido los ingleses, al construir para ellos, a soportar la crudeza de esta luz demasiado valiente, y han procurado mitigarla; pero han quitado el encanto de los interiores. En cambio, parques y paseos, hasta la punta de Europa, están muy bien. Yo he visto *Isola Bella* en el Lago Mayor, e imaginaba el Peñón de Gibraltar como una *Isola Forte*; pero la cinta de casitas y jardines que domina el puerto y va bordeando la costa, no da un solo momento impresión de fuerza. Si hay allí cañones, no los vemos. Hasta los edificios militares han sido contruidos con propósito decorativo, como si se tratara de completar el ornato de un lugar pintoresco. Hay una semejanza — quizá el secreto y la clave estén en la libra esterlina — entre todo este costosísimo y sorprendente embellecimiento del avispero del Peñón y la creación de grandes hoteles oasis como los de Algeciras y Ronda.

Cerca de la punta de Europa vemos unas escuelas en pabellones aislados. Pero han salido ya las señoritas que dan clase en ellas. En suma: hubiera sido imposible enterarse de la organización de la enseñanza en Gibraltar sin el auxilio de nuestro cónsul, don Luciano López Ferrer, funcionario cuyos grandes méritos yo no voy a descubrir ahora, y del vicecónsul, don Miguel Aldasoro, quien se encarga de pilotarme en este rapidísimo viaje por aguas poco navegadas.

Nos informa, con amabilidad y cortesía, míster C. G. S. Follows, inspector residente de escuelas y

secretario de la Junta de Enseñanza. Ante todo, Inglaterra no ha establecido las escuelas de instrucción primaria en la plaza de Gibraltar. Considera que la colonia, de raza y lengua no inglesa, puede organizarse privadamente su propia enseñanza, y se limita a subvencionar escuelas y colegios que reúnan condiciones legales. Para estudiar la situación de esas instituciones privadas tiene un inspector permanente y envía todos los años un inspector especial, que determina la cuantía de la subvención. Porque la cantidad no es fija, sino proporcionada al estado en que se halle cada escuela. El término medio es de tres a cuatro libras anuales por alumno.

Con esta protección, Inglaterra se echa fuera de todos los problemas interiores de la escuela colonial, salvo el derecho de vigilancia. Pero, además de esto, ha establecido escuelas gratuitas para los hijos de soldados y marinos ingleses. Y éstas son las verdaderas escuelas públicas de que hablaré en el próximo capítulo.

XII

REGRESO A ESPAÑA POR LA LÍNEA

IMAGINE el lector un ancho pabellón, sin cielo raso, con las vigas de la techumbre al aire; pero cepilladas, barnizadas, brillantes, como la cubierta de un buque de guerra. En el gran rectángulo que forma, como en una sala de espectáculos, o mejor, de conciertos, va elevándose la gradería de mesitas escolares, hasta llegar a los ventanales, cuya luz entra mitigada, suavizada por persianas japonesas y estores. Cuarenta niñas, cuarenta inglesitas — no es necesario describir el tipo, que ya imagináis: cabellos rubio de trigo, mentón saliente, ojos azules y gris de acero, aunque hay muchas inglesitas que podrían ser gaditanas —; cuarenta señoritas de nueve a catorce años se han puesto en pie para cantar a coro una canción popular. El piano está junto a la mesita de la instructora. Acompaña una alumna — por cierto muy pequeña—. Y el maestro de música que las dirige es un suboficial del Ejército inglés, vestido de uniforme. Nos guía en esta visita un teniente, de uniforme también: míster Douglas. El maestro, que llega de otra clase inmediata, asimismo un oficial. Otros

dos profesores que acuden al presentarse sus jefes, Mr. Douglas, van de uniforme, como sus compañeros.

Porque estas cuarenta señoritas de aspecto tan delicado y tan civilizado son hijas de marineros y soldados ingleses de guarnición en Gibraltar. La escuela, de niños y niñas, es una institución militarizada. A pesar de lo cual, el coro infantil entona una canción campesina, nada guerrera. Incluso las instructoras de las niñas, todo depende allí del *Army Education Corps*. La Gran Bretaña ha organizado este nuevo servicio auxiliar del Ejército en sus colonias para asegurar la primera enseñanza entre las familias de la guarnición. Mr. Follows me dice que dentro de las Islas Británicas se ha extendido también el sistema en los centros que cuentan con guarniciones fuertes. En Gibraltar, como en todas partes, los soldados, voluntarios, encuentran escuela gratuita para sus hijos. «¿Y los oficiales y jefes?» — pregunto —. «Comprenderá usted — me dice sonriendo — que prefieren enviarlos a Inglaterra.»

Y, sin embargo, es adorable y confortable esta escuelita colonial, que mete en el Peñón un trasunto fiel de la patria. Limpia y clara; colores alegres por todas partes; sencillez, eficacia... Ahora, los alumnos — primero las niñas, por cortesía — salen de sus distintas clases, cogen un ligero hatillo de ropa y un sombrero de paja basta para el sol, y se echan a la calle. ¿Dónde van después del mediodía, a hora tan calurosa? Van a bañarse al mar. El *Army Education Corps* les vigila. Salen todas radiantes. Confieso que el júbilo de estas criaturas y el ambiente tutelar y protector que observo en torno de ellas produce en mí un sentimiento algo

turbio. Frente por frente, en la misma bahía, el Mediterráneo ofrece también su playa a los muchachos de Algeciras. Es el mismo para nosotros que para estos activos y cuidadosos instructores militarizados. Sin embargo, yo no he visto que entre las horas de clase haya una para el baño de mar en el cuadro de las escuelas algecireñas. Ni encaja bien tal exceso de trabajo — ¡y de un género tan difícil, tan peligroso! — para encargárselo, además de sus otras ocupaciones, a los cinco maestros y maestras de Algeciras. Lo que puede hacer, no ya el *llanito* de familia bien acomodada, sino el hijo de cualquier soldado inglés, bajo la vigilancia de sus maestros, tardará mucho en ser práctica diaria en la costa española.

El pabellón de la clase de niñas que hemos visitado y los otros, unidos en serie, responden al mismo tipo de construcción escolar. Pero llegamos luego a una gran escuela de párvulos, no menos militar que las anteriores, aunque al cuidado de señoritas, y ésta no tiene edificio especial, sino que al instalarse se redujo a habilitar y decorar los pisos de una casa gibraltareña. Los parvulillos viven en el mundo fantástico que unas cuantas generaciones de niños grandes — ingleses y americanos, casi todos — han ido creando para hacerles agradable el paso de la casa a la escuela. ¡Qué sorpresas, qué descubrimientos maravillosos, si entrara aquí de pronto un chico de la escuela de párvulos de Colmenar Viejo! Todos vienen a traerme su labor, su trabajo manual. Se levantan del suelo de la galería para enseñarme sus dibujos. Esto es una escuela maternal, aunque haga de madre el *Army Education Corps*.

Hay en Gibraltar un consejero delegado, ins-

pector de las Escuelas Navales; un delegado superintendente de la *Naval Examination*. Un maestro jefe, y un oficial que tiene a su cargo la organización de los trabajos. Todo esto es aparte de la otra enseñanza primaria que, como he dicho, se limita a inspeccionar y subvencionar, y que sirve a los coloniales mediante escuelas y colegios de fundación particular. Estas tienen también carácter público, y en cierto modo gratuito, pues *el penique de la escuela* — todavía se llama así, como si nosotros dijéramos el cuarto del maestro — es voluntario y no obligatorio. «No menos de un penique ni más de diez por semana.» Así dice la ley. Por la cantidad que destina el Estado inglés a subvencionar las escuelas privadas, a razón de tres a cuatro libras anuales por alumno, y otra parte para material, se ve que la asistencia comprende aquí a todo el censo escolar. La educación elemental de los niños es rigurosamente obligatoria, con responsabilidad de padres o tutores. Las penalidades por no cumplir las órdenes de asistencia son severas. Si la falta, comprobada, es culpa de los alumnos y no de los padres, la ley inglesa especifica el castigo. Aquí volverán a sorprenderse los lectores que hayan seguido estas líneas con interés, envidiando el fondo de bondad y de cariño a la infancia que revela toda la organización inglesa.

Porque en las Ordenanzas de la Enseñanza Obligatoria de 1917 para la plaza de Gibraltar, sigue en vigor la pena de azotes. «El director y el maestro pueden ordenar que el alumno sea tratado con no más de seis azotes, dados con vara de mimbre.» El castigo es serio, frío, en cumplimiento de una sentencia que no supone ira. «Si el padre se persona en la escuela y desea asistir al castigo, los

azotes se darán en su presencia.» Conviene advertir, para que no divaguen los partidarios del rigor extremado contra la falta de asistencia, que Inglaterra puede usar de él donde hay escuelas para todo el censo escolar. Pero ¿habría derecho a infligir, no ya pena de azotes — que eso en ningún caso lo admitiríamos, aunque los ingleses la conserven —, sino esa multa que imponen algunos Concejos, en poblaciones como Algeciras, donde quedan forzosamente por las calles mil seiscientos niños en edad escolar? Resta sólo decir la cantidad que invirtieron los ingleses en subvenciones a las escuelas particulares de Gibraltar el año 1925: ocho mil novecientas noventa y tres libras esterlinas.

Y ahora pasemos la zona neutral. Volvémonos a España. Un maestro de La Línea, que tuvo la amabilidad de guiarme en mi primera visita a Gibraltar, abre su escuela, a dos pasos de la Aduana, a puerta de calle, en la misma carretera por donde cruza todo el tráfico con el Peñón. Parece puesta allí con sus ventanas — digo mal, con su única ventana —, abierta al camino de la ciudad inglesa, ostentosa, impávida, ya que no cínicamente, para que todo el mundo pueda apreciar su miseria. Cuando llegue a su clase todas las mañanas el maestro señor García, de apellido tan español, ¿podrá sentirse contento como Mr. Douglas, el teniente del *Army Education Corps*? La clase no ha acabado de ventilarse en toda la noche. O se ahoga allí dentro, él con sus ochenta o noventa alumnos, o entra polvo de la carretera, ruido de carros, voces de disputas meridionales. . . Y sobre todo, ¡lo más temible!, la mirada fría y aguda de los ingleses de Gibraltar.

Línea de la Concepción. Villa populosa, improvisada, que ha ido, no sólo viviendo, sino naciendo al día. Tierras ganadas a la huerta para convertirse en casas y calles, como tiendas de campaña. Construcciones sumarias, elementales, cuadradas como dados, que en un día de fortuna aseguró el azar. Vida rápida, inquieta, bajo la sombra siniestra del Peñón. ¿Escuelas? ¿Para qué? Ahora, en estos últimos meses, el Concejo, con la ayuda oficial, ha querido improvisar no sé si veinte o treinta. He visto las dos del Mercado, con su patio de juegos en una terraza acristalada; siete escuelas nuevas, en un gran caserón. Un buen maestro, como Vicente Ortega, en una casa de vecinos, por cuyo patio pasa una mujer vestida de blanco, toda desmelenada. Otras escuelas construídas al efecto, espontánea y milagrosamente por un albañil. . . Es decir, el caos. Junto a la peña dura de Gibraltar y la obra concienzuda de los ingleses, sería cruel seguir examinando los arenales de La Línea.

XIII

CASTELLAR DE LA FRONTERA

UN SEÑORÍO DE 268 HABITANTES Y 17.099 HECTÁREAS

FUÉ un duque de Medinaceli o un marqués de Moscoso el que ganó a los moros esta peña de Castellar? No lo sé a punto fijo; ello ocurrió antes de que naciera el actual secretario del Ayuntamiento, y en Castellar no se acuerda nadie. Pero de aquí arranca el régimen de la propiedad, que se conserva todavía como una gracia regia a los descendientes del conquistador. El pueblo es hoy del duque, hasta las piedras, y las tejas, y los pájaros que anidan en ellas. En cuanto al término, con enormes predios que meten dentro de una sola linde diecisiete mil hectáreas, pues todo recayó en las mismas manos, al duque pertenece también. Yo he querido verlo, y por eso trepamos ahora un maestro naturista y yo por la vieja calzada mora, quizá romana, mientras García Bilbao y don Agustín Candell suben por la carretera, recién construída, que divaga un poco, pero indudablemente ofrece mayor comodidad. Hubiera sido temerario llevar el automóvil hasta las puertas de Castellar.

Quería verlo, porque esta visita entraba en mi plan desde antes de salir para Andalucía, y nunca pude suponer que los montes del Sur de España se pareciesen tanto a un paisaje familiar: el paisaje de El Pardo. Salvo la luz, que es más dorada, y alguna mayor suavidad y riqueza de tonos cálidos, llega a sorprender la semejanza. Pero las alturas se elevan más y las hoyas por donde cae el Guadarranque son profundas. Quizá sea la excepcional situación de uno y otro dominio lo que los iguala a nuestros ojos, cometiendo injusticia con ambos; porque El Pardo no tiene pareja y Castellar es incomparable.

Venimos desde la estación de San Roque sin encontrar un alma. Nadie por la alameda que lleva a la Casa-granja, ni por los espesos y confusos alcornoques. Esto se llamó un tiempo el «Santo Desierto de la Almoraima», y en lo más escondido hubo un convento de mercenarios descalzos, hoy desalojado, con su iglesia, donde todavía dice misa el cura de Castellar, que baja una vez por semana. Santo Desierto vastísimo, que llega hasta orillas del Hozgarganta, y está, en su mayor extensión, sin cuidado ni desbroce, al punto de que, por ser bravo y cubierto con exceso de brotes nuevos, hojas bajas y maleza, pierde calidad el corcho de sus alcornoques. Pero esta condición de monte bravo ha sido para los dueños del Santo Desierto de la Almoraima un atractivo más. Nunca intentaron nada por corregir su naturaleza. Me contaron en Ronda que hace años los propietarios de la Almoraima — sin duda no fueron los actuales —, ilusionados con la idea de poseer un verdadero desierto selvático, llegaron a soltar allí chacales del Africa para cazarlos dentro de su finca. Luego, como no hay nada desierto, en realidad, ni siquiera el Sahara, los cortijeros,

pastores y jornaleros de Almoraima y hasta de Castellar salían con sus escopetas a librarse de tan molestos huéspedes. Por aquí — he leído yo en el libro de Zugasti —, trajeron secuestrados a unos ingleses de Gibraltar el *Malas Patas* y el *Cucarrete*, bandoleros del año 70, que venían por el camino de la Túnara y por la Almoraima, seguros de no tropezarse con ningún estorbo.

Montes y dehesas se prolongan muchos kilómetros de la vía férrea, que al fin se aparta de la carretera para no volver a encontrarla, porque la estación de Castellar está lejos del pueblo, y desde ella no se divisan los muros ni el castillo. Pero así como Tarifa tiene montes — aunque la impidan valerse de ellos — en cantidad próxima a quince mil hectáreas, Castellar no cuenta por suyo con un palmo de terreno. El pueblo no tiene personalidad. Todo es del duque desde la Reconquista. Todo está, poco más o menos, igual que el día de la Reconquista.

La permanencia en un régimen invariable ha dado a Castellar de la Frontera esa conformación extraña, singularísima, que constituye su mayor encanto. Sus treinta o cuarenta casas, encerradas entre muros, como los huevos en el nido y el nido en lo alto de la peña, no han hecho ningún esfuerzo por trasladarse al llano. ¿De qué huyen? ¿Qué temen hoy los vecinos de Castellar? Son, la mayoría, jornaleros de los inmensos dominios ducales. Ni las casas aumentan, ni es fácil que la población desborde. La entrada, de castillo moro, sobria y fuerte, con sus dobles puertas y sus piedras, ruinosas ya, amenazando desplomarse. Calles estrechas, de tipo serrano, tosco, pero limpiísimas, enjalbegadas. El piso, de guijarros, y a veces de la misma peña, bas-

tante difícil. Puede ocurrir que venga un borriquito en pelo, corriendo calle abajo, perseguido por los chicos. Entonces todo el pueblo se anima y resuenan los cascots en la piedra como en un tambor. Hay que dejar paso, guareciéndose en el hueco de un portal y produciendo la natural confusión en aquella familia que no ha visto llegar hace tiempo señores de Algeciras. Cualquiera de estas calles ofrece de pronto una reja florida o toda una casa convertida de pronto en jardín colgante, con un sistema de tiestos bien combinado, a la andaluza. Tampoco aquí hay nada que disuene. No se ha construído una sola pared que no esté bien, acaso porque desde hace muchos años no se ha construído una sola pared. Pero, en cambio, la mano de cal no deja de trabajar nunca. Blanco el pueblo, blanca la Casa Ayuntamiento, con sus dos arcos de amplia curva, revelando en su gracia de proporciones y en la elegantísima línea del tejado, como una filigrana de barro cocido, su traza mora. Blancas de cal hasta las piedras de la calle y la iglesia.

Y lo que es más extraño: la escuela. Un poco hemos tardado en llegar a nuestro objeto, pero ya estamos. La maestrita sube delante para enseñarnos el camino; en el fondo, encantada con su escuela, clara y limpia, pero tan estrecha, tan recogida, que puede llevarla en un puño y no soltarla de la mano, aunque la profesora Dolores Vilches tiene la mano muy pequeña. Maestra nueva, toda inteligencia, que hubiera deseado, quizá por ser de tierra de Albacete, un campo más amplio y más llano para trabajar. Maestra seria, de la nueva generación, aun no repuesta de la sorpresa de encontrarse en lo alto de un risco tan solitario como Castellar de la Frontera. Cuando ya no hay nada que ver en la escueli-

ta salimos al patio de juegos. Pero no es tal patio, es una terraza, un mirador; en realidad, el practicable escenográfico para pasar a un derrumbadero. Caben muy pocas niñas, porque no tiene más espacio que la cofa de un buque; pero es el lugar más avanzado para mirar hacia los lejanos confines de Castellar. ¡Ni un pueblo! ¡Ni un caserío! Hasta el horizonte, por todas partes arboleda, chaparros, alcornoques, colinas peladas, más arriba la sierra agreste. Diecisiete mil noventa y nueve hectáreas comprende la extensión superficial catastrada... Fuera de las murallas sólo unas familias pobres se han aventurado a levantar con cuatro tablas y unas cuantas piedras sus miserables refugios.

Todavía hay otra altura en Castellar, y no es la torre de la iglesia, sino la del castillo. En la iglesia hemos visto, junto al altar, la celosía tras de la cual oían antes misa los duques y hoy su administrador. Este vive en los bajos del castillo. Nos presenta y nos guía el secretario municipal don Andrés Méndez Avilés. Vemos desde la torre del homenaje el otro lado del término de Castellar; tres o cuatro huertecitas, unos trigos, y luego, otra vez el inmenso bosque. La vía férrea pasa hacia el Norte en una curva. Todo el espacio abierto que vemos desde aquí podía ser buen campo de juego para las niñas de la señorita Vilches, y mejor campo de experimentación para los niños de aquella escuela, estrecha y pobre, que rige en Castellar de la Frontera don Leonardo Guzmán.

XIV

DE ALGECIRAS A RONDA

*UN DESCANSO PARA HABLAR
DE LOS CIENTO MILLONES*

MALA suerte había de tener la villa de Los Barrios si la atracción de Castellar y el deseo de llegar pronto a Ronda no nos dejaran dedicarle unos minutos. Andaremos otra vez con la imaginación aquella carretera de parque señorial entre Algeciras y San Roque, y nos desviaremos por el camino de Medina Sidonia, tres kilómetros nada más, hasta la plaza de Los Barrios, donde se alza la mejor escuela de estos contornos. Una casa andaluza, con su gran patio y su arquería de columnas oscuras, contrastando con el blanco deslumbrante de las paredes. En el piso de arriba dan clase dos maestras veteranas: doña Justa y doña Josefa. Un poco rasgados los huecos para que las vidrieras recogiesen mejor la luz permitiendo ver algo más que el cielo, y la escuelita de doña Justa sería perfecta. Una pequeña obra en el techo, para que no penetrase por el vano todo el humo de las cocinas, y quedaría contenta doña Josefa. ¡Qué entusiasmo tiene por su trabajo! Viendo la casa recogida, limpia, ordenada por las manos metódicas

de doña Justa Soriano, con cariño de hogar — ¡la palabra «hogar» es tan poco aplicable a las casas de los maestros! . . . —, comprendemos que gran parte del encanto de su escuela está en ella. Así como en la vocación del maestro nuevo, don Francisco González, joven de gran voluntad y de talento, vemos la mejor garantía de que la escuela de Los Barrios mejorará, corregirá sus defectos y llegará a ser una escuela modelo.

Modelo español — claro está — de escuela andaluza, hecha con elementos genuinos, como si la separaran mil leguas de Gibraltar y de sus ejemplos útiles; pero adecuada al país de tierra adentro y llena de fuerte y agradable color local. Aquí no se ha levantado un edificio costoso, sino que el Ayuntamiento se limitó a reformar el que había, convirtiendo en escuela una casa típica gaditana. Un paso más, estudiando despacio, en serio, las condiciones de cada lugar y el medio de sacar partido de las construcciones ordinarias, y acaso se habría encontrado la solución — media solución, por lo menos — del gran problema de las escuelas.

Ahora podemos seguir nuestro camino pasando otra vez en el tren por Castellar, que se asoma un segundo entre dos montes, muy lejos. . . Antes de salir de la provincia hemos de recordar con gratitud a nuestros amigos de Cádiz y de Algeciras, especialmente a don Gregorio Hernández y a don Agustín Candell. Y al evocar hoy el paisaje bravío, fronterizo del reino moro, por la parte de Jimena y Buceita, hasta encontrar el torrente del Guadiaro y los riscos de las Buitreras, permita el lector una pequeña confusión de nombres y fechas y una digresión que me sirva de descanso, al mis-

mo tiempo que me permite prolongar el recuerdo de aquella soberbia y dramática ascensión por el cauce del río hacia la serranía de Ronda. Confundo los pueblos. No sé cuál es más hermoso. ¿Cortes de la Frontera, Jimera de Libar, Benaoján?... Me sitúo en cualquiera de ellos. Vega de naranjos, encinas y olivos. Alguna vez, muy discretas, casi siempre aisladas, o en parejas — como debe ser —, las palmeras. También viñedos, donde la tierra es más oscura y más fuerte. Sobre la vega, abreviando el crepúsculo, terroríficos montes y unos caminos que van trepando por ellos hacia otros pueblecitos más ásperos: Atajate, Alpandeire, Júzcar, en la falda del gigantesco Jarastepar.

Pues bien: por error de fecha yo imagino que llego a cualquiera de esos pueblos a tiempo de leer con el secretario del Concejo la noticia del Presupuesto extraordinario, con cien millones de pesetas para escuelas.

— ¡Vuélvase, don Luis, a su casa! — me dirá —. Ya no tiene nada que hacer. «Nuevo Quijote», como le han dicho los papeles, ya no hay para qué correr aventuras. Cien millones no se acaban nunca.

— Vamos a hacer números y proyectos — podré contestar al hombre de ley —. Esto nos rejuvenecerá. Con cien millones hay para cien escuelas de un millón de pesetas; para mil de cien mil pesetas; para diez mil escuelas de diez mil pesetas. ¿Está usted seguro de que llegarán las diez mil pesetas de Atajate, de Júzcar y de Alpandeire? Son muchos millares de pueblos dispersos por sierras como ésta y por llanos como los de Jerez y Medina Sidonia. Esos cien millones cargan sobre el presupuesto de diez años. A diez millones cada año.

Se suprimirá — no debía suprimirse — la partida del Presupuesto ordinario que destinaba seis millones anuales para construcción de escuelas. Habremos conseguido un aumento de cuatro. Bien venidos los cuatro, cuando vengan; pero con eso no puede hacerse todo. Usted y yo tenemos todavía mucho que trabajar.

M Á L A G A

I

R O N D A

1. LLEGADA A RONDA. — UNA VUELTA POR MERCADILLO Y LA CIUDAD

EN Ronda, en la plaza vieja de Santa María, llamada hoy de la Duquesa de Parcent, un parvulillo le preguntó, gravemente, a la maestra, señalándome con el dedo:

— Doña *Cammen*, ¿quién ez ezte hombre?

Otros mayores que él se preguntarían lo mismo: «¿Quién es y a qué viene este señor, que no se contenta con mirar el tajo desde los balcones de la Alameda?» Pues bien, este hombre es uno de los más ardientes enamorados de Ronda. Desde que entró por la estación de Algeciras; mucho antes, desde que se asomó a los olivares de Arriate, creyendo que la ciudad se le escapaba, ya comprendió que había llegado a uno de esos lugares de privilegio que piden otra ley y otra medida distinta del resto del planeta. Toda la gradería de montañas que acabábamos de escalar había venido pre-



parándonos para alguna aventura heroica. Un francés del siglo XVIII necesitaba sus clásicos para templar el ánimo y elevarlo hasta el sacrificio. Nosotros tenemos cordilleras, serranías y con ellas pudiera bastarnos, si las quisiéramos mirar. Son escenario, personajes de tragedia y tragedia en sí mismas. Pero en Ronda, sobre la serranía y la vega, está Ronda. Sólo después de cruzar el Puente Nuevo e internarnos por las callejuelas altas de la ciudad, comprendió «este hombre» que había perdido lo que llamamos albedrío, y que el color, el carácter de Ronda iban a poder más que su propósito de ver las cosas como son. ¡Qué importa una escuela más o menos en este gran pueblo que respira arte en cualquiera de sus piedras y aun en su más humilde paredón encalado! ¿Cómo apreciar con arreglo a norma europea, por consiguiente extraña, la cultura honda e indefinida de esta ciudad original? Puesto ya en el resbaladero, como si me hubiese atraído el vértigo del Guadalevín, confieso que me costaba violencia preguntar a un muchacho rondeño dónde tiene su escuela. Era más prudente dejar la visita para otro día.

Vuelta al tajo, desde la Merced, y luego desde el puente, hasta que una lápida colocada en la primera casa a mano izquierda, entrando en la ciudad, me ayuda a recobrarme un poco: «Aquí nació — dice el mármol — don Francisco Giner de los Ríos. . .» La casa, moderna, no es ya la casa de Giner, sino una construcción vulgar; pero al lado hay una casita baja con su zócalo oscuro, su balconaje de hierro forjado, su portalada ancha. Así sería la otra, donde nació don Francisco. Esta sorpresa me obliga ya a no comportarme en Ronda como un viajero que sólo piensa en archivar emociones es-

téticas. Si de aquí salió un hombre como Giner y aquí asistió a la escuela, bien podemos ver esta página de la historia de Ronda, más importante hoy para mí que cualquier vestigio de musulmanes o romanos. ¿Dónde estaría la escuela? Nadie nos lo puede decir, porque estos recuerdos de 1845 suelen borrarse sin dejar huella. Don Francisco Giner tuvo una infancia muy andariega. Yo he preguntado a su sobrino Fernando de los Ríos y me ha dicho que, en efecto, fué a la escuela por primera vez en Ronda — alguna *amiga* como la que aparece en las Memorias de don Federico Rubio —; pero que pronto se lo llevaron a Granada; donde uno de sus primeros maestros fué don José Aguilera, cuya familia ha mantenido su tradición de pedagogo. Este don José Aguilera iba muchas veces a la escuela vestido de miliciano nacional, y al entrar se desembarazaba del sable dejándolo sobre la mesa. Algunas veces volvió Giner a Ronda, sobre todo hacia el año 60. Pero entonces era su época dorada. Concurría a las fiestas de la mejor sociedad rondeña: los Vascos, los Avilés y Escalantes daban grandes saraos y a ellos asistía Giner, que empezaba a iniciarse como joven diplomático en el Ministerio de Estado. Todo esto se sabrá con mayores y mejores detalles cuando aparezca el libro *Vida y obras de don Francisco Giner*, que escribieron Fernando de los Ríos y Morente para el Ateneo.

Quizá le enviaran sus padres a Giner, por no hallarse muy lejos del lugar en que vivían, a una escolita situada frente a la Puerta de Almocavar. Podemos verla. Todo el camino, descendiendo la pendiente que lleva a San Francisco, conserva tanto carácter que, sin equivocarnos, lo suponemos tal

y como lo recorrían aquellos muchachos del año 40. Pero esa escuela, si existía ya, que bien puede ser, tenía entonces ochenta y tantos años menos que hoy. Sería estrecha, húmeda, incómoda, con una sola ventana a la plaza y con esas mismas bancas. Una cosa aseguro: que si la de 1840 no era esa, la que hubiera entonces podía ser tan mala, pero no peor. Y como esta observación se sale del propósito declarado en las primeras líneas al comenzar nuestro paseo, vuelvo por el Puente Nuevo hacia el Olivar de la Merced, y me asomo otra vez al balcón de la vega. La puesta de sol puede ser aquí igual que en 1840, y no por ello se considerará defraudada mi filiación romántica.

2. SEMBLANZAS DE RONDA. PRIMERA SERIE.

Una semblanza bastaría, si fuera buena. Pero ¡ahí es nada! Fundir en una sola semblanza los rasgos esenciales para ciudad de tantos semblantes. . . Dos ventajas tenemos: que no cambian con demasiada movilidad y que vienen acusados con gran vigor. Todos los semblantes de Ronda son varoniles, de trazo hondo. Pero se nos ofrecen separados; alguna vez, hasta reñidos; por lo cual debo conformarme con ir aceptándolos uno a uno. Y acaso se junten luego, como *fotos* impresionadas en el mismo rollo. Síntesis muy de nuestra época, que yo no quiero rechazar. Citaré, como ejemplo, una calle. Por esta calle larga, de Mercadillo, es decir, nueva, colorida, digna de *ballet* ruso, llego al puente romántico, y por el puente romántico entro en la ciudad clásica. Tres semblantes y tres semblanzas,

CALLE DE BAILE RUSO. — Tantos nombres tuvo, que yo no sé cuál le corresponde ahora. Andalucía es impresionable, y muda fácilmente los nombres de las calles. A veces, sin quitar las placas antiguas, y casi siempre sin hacer caso de la confirmación. En Tarifa vimos la primera calle andaluza, de baile ruso, fantástica, irreal, toda ella fuera de línea y de las normas habituales. Pero aquí reunimos en una sola escena y en unos cuantos pasos la feria de *Petruchka*, los soportales de Alcalá, las tiendecitas de los guarnicioneros, talabarteros, artistas del color alegre y crudo, hecho para ir gritando y campanilleando por los caminos; el teatro Espinel, y su timbre llamando al *cine* tarde y noche... Y, sobre todo, la Plaza, con su portalada monumental, de templo o, por lo menos, de seminario, la Plaza de Toros más eclesiástica de España. Para el baile ruso no haría falta alusión alguna al famoso Tajo de Ronda, que está detrás, y no se ve. Sería suficiente poner al pie de esa gran portalada barroca, tan grave, tan universitaria, que está descubriendo funciones oficiales, gubernamentales, la nota viva de un mercado de naranjas. ¡Quién sabe cómo llegaría a escenificar el mago Diaghilef la entrada de los socios del Club Cayetano! Allí lo tenemos, a puerta de calle, como un café privado que ofrece generosa hospitalidad al forastero, sin preguntarle sus opiniones políticas acerca del *Niño de la Palma*. Allí está el Club, y junto a él dos casas; las dos, de arriba abajo, cubiertas de magníficos hierros, como una joya de forja: balcones salientes y pomposos, rejas desde la acera hasta el tejado, como una vasta filigrana labrada a martillo. ¿Quién habitará detrás de ellas? Creo que un Banco. Diaghilef sabría hallar aplicación a

las rejas en una danza del oro, o, más modestamente, de la plata del Banco. Antes de encerrarse en el puente, la calle larga tiene un remanso para el Ayuntamiento y para Ríos Rosas, los cuales seguramente quedarían en el *ballet* fuera de escena.

POR EL PUENTE ROMÁNTICO. — Siento mucho disgustar a los enemigos del romanticismo. Como ven, Ronda es más comprensiva que ellos. Guarda todavía su puente, del mejor Gustavo Doré, y lo utiliza, aun sin acordarse del turista, sencillamente para pasar al otro lado. Pero ha puesto dos miradores sobre el tajo. Quien se detenga allí, por fuerza ha de sentir el artificio de la máquina que le sostiene, y ese amago de pavor o de vértigo lleva ya en sí una emoción de naturaleza romántica. Estos grandes y temerosos derrumbaderos, estas quiebras de los montes, son románticos. En general, «el abismo» es romántico. Aunque venga hoy el geólogo y lo reduzca a ciencia, con lo cual no le restará belleza ni grandeza — antes al contrario —, ¿qué trabajo le cuesta respetarnos el pequeño patrimonio novelesco y escenográfico de nuestros abuelos? El abismo por sí solo es geología. El salto de agua, con su fábrica al pie, ya es industria. Pero con un castillo en ruinas o un pueblo dormido o una historia tétrica, los imponentes despeñaderos nos dejan caer, aunque no queramos, en el más ingenuo siglo XIX. Imagine el lector lo que ocurrirá con precipicio tan explotado como el Tajo de Ronda; sobre todo para quien sepa todas las historias de ese puente y se decida a visitar, como hice yo, el calabozo de los reos condenados a muerte.

Está ese calabozo dentro del puente, sobre el mismo arco, y todo el que haya ido a Ronda sabe

que, descolgándose por un balcón, lograron escapar varios sentenciados a la pena de horca. ¡Sobrebio fondo el Tajo de Guadalevín y la vega rondeña para una página de Víctor Hugo! Hay quien no se resigna a hacer literatura cuando se ve «en capilla», y procura alargar unos años la última hora del sentenciado a muerte. Estos condenados de Ronda eran de distinta extracción. Había entre ellos — según fama — un hombre de estudios y varios gitanos. Se entra al calabozo por una casa particular, cuyo jardín o parque es el despeñadero. Un caminito en cuesta, sucio y peligroso, lleva hasta la puertecilla, y con pocos escalones nos encontramos bajo la bóveda de la prisión. Por fortuna, está abandonada. No hay reos de muerte. Montón de trastos, maderas inservibles, bastidores de puertas y ventanas, algo semejante al almacén de un teatro. A esto queda reducida la cárcel. Pero trepando sobre aquellos despojos podemos asomarnos al balcón; un verdadero balcón, ancho y cómodo, sobre el abismo. De allí se descolgaron con sus fajas. Alguno cayó, despeñado. Otros murieron de las heridas causadas por la misma faja de que pendían. Pero otros se salvaron.

También es irremediable la tentación de agregar cierta aureola romántica a la libertad alcanzada a riesgo de la vida, aunque sea un facineroso quien se pone en salvo prefiriendo morir despeñado a morir en garrote vil. Aún hoy, cuando presenciámos tales escenas — en el *cine*, claro está —, nuestra voluntad ayuda con intención que no es meramente deportiva. El puente sobre el Tajo de Ronda, como verá el lector, se sostiene de milagro en pleno siglo XX, porque está traspasado de romanticismo.

A LA CIUDAD CLÁSICA. — Desde la calle de baile ruso, por el puente romántico, pasamos a la ciudad clásica; más allá del siglo XVIII. Vamos buscando una plaza, con unas escuelas. Pero hoy hemos llegado tarde.

3. SEMBLANZAS DE RONDA SEGUNDA SERIE

ASOMAN LAS ESCUELAS. — Corto el hilo del viaje a la gran plaza de Ronda, en el corazón de ciudad vieja, y vuelvo atrás. Los malos narradores andan dos veces el camino, como los galgos; pero ¡es tan agradable pasar y repasar por las calles de Ronda! Hay que situarse a la otra parte, la más nueva, para dar a estos informes la debida precisión de lugar y tiempo. En una calle de Mercadillo, más levantina que rondeña, está la Graduada número dos. Véase qué buen efecto produce sobre el papel esta frase del tecnicismo pedagógico administrativo. Supone, desde luego, que hay otra Graduada número uno; y, sin embargo, yo aseguro — e invoco el testimonio de todos los maestros de Ronda — que aquello no es sino modestísimo hospedaje, parador, posada o mesón de enseñanza oficial. Están los profesores, buenos maestros, competentes y laboriosos; la dirección no puede parar en mejores manos; pero una escuela graduada requiere algo más.

¿A qué tipo o escalón de cultura responde esta casita sórdida, bautizada a la moda? Para ponerse a tono con la calle de baile ruso, con la feria, la Plaza de Toros eclesiástica, las tiendecitas que irradian alegría y color, el discretísimo y culto Ca-

yetano-Club, las rejas pomposas y floridas... esta escuela graduada debería ser limpia, encendida y fragante como una clavellina. Otra vez vuelvo a pedirles, en justicia, a los pueblos de España que no exceptúen sus escuelas, rebajándolas de nivel. Para ponerse a tono con el puente sobre el tajo, falta en estas pobres viviendas, convertidas en aulas, audacia, grandeza y visión dramática. Por último, tampoco podría ser la Graduada número dos una escuela de la ciudad clásica. Se ha quedado en ese tipo mezquino, anodino e interino, tan cultivado de 1880 a 1890. ¡Tristes escuelas de una época desmedrada que quiere perpetuarse en Andalucía, precisamente donde la tierra es más fuerte y más rica!

Pero en Ronda hay hombres de buena fe que no se resignan. En primer término, los maestros. Para completar la semblanza he de registrar varios datos. Ronda, con veinte mil habitantes, sólo tiene dos escuelas graduadas — una de tres y otra de seis grados — y dos unitarias, de niños; ocho unitarias, de niñas, y dos de párvulos. Quedan centenares de muchachos sin la educación elemental. Un proyecto, patrocinado por la Asociación del Magisterio, lleva ya ocho o diez años de brega y expedienteo. Ahora vuelven a pelotearlo, del Concejo al Ministerio y del Ministerio al Concejo. Ronda ofrece el terreno, los materiales y treinta mil pesetas para dos grupos escolares. Tiene, además, otro proyecto de ejecución más rápida, acudiendo al Instituto de Previsión o al Banco de Crédito Local. Pero mientras tanto, no hay consignación del Ayuntamiento para material; las cantidades presupuestas para granja agrícola no se emplean. En realidad no despierta el menor interés la instruc-

ción primaria, aunque haya una maestra en funciones de concejal.

PLAZA DE SANTA MARÍA. — Ahora podemos volver a la ciudad vieja, orientándonos hacia la plaza de Ronda, la gran plaza de Santa María, llamada hoy de la Duquesa de Parcent. Aquí están la iglesia de Santa María la Mayor, que fué mezquita; el antiguo convento de Santa Clara, la fundación Moctezuma, a cargo de los salesianos; el edificio del patronato de Belvís de las Navas. Pero en este caserón, que sirvió de cuartel a las milicias provinciales, antiguo pósito, si no me equivoco — lo cual es probable, porque cuarteles, pósitos y escuelas han ido alternando y sucediéndose unos a otros durante el siglo XIX en la mayoría de los caserones de España —, están ahora instaladas varias clases de niñas y la Graduada número uno, de niños. Estancias largas, impropias casi todas para el fin a que se las destina, y que acaso pudieron habilitarse con más acierto. Pobreza de recursos. Descuido. Las maestras hacen lo posible por decorar — dar decoro — a sus aulas. Los maestros luchan, con menos paciencia, contra la defectuosa y estrambótica instalación. Pero sobre todo, les preocupa la salud de sus alumnos y la suya propia. En el patio de la escuela está instalado todavía el tren regimental de un batallón de Alba de Tormes. Todo el ganado de tiro está allí, y, por consiguiente, aquello no es el patio de una escuela, sino el corral de una cuadra. Esto sólo basta para transformar — y envenenar — el ambiente de la plaza de Santa María. Un detalle, ¿verdad? Algo en que seguramente no reparó nadie.

El caserón es grande, quizá peca de viejo, y, por viejo, acaso tenga manías y defectos incorregi-

bles; pero bien estudiado podría convertirse en una verdadera escuela. El sitio es incomparable. Si alguna vez logramos realizar el gran concurso de las plazas españolas, esta plaza de Ronda alcanzará uno de los mejores puestos. Tiene jardín, aunque no el jardín ideal, que en este sitio sería el jardín andaluz. Por los cuatro lados se asoma a ella la historia en sus posturas más apacibles y graciosas. Ningún monumento tiene cara severa ni amenaza aplastarnos con su desmedida pesadumbre; al contrario, todos procuran alinearse bajo la maravillosa luz de Ronda con sonriente amabilidad. Es como un patio universitario, como el mejor *kinder-garden* meridional, amparado por el silencio, el clima benéfico y la tradición. . . Sin embargo, todo eso se malogra por un detalle: por haberse olvidado allí el tiro de un tren regimental.

Así es que a esa escuela asisten pocos niños. Al lado están los Salesianos, en la soberbia fundación Moctezuma, con campo de *tennis* y de *fool-ball*. ¿Cómo va a competir la enseñanza oficial? He visto la estrechez y pobreza en que se desenvuelven las escuelas de niñas; la de doña Ana María del Mármol, en la puerta de Almocavar, inconcebible de sordidez; el cuartito de su vivienda en que por amor a la profesión da clase doña Amelia de Castro, que aguarda local hace no sé cuantos meses. Veo que los párvulos siguen yendo a *la amiga*, «a perrilla y llevando la silla». ¿Cómo sostener el prestigio de la enseñanza del Estado en condiciones tan desfavorables? Maestros y maestras sólo tienen ventaja en la parte técnica, pedagógica, de su misión, y en un concepto de igualdad que debería cultivarse en regiones donde las diferencias sociales graban surcos demasiado hondos

desde la infancia, y donde pueden oír las niñas ricas esta corrección como amenaza de castigo: «Si no te enmiendas, vas a estar bebiendo tres días en el jarro de las niñas pobres».

4. ÚLTIMA SEMBLANZA

EL PINSAPO. — ¿Quién deja Ronda sin hablar del pinsapo? Dicho queda lo más importante sobre las escuelas, y, sin embargo, cuesta trabajo despegarse de aquí. Atribuyo esta molicie al influjo magnético del pinsapo, árbol maravilloso, nacido en la próxima Sierra de la Nieve, polar y tropical a un tiempo — y en eso está la maravilla —, porque tiene formas de pino de las cumbres y de cactus. Nadie ha estudiado todavía — que yo sepa — la virtud del pinsapo y su poder de atracción sobre cuantos se acercan al olivar de la Merced. Sopla un viento loco, presagio de tormenta. Hojas, papeles y nubes de polvo se despeñan por el mirador de los ingleses. El cielo viene cárdeno, y como ha de haber en el mundo pocos espectáculos tan imponentes como una tempestad en el Tajo de Ronda, nos preparamos a presenciarla desde un claro del jardinillo. Todos los árboles se acobardan y luchan, sin voluntad, con su táctica de héroes por fuerza, que consiste en aferrarse al suelo. El pinsapo abre sus ramillas y deja pasar el viento. Nada le importa. La Sierra de la Nieve es mucho más dura que el Parque del Reina Victoria. Contra el sol, contra el frío, ha probado ya bien sus armas, sin la menor apariencia bélica. Pero esta vez la serranía de Ronda no quiere mandarnos una buena tormenta, y se reduce todo a torbellinos, tolváneras y cuatro gotas.

Cuando acaba de serenarse el viento y el pinsapo queda inmóvil, como en la gran soledad de las cumbres, es cuando empezamos a admirarle como algo monstruoso, compañero de las especies desaparecidas. Aquí lo trajeron los ingleses del Gran Hotel; por extraño y único, como la cabra hispánica. Pero también por extraño y único vinieron a este paisaje, y por extraña y única eligieron la ciudad de Ronda.

EL PÁRROCO DE SANTA MARÍA. — En cambio, el párroco de Santa María la Mayor no concibe que pueda haber ninguna cosa extraña y única. Todo está enlazado, todo es hijo de algo en la naturaleza y en la historia. Hace falta saber buscar. Su buena suerte lo llevó a ese templo que fué mezquita, y desde hace años atiende al culto, pero en las horas perdidas se consagra a una labor obstinada de arqueólogo. Sobre la torre maciza de la mezquita árabe se alza el campanario mudéjar rematado en un gracioso templete barroco. También en el interior conviven dos arquitecturas; pero no contento con ellas el párroco de Santa María, quiso descubrir la tercera. Y, en efecto, abriendo hueco tras del altar mayor, apareció, como una joya, la puercecita labrada del Mirab. Todo es útil, todo deja rastro. Pero es precisa la voluntad perseverante de don Eugenio Sánchez Sepúlveda, para no detenerse ante un muro o ante la losa de un enterramiento. Cavar, picar, sacar tierra hasta que las paredes se cansen y dejen al descubierto su secreto. Esta facultad de zahorí no se aprende ni se adquiere en libros. Pero luego, el párroco de Santa María, reconstruye y restaura. Le ayudan hábiles operarios rondeños, maestros en el arte de aprovechar las tablas viejas. Albañiles — alarifes moros — realizan

la obra más penosa. A veces hay que abrir una de estas paredes, duras como la peña viva.

— Ya ve usted — nos dice don Eugenio —. Para dar salida a la plaza, he abierto esta puerta al pie de la torre. Aquí no bastaban brazos ni jornales. Las herramientas se mellaban.

— Y ¿cómo han podido hacerlo?

— ¡A fuerza de vino!

Bajo su dirección, estos obreros han ido sacando a luz el tesoro de la mezquita, no en alhajas ni en piedras preciosas, pero sí en obras de arte y en páginas de historia.

ARTES E INDUSTRIAS. — Junto al taller donde trabaja, en sagrado, con sus albañiles y carpinteros, el párroco de Santa María, está el taller profano de la duquesa de Parcent. Les separa sólo un callejón. Y hay, en el fondo, íntimo y subterráneo enlace entre las dos labores. Este otro taller que llamo profano, pero que alcanza a todo, pues también talla imágenes y ornamentos del culto, es el antiguo patronato de Belvís de las Navas, convertido en Centro Benéfico Docente de Industrias Artísticas Españolas. Al entrar, si no estáis prevenidos, seguramente os sorprenderá ver en aquel modesto caserón tantos objetos suntuosos, almacenados desde el zaguán, nuevos, novísimos, pero ya con su pátina; reproducción de muebles antiguos que, al volver hoy, adquieren cierto valor aristocrático y ennoblecen la morada vulgar de cualquier nuevo rico tan eficazmente como el engarce de una cita clásica en la prosa de un ensayista. El nombre, el espíritu y los encargos de la presidenta, llenan todas las dependencias de la escuela. Un artista joven, entusiasta e inteligente, don Vicente Santos, dirige los trabajos con la sencillez de una industria en explo-

tación. Ha traído nuevos alientos e iniciativas. Allí se aprende produciendo. Nadie se arruinará por favorecer esta enseñanza que labora sobre materia útil. Si todas las Escuelas de Artes y Oficios tuvieran el sentido práctico de la rondeña, el Estado gastaría bien poco en sostenerlas. Ex directores, maestros y operarios de esa Escuela tienen hoy sus talleres abiertos en Ronda, lo cual quiere decir que se ha creado una cosa viva.

Y éste es el punto de vista que nos interesa. No sólo aquí, entre repujados, tallas, tapicerías, encajes, cueros policromados, es decir, no sólo en los talleres dirigidos por una técnica académica, sino en cualquier callejuela de Ronda se respira un ambiente de arte. El de la calle será espontáneo y rudo, aunque más de una vez provenga de viejas sabidurías transmitidas de padres a hijos, por tradición y aun por instinto de raza. ¡Imagínese lo que sería todo un pueblo dotado de naturales condiciones artísticas, que le diera desde la escuela otra educación bien orientada! Este Centro benéfico elige unos cuantos muchachos. Podrían ser muchos más. Podrían dividirse y subdividirse las enseñanzas y convertir esta ciudad, tan rica por el cultivo de la tierra, en centro de una producción artística e industrial. Ronda, como toda Andalucía, está llena de posibilidades. Como las vemos perderse, más de una vez desesperamos, y, sin embargo, no creo que sirva para nada desesperarse. La primera cualidad de esta raza es la persistencia de su naturaleza. Ella sabe aguardar y aguardará cuanto sea menester.

II

M A L A G A

DESDE LA TORRE DE LA CATEDRAL

NUESTRO amigo Padilla, pintor barcelonés nacido en Málaga, quiere llevarse notas de conjunto, visiones amplias, lumínicas, de los puertos mediterráneos; y como todavía no es cómodo el aeroplano para convertirlo en estudio, se instala en los altos de la catedral. Aprovecho su invitación y subo también a la terraza más gigantesca de la ciudad de Málaga. Aquí están cerradas y resueltas a conciencia todas las claves, cúpulas y bóvedas del templo. Cada muro podría sustentar una doble fila de árboles, y no esos naranjos en maceta que suele haber en cualquier moderno jardín colgante. Pero el firme es de piedra, y allí sólo arraiga un musgo finísimo. Piedra sólida; bien labrados los bloques de cantería, para asegurarles la inmortalidad. Piedra sobre las bóvedas que parecen cisternas cubiertas. Piedra más blanca en las cornisas, por donde podríamos correr sin vértigo, porque esta construcción es clásica y no tiene los flacos de *Notre Dame*, de París. ¡Qué diferencia entre estos techos, fuertes como cimientos, y aquella invención endeble, escurridiza, de los Plomos

venecianos! Para que podamos apreciar «el tejido», los constructores se dejaron olvidado un sillar, todavía con su calce. Si fuéramos cíclopes nos bastaría un empujón y quedaría en su sitio.

Aquí pinta, como un benedictino audaz, el catalán y malagueño Padilla, que aspira a resumir el Mediterráneo. Pero si yo quiero hacer otra síntesis, no menos temeraria, necesito escalar la torre por aquel andamio cerrado con aspecto de tramoya teatral, y llegar más arriba del campanario hasta el balconcillo de la linterna. Una vuelta por ese balcón volado y toda Málaga será nuestra. Lo que a mí me interesa no es tanto el mar como la tierra. La ciudad es, en efecto, mediterránea, levantina; ni tan andaluza ni tan colonial como Cádiz. Vive del puerto, aunque su comarca sea rica. El puerto es el comercio; un gran poder. Los otros dos grandes poderes ya los conocemos. Uno puede tener por símbolo esta fortaleza de piedra, esta masa sólida y maciza con su torre mocha y su sillar calzado para colocarlo cuando convenga; el otro lo tenemos enfrente, en el castillo de Gibralfaro.

Pero precisamente por conocerlos ya, no nos dejaremos impresionar demasiado. El panorama ofrece todavía mucho que ver en una ciudad de ciento cincuenta mil habitantes. Luego, remontando los ríos: el Guadalmedina y el Guadalhorce, toda la vega — que es también una fuerza, aunque no mande —, y, por último, más allá de Alhaurín, la Sierra de Mijas, el Vesubio de Málaga, con sus cumbres desoladas y pacíficas, que no amenazan a nadie. Difícil es llegar a la síntesis que busco en menos de un cuarto de hora, plazo que nos ha dado el campanero, si no queremos resistir desde arriba el estruendo de toda su orquesta, preparada

para festejar una procesión. Sin embargo, con un poco de orden y de método acaso sea posible. Si yo he venido a Málaga, no ha sido para pintarla ni para cantarla en un poema, sino sencillamente para ver sus escuelas. Lo cual no es del todo imposible desde el campanario de la catedral, porque hay muchas maneras de ver escuelas, y si asomándome a la torre más alta no diviso ninguna, y en cambio siento el peso y la magnificencia de los otros poderes materializados en soberbios edificios o en alturas prominentes, no hay duda de que algo he aprendido en un cuarto de hora: por lo menos la valoración y estimación que cada pueblo dé a cada cosa.

Es un sueño — ¡ya lo sé! — , un sueño absurdo, por ahora, la idea de una gran ciudad presidida por soberbios, macizos y suntuosos edificios escolares. Esta misma catedral, cuya construcción se detuvo hace más de un siglo, está diciéndonos que vive en el pasado. Pero el presente no llega a crear nada capaz de mover tanta piedra. ¿Por qué razón vamos a pedirle a Málaga, precisamente, lo que otros pueblos mejor situados no han sabido dar? Descendamos de una atalaya hecha para otros fines, y vamos, como todo el mundo, por las calles. Las escuelitas estarán dispersas. Son más de ciento; escondidas cada una donde puede, discreta y modestamente, como vecinas de una población laboriosa. Todas ellas llevan la advocación de un santo o santa: San Patricio, San Pedro, San Rafael, San Ramón, San Ricardo, Santa Adelaida, Santa Amalia, Santa Amelia, Santa Cristina, Santa Cruz y San Felipe, Santa Elisa. Las ciento seis o ciento ocho escuelas malagueñas aparecen oficialmente con su protección celestial. Sólo exceptuamos una:

un grupo escolar que vive bajo la advocación — muy honrosa — de San Francisco Bergamín.

Quizá este grupo escolar sea el único que pudiera verse, buscándolo bien, desde la torre de la catedral. Hemos de visitarlo, apreciando el esfuerzo que significa, así como otros no menos estimables realizados por Málaga en los últimos años. Yo he querido recorrerlos en este viaje por las escuelas de España, sin ningún prejuicio. Pero conviene advertirlo: necesitaba hacerme gran violencia, porque Málaga no es sólo la capital. En ese panorama podríamos ir señalando pueblos, villas y hasta ciudades que tienen ya su historia o su leyenda en los estudios de Pedagogía. Desde aquí alcanzamos a divisar toda la Hoya de Málaga hasta la Sierra de Abdalagis, con el peñón de Alora, y a la otra parte hacia Oriente, hacia la Axarquía, están Benalagabón y Vélez. Antes de venir nos hemos encaramado en otras cimas, que son las estadísticas, y desde allí, con cifras oficiales, hemos visto el panorama de Málaga. Allí consta: «Sabe usted — me había escrito persona muy especializada en estos trabajos — que las provincias de mayor analfabetismo en España, según el censo de 1920, son Málaga y Jaén, con un 73,04 por 100 y un 75,3 por 100 de analfabetos, respectivamente.» Y todavía agregaba datos que recordaré sobre el terreno, rechazándolos si es de justicia. Así está planteada la cuestión desde hace muchos años, y esa cifra de las ciento y tantas escuelas de Málaga encierra evidente progreso. En el Madoz del año 1846, aparece Málaga con dos escuelas públicas de instrucción primaria, una en el Perchel y otra en Capuchinos. La Casa de Socorro tenía también por beneficencia otra escuelita, cuyo maestro cobraba

seis reales diarios por enseñar a setenta niños. Casi toda la enseñanza era particular: treinta y cuatro escuelas de niños y diez de niñas, con maestros y maestras sin preparación, algunos de ellos necesitados de aprender, a su vez, las primeras letras. En los pueblos faltaba esta enseñanza privada, sin que estuviera mejor la pública, a cargo de los Municipios.

Tengo nota de las cantidades que por obligaciones de primera enseñanza adeudan los Municipios de esta provincia desde 1 de Julio de 1882 a 31 Diciembre de 1901, según liquidación formada por acuerdo de la Junta provincial. La deuda pasaba de millón y medio de pesetas: un millón seiscientos setenta y siete mil doscientas ochenta y ocho. Viñuelas debía veinticinco mil ochocientos setenta y siete. Benagalbón, ochenta y un mil ochocientos treinta y una. Vélez-Málaga, doscientas treinta y dos mil seiscientos dieciocho, y por este orden casi todos los pueblos. Muchos maestros, todavía en activo, han solicitado de la Superioridad que se les pague, sin conseguir nada. Este origen trae la situación actual de las escuelas andaluzas, que no solamente las de Málaga.

III

PIZARRA-CASARABONELA

*PARA DON JOSÉ ALIUS,
QUE NO ES PEDAGOGO*

PEPE Alius, mi buen amigo, de los buenos amigos antiguos que se han quedado entre dos fechas, la primera 1868; la segunda, incógnita; sin saber si nacieron demasiado tarde o demasiado pronto, usted que no es pedagogo, ni inspector, ni maestro, dígame si después de nuestra visita de escuelas no tienen ya los pueblos malagueños para usted un interés, un estímulo más. Usted nos llevó a Casarabonela, pasando por Pizarra, y luego a la famosa villa de Alora. «¡Pueblos bravíos!» — me dijo usted —. En efecto, pueblos bravíos, sin desbastar. Pueblos sin letras, que, a pesar de su inconcebible atraso, viven con holgura y se defienden bastante bien. A usted, precisamente, le he oído explicar más de una lección, con ejemplos, sobre el talento natural en Málaga, y sobre el género de inteligencia más útil para abrirse camino en la vida. Todo un mundo de relaciones sociales soporta lo que aquí llaman «el bajío de la playa», y le disculpa al hombre listo su ignorancia absoluta y aun cierta propensión a «la charranería». Estudiar, no está

mal. Cuentan que le decía el marqués de Larios a Muñoz Cerisola: «¡Lástima que usted no se haya hecho corredor de aceites! ¡Con lo que usted lee y lo que usted sabe!» La vida y su comercio no exigen, en realidad, mucha lectura para quien se reduzca a comprar y vender aceituna o naranja en Casarabonela. Estos pueblos tardos, bravíos, ni siquiera necesitan la agudeza y el ingenio de la Caleta y del Perchel. Su fuerte ha de ser, indudablemente, la voluntad.

Antes de visitar el partido de Alora, comenzando por Casarabonela, teníamos ya nuestros informes. Primero, los datos oficiales recogidos por Luzuriaga: «La proporción de 73 por 100 de analfabetos en la provincia de Málaga llega al 84,3 por 100 en el partido de Alora y al 92,2 por 100 en el Ayuntamiento de Casarabonela. Este tiene 4.530 habitantes, y de ellos no saben leer 4.179; el número de los *letrados* sólo llega, pues, a 351. De las 2.188 mujeres, sólo saben leer 163, quedando, pues, como «iletradas» 2.025, o sea, el 92,5 por 100 de ellas.» Esto dice el censo oficial, sujeto a error, como toda obra humana. Luego, contábamos también con la opinión en Málaga sobre estos pueblos bravíos; opinión curiosa, porque, a pesar de todas las anécdotas, casi difamatorias, no deja de haber en el fondo cierto respeto al sentido práctico de los «perotes» de Alora, de los huertanos, cosecheros y traficantes de Casarabonela. Todos mis informes aconsejaban, como puede ver el lector, una excursión a este país nada recóndito, pues Alora tiene estación de ferrocarril, y a Casarabonela se llega en automóvil desde Pizarra, por una carretera nueva que no hará más de veinte kilómetros.

PIZARRA. — En la plaza y casa de la Villa, sitio de preferencia, está la escuela. Hay que pasar el zaguán. En el zaguán, dos puertas: una, enfrente, para la escuela; otra, a mano izquierda, para la cárcel. Hoy quedan abiertas las dos. Entramos primero en la escuelita, donde da clase a unos cincuenta niños un maestro bondadoso, reflexivo y serio: don Francisco Bravo Millán. Un gran arco, encalado, sirve de crujía central, y el techo de cañizo, sin cubrir, proyecta sobre las desnudas paredes no sé qué extraño reflejo pastoril y montaraz. Don Francisco trabaja con orden y método. Dirige su graduada, y él solo es todo el profesorado de Pizarra: Clase primera. Clase segunda. Clase tercera. . . La luz viene muy alta. En realidad, parece aquello un interior. Sucesivamente, y a veces simultáneamente, don Francisco atiende a sus tres clases, sin que le falte tiempo para soñar lo que debería ser la escuela de Pizarra si dispusiera él.

Nos asomamos luego a la entrada del calabozo, cuya puerta se ofrece hoy de par en par. «No hay ninguno», nos dice un muchacho, desde fuera, para tranquilizarnos y sin duda para tranquilizarse él. En efecto, nadie; sobre los guijarros del piso, un cántaro, unos hierros; unas paredes tan desnudas como las otras, pero algo más claras, porque la reja del calabozo da a la plaza. Don Francisco se asoma a la puerta de su escuela para despedirnos. Conque quisieran los amos de Pizarra decir media palabra se librarían los niños de esta vecindad. Y mejor aún sería dejar la escuela para cárcel, o para mejor destino, y darles al maestro y a sus discípulos otro local.

Porque en Pizarra, por tradición, el pueblo manda poco. Hace un siglo todas las casas paga-

ban censo a los condes de Vía-Manuel y Puerto Hermoso, por estar la villa edificada sobre terrenos de su propiedad. Esto no puede sorprendernos a nosotros que venimos de Bornos y de Castellar. Pero yo he visto fondeado en las Arenas de Bilbao el yate de vela del duque de Westminster, que corría el mundo a su capricho gracias a las pingües rentas del suelo de Londres, herencia de sus ascendientes. El conde de Puerto Hermoso es el duque de Westminster de Pizarra, aunque el terreno deje aquí menos margen. Pizarra no tiene término propio, fuera del caserío y de unos huertos de naranjos. La población jornalera — que manda a la escuela a estos niños — gana tres, tres cincuenta, alguna vez cuatro pesetas; pero otras veces seis o siete reales.

Es decir, el pueblo vive míseramente. La vega es deliciosa. Junto al Guadalhorce, en la falda de una sierra que amenaza desmoronamiento o corrimientos catastróficos, y al pie de la otra montaña de Gibralgaliá. Toda cubierta de naranjos, olivos y de alguna vid. La carretera, que podía seguir el curso pacífico del río, ha venido escalando unas lomas altas, de tierra movediza, por gusto de volverlas a bajar en una peligrosa marcha de flanco. Al salir de Pizarra está en reparación el puente sobre el Guadalhorce, y lo vadeamos en el automóvil, que se hunde hasta el estribo. Al otro lado empieza la carretera nueva, casi virgen, de Casarabonela.

IV

ELOGIO DE CASARABONELA

¡TAN HERMOSA, A PESAR DE TODO!

EN esta tierra — toda ella jardín —, ramblas, torrenteras y cauces secos lucen, en vez de zarzales, una doble orla de adelfas. Las adelfas bastan, por sí solas, con su acorde suave, de hoja y flor, para dulcificar el paisaje más torvo. Son a la mañana de estío las adelfas como a la noche trinos de rruiseñor. Esas hoyas areniscas, blancas, de un blancor pálido y desmedrado, que disuenan en todas partes como fallas, vanos o calveros, aquí parecen hechas para resaltar su fastuosa guirnalda. Pero si acompaña a las adelfas el naranjo, el laurel y un fondo oscuro de tierra roja, casi negra; si en la marcha del automóvil vemos evolucionar a los olivos en vastas formaciones militares, y sobre la loma que tratan de escalar aparece un temeroso riesgo; si cada escalón hacia la montaña nos hace ir ganándole palmos al cielo, y a la luz adquiere esa serenidad primitiva de campo y bosque solitario, de paraíso terrenal, podemos alegrarnos de nuestra suerte, que nos trae en buen hora por el camino de Casarabonela. La sensación de frescor que nos dejó el río Guadalhorce, como si hubiéramos va-

deado el brazo de una corriente ecuatorial a lomos de hipopótamo, no nos abandona luego, aunque apriete el sol. Ha entrado muy honda, sin llegar a mojarnos. Y cuando asoma el primer cortijo; cuando, al cerrar una curva, vemos de golpe todo el monte de Casarabonela, comprendemos que el pueblo ha brotado milagrosamente, como las adelfas en el arroyo y como la nieve en la sierra. No parecería obra humana, entre la arboleda maciza que lo circunda y los hilos de agua que por diversas canales vienen peñas abajo, sin la torrecita de la iglesia, que ha cristalizado de modo menos espontáneo y natural que el caserío. Nos faltan medios de expresar nuestro entusiasmo con salvas, y para sustituirlas se produce oportunamente, al subir la cuesta, el pinchazo de un neumático.

En este momento de felicidad, cuando empiezan a rodearnos los muchachos de Casarabonela, imagino que viene conmigo en el coche, no sólo Pepe Alius y Luis García Bilbao, sino una figura, un ente rígido, de complicada corporeidad, cubista — ¡claro es! —, de trazos rectos como travesaños y curvas esquemáticas. La Estadística, para no molestarle más al lector. La Estadística pedagógica, seca, como una institutriz inglesa y miope, como declaran sus gafas alemanas.

— Señora — le hubiese dicho yo, con mucho respeto —. Estamos en ese abismo de incultura llamado Casarabonela. Usted y yo deberíamos pasar fulminando rayos; sobre todo usted, que sigue contra esta gente un pleito tan fiero. De cada cien hombres saben leer aquí siete hombres y medio, y este medio hombre puede asegurarse que no lee ni a medias. De cada cien mujeres, no sé, porque usted embrolla un poco las cuentas; pero serán toda-

vía menos. Y, sin embargo, ¿qué nos falta aquí? Tendremos una buena mesa, estoy seguro; nos recibirán gentes amables. Por todas partes descansarán nuestros ojos sobre cosas gratas — como no sea la escuela —. ¡Imposible inventar un jardín más bello que el parque natural de Casarabonela!; ningún pueblo ha sabido buscarse tan buen emplazamiento, y en lo que divisamos desde aquí, así como en la buena voluntad de estos auxiliares espontáneos, se ve que la rudeza nativa no hace daño a nadie, como no sea a ellos mismos. Habrá que transigir el pleito según el viejo trato del Guadalmedina: «ni a usted le falta razón, ni Casarabonela va descaminada».

Quizá he pronunciado estas palabras. Seguramente; porque la dama de palo ya no está. Su desprecio por mi debilidad, y por mí, se manifiesta borrándose, desapareciendo, lo cual es un alivio, porque nada hay tan comprometido como atravesar un pueblo andaluz del brazo de una señora mal encarada. Ahora parece que podemos trepar por entre las frondas que bordean la carretera hasta la plaza de Casarabonela; pero no os lo aconsejo. Un automóvil subiendo por la costanilla de la fuente es peor que un toro desmandado. Gritan los chicos; las madres les advierten con grandes voces. Un hombre, viejo, aterrado, se pega a la pared, buscando con las manos trémulas una puerta donde guarecerse; y tiene razón, porque es ciego. Nosotros, con nuestro armatoste, somos los culpables. Bastará llegar a la calle de la Vera-Cruz; y es demasiado, pues a partir de aquí, Casarabonela se defiende de cualquier invasor, con un sistema de desniveles bruscos, cuyo peligro se acentúa por el empedrado, hecho de los cantos más resbaladizos que han podido encontrar en los arroyos del con-

torno. Cantos, no rodados, sino bruñidos por el agua de algunos siglos, por los calzones y las nalgas de muchas generaciones de chiquillos que los explotan, voluntaria o accidentalmente como *tobogán*. Arcos de la Frontera, erigida sobre un cerro también, ha puesto pasamanos en las cuevas más pinas. Casarabonela — ya lo hemos dicho — es bravía, ama el peligro y se complace en ver bajo sus casitas de un blanco crudo, violento, enjalbegadas hasta las tejas, esta alfombra de guijos, que, según dé la luz, son a veces de cristal, a veces de marfil y a veces de oro. Pero no es preciso ir muy lejos. Pronto se llega a la plazuela de la Vera-Cruz, donde tiene su comercio Juan Florido, amigo nuestro, puesto que es amigo de Pepe Alius. Ya tenemos guía en el pueblo. Ya sabemos que aquí el maestro es muy buen hombre. Ya oímos, por primera vez — que no será la última —, la afirmación de que los censos se hacen de cualquier manera, y el de Casarabonela es calumnioso.

Este maestro, que, en efecto, es buen hombre y buen maestro, se llama don José Villegas Mingorance. Tiene su casa limpia como una patena, cuidada amorosa y primorosamente por manos femeniles — sin duda manos andaluzas —. Por ella cruzan los muchachos para subir dos o tres tramos que conducen a la escuelita. Está bien aviada también; pero ¡es tan pobre!, ¡tan humilde! El techo, de cañas. Si llueve, caen goteras y hay que retirar algunos pupitres. ¿Cuántos muchachos cabrán allí? Cuarenta, lo más. Pero hay matriculados ciento dos, y asisten ochenta. Todos los inspectores que pasan por Casarabonela hacen constar los méritos excepcionales de Villegas, y le expresan su gratitud en nombre del Estado. ¿Cómo, si la asistencia es nu-

merosa, y no de ahora, sino de hace años, hay en Casarabonela tan poca gente que sepa leer? ¿Es que se les olvida? ¿Tendrán la sinceridad de confesarlo al llenar las casillas del padrón para el censo? No. Ya me lo han explicado aquí. Muchos contestaron por capricho que no sabían leer.

— Le aseguro a usted que alguno escribió en la hoja «no», de su puño y letra. ¡Les dió por ahí!

Es posible. Pero no sabemos qué maestro disfrutaría Casarabonela antes de don José Villegas. En cuanto a las mujeres, todo está aclarado. Las dos escuelas de niñas son de ayer. No hace diez años que funcionan. Hay, además, otra escuela de niños, en lo alto del pueblo, a cargo de un maestrillo joven: García Maese. Este barrio y esta escuela valen por todo el viaje. Para verlos hay que cruzar la plaza grande. ¡Deliciosa e incomparable plaza de lugar montañés: paredes enlucidas y albeantes, con un blanco de nieve, encaladas las tejas, las macetas y hasta las piedras del arroyo; patios moros, mujeres de facciones nobles, de líneas amplias, llenas, escultóricas y de ojos moros! De la Hoya o de la Axarquía, ¡han quedado aquí tantas huellas morunas! Pero ésta es una morería ruda, selvática, de un vigor que no encontraremos en toda la costa, y de un atractivo singular. El zaguán familiar, lleno de chiquillos desnudos; la cocina; sobre la campana de la chimenea, amarilla del tiempo y del humo, una oleografía, no veo bien si de Alfonso XII o de Pío IX; la escalera empinada, y allí la escuela, sin cuadros en las ventanas, pero alegre y risueña como un rayo de sol. El encañado se desprende; el palomarcito no es muy cómodo. . . Pero ¿qué importa? García Maese, que es del país, está contento. Al asomarse por cualquier ventana ve la torre de la



iglesia y los montes y un panorama espléndido. Yo también he querido disfrutarlo desde el campanario de la parroquial de Santiago, la primera iglesia que he visto con el tejado, por lo menos el caballete, blanco de nieve, es decir, enlucido. Desde arriba diviso hasta Alhaurín, del lado de la Marina, y la vega de Málaga. Pero los pueblecitos de la Sierra, los agregados de Casarabonela, no los veo; Cabezarca, Cantarranas, Rajavieja, el Focol, Gibralgaliá, los Caicunés. . . En ninguno hay escuela. Aquí puede volcarse el censo. ¡Qué pena dejar tan pronto esta torre y esta iglesita, con su cuadro de clerecía, su párroco, su beneficiado, su teniente cura, sentados a la puerta de un jardín que acaso fuera antes cementerio, y que hoy tiene en el centro un estanque con tres peces pescados en los Cañuelos o en la Fuente de las Doncellas! . . .

V

ÁLORA Y SUS MAESTROS

QUIEN conozca la línea Córdoba-Málaga, por Bobadilla, sabe que hay un momento teatral. Tan largo es, y tan intensa su emoción dramática, que yo veo en él materia para un acto, y si alguien se atreviera a poner música a esta ópera de gran espectáculo, no necesitaría sino dejarse llevar del argumento que brinda el Guadalhorce, rasgando el macizo de la Sierra del Agua. La exposición, lenta y sombría, a partir de la monstruosa loma en que se esconde el castillo de Teba. El nudo, ya en la Sierra de Abdalagís, a través de las rocas que fué labrando el Chorro, con desgarramiento de despeñaderos y saltos ciegos sobre el abismo. El desenlace feliz, no de tragedia, sino de cuento árabe, al entrar en el valle de Alora. Tan brusco es el final del acto, que nos conmueve y nos refresca como esa sumersión instantánea en el estanque de una montaña rusa. Muy insensible ha de ser quien no llegue confortado y tonificado a los naranjales de Alora. Y muy indiferente quien no vea surgir con extrañeza y con curiosidad la peña de Alora, rematada en lo alto por los murallones de un castillo en ruinas, un castillo

de endriagos y fantasmas, todo él enjalbegado de blanco.

Tantas veces como me detuve en la estación, camino de Málaga, sentí deseos de abandonar el tren, cruzar el paso a nivel y dar la vuelta al peñasco de Alora hasta saber qué hay allá arriba, si es, en efecto, castillo, cartuja abandonada u observatorio entre el mar y la Sierra. Ahora, viniendo de Casarabonela y vadeando otra vez el Guadalhorce, hemos seguido hasta Alora, y ya sé cómo es la villa, cómo son sus escuelas, cómo viven los maestros y en qué vino a parar el castillo moruno que reina sobre el caserío, con distinto dominio que el año de 1400, pues entonces era la alcazaba y hoy es el cementerio.

En esa vuelta hasta la plaza del Ayuntamiento, Alora se muestra como una villa próspera y rica, digna capital de una comarca feracísima, con tradición señorial que no le ha impedido entrar en la vida moderna de los negocios y de la industria. Calles bien cuidadas, casas amplias, de gran aspecto, no del estilo rudo y serrano que acabamos de ver en Casarabonela, sino del tipo malagueño, ya con influjo levantino. Cuestas y desniveles, salvados con bastante gracia; rincones típicos; ventanitas recatadas y misteriosas, en esas callejuelas sin salida o con salida a los tejados. Por fin, en una plaza anchurosa, algo destartada, junto a los tapias de una iglesia — acaso convento —, descubrimos la escuela.

¡Vengan aquí, a mi lado, en esta evocación de unas horas de viaje, vividas con intensidad, los cuatro maestros, los cuatro héroes de las escuelas de Alora! No podrá imaginar el lector, por mucho que yo procure ahondar estos rasgos, como con

un cincel, hasta dónde hiere el alma contraste tan brutal entre la belleza espléndida del suelo, la alegría desbordante que trasciende de esta tierra feraz y la gran miseria del caserón en que se los obliga a encerrarse para ejercer su ministerio. Bien impresionado todavía por la maravilla del paisaje, la excelencia de los caminos y el decoro de la población, puse el pie en la primera clase de las graduadas de Alora.

Salió a recibirme un hombre joven aún, pálido, fatigado, con los ojos brillantes de fiebre: «Perdone usted — me dijo —, estoy enfermo. Avisaré a mis compañeros, porque yo no sabré decirle todo lo que quisiera. Llevo aquí demasiado tiempo para conservar mi salud, y viéndome a mí y viendo a estos niños comprenderá usted las condiciones de nuestro trabajo.» Un ambiente fétido, irrespirable, venía desde el patio, y al menor golpe de viento pasaba sobre nosotros como el vaho de una letrina.

Ese mismo patio, soleado, luminoso, en poder del vecino más humilde, lo veríamos pronto convertido en un vergel. Jardín andaluz; limpias, niveas paredes encaladas; agua corriente, agua generosa y purificadora. En lugar de esas losas rotas, de ese piso de yeso, húmedo o polvoriento, de esos escalones desenladrillados, encontraríamos aquí el esmero que hace tan atractivos los interiores andaluces. Las ventanas rasgadas; luz por todas partes, amortiguada, dulcificada, porque aquí es preciso matar la excesiva violencia del sol. Pero, ¿quién concibe que en Alora haya estancias tristes, sucias, lóbregas, y que toda la ruindad, toda la miseria de la villa se haya concentrado en el lugar que destina a la educación de sus hijos?

Punto por punto podíamos describir el aban-

dono de las escuelas de Alora; pero no es menester. Don Antonio Muñoz, don Francisco Vázquez, don José María Muriel, don José Vargas, maestros heroicos, sufrirían en lo más íntimo de sus afectos si recargara los tonos sombríos de esta nota fiel, porque han llegado a tomar cariño a su propia prisión. Al cerrar las clases aguardo en la puertecilla de una calle lateral, para ver salir a los muchachos. ¡Peligrosa crisis han de sufrir durante los años de escuela! Quizá sea preocupación mía; pero yo no he visto salir en ninguna parte a los niños como en la escuela de Alora. Parece que pesa sobre ellos y los acobarda la fiebre que brilla en los ojos del maestro enfermo. Para recobrar sus bríos, estos hijos de raza fuerte tienen que irse lejos: al campo.

Pero los cuatro maestros de Alora tienen fe. Cierran sus clases y quieren darme una sorpresa. Vamos por el camino del Calvario hacia una eminencia, donde emplazan, con la imaginación, un soberbio grupo escolar. Adelantándose a la realidad — ¿meses, años, siglos? —, ven desmontado el terreno, ensanchado con un terraplén que remata en una miranda sobre el valle, y erigido el edificio, digno de la hermosura incomparable del panorama que nos rodea. Para mí lo único real es el panorama. Ellos, sin embargo, pisan ya los matojos de aquel erial como si subieran las escaleras de su escuela. Con el terreno se puede contar; es propiedad de un médico de Málaga, don Sebastián Pérez Subirón. El Ayuntamiento está muy bien dispuesto. El pueblo lo desea; las clases más pobres quieren instruirse. ¿Por qué no hemos de ver convertido en realidad el sueño de los cuatro maestros de Alora?

Subimos a la ermita del Calvario, donde acaba de construirse un *belvedere* sencillo y cómodo sobre uno de los parajes más bellos de Andalucía. Bajo el pico del Hacho, queda atrás, y a nuestros pies, Alora. Enfrente, los lagares. Donde había olivos antes de la guerra, hoy está todo el monte plantado de almendros. Por todo el valle, naranjos y limoneros, olivos y distintas especies de frutales. De Enero a Marzo los chicos faltan a la escuela, porque salen a coger espárragos. El clima es suave. Nunca nieva. «Como no me querían creer — dice un maestro — he tenido el gusto de enviarles a los telegrafistas de mi pueblo una caja de flor de almendro a mediados de Noviembre.» Pocos rincones del mundo tan deliciosos y tan pródigos como Alora. Hay allí para todo, menos para la escuela.

VI

DE REGRESO A MÁLAGA

*MINISTRO UNAS HORAS,
PERO SIN LA «GACETA»*

A PENAS llevábamos andados diez kilómetros, a la vuelta de Alora, por aquellas inquietantes curvas de Pizarra y Cártama, volvió a insinuársenos, a filtrársenos, en el coche la dama esquiva: la Estadística. Traía una sonrisita maligna. «¿Qué habrá hecho esta buena señora? — pensé —. ¡Alguna travesura!» En efecto, había ido a contárselo todo a don Lorenzo Luzuriaga. Había ido a indisponerme, ¡mujer al fin!, con el compañero: «Que yo no quise entrar con ella en Casarabonela. Que la traté con pública desconsideración. Que sus cifras son exactísimas.» Todo verdad. «Que la llamé seca y miope.» ¡Quizá! «Seca y miope»; yo lo escribí, y ella lo prueba. No ha comprendido mi intención, clara y transparente para todo el mundo. Si ahora volcáramos por una de estas barrancas peladas, se vería que la llevo en el corazón, aunque ella no lo sepa, y de mi maletín de viaje saltaría uno de los pocos papeles que conservo: un folleto del Ministerio de Instrucción titulado *Analfabetis-*

mo, algo así como el librito de Memorias de esta voluntariosa dama, en el año 1923. Pero a Casarabonela y Alora, y a otros pueblos de Málaga, como Torrox y Vélez — ¡y a la misma ciudad de Málaga! —, no me parece prudente llegar exhibiendo por toda Biblia ese folletito. Sería cruel, injusto; demostraría una intención hostil, por demasiado rectilínea. ¿Me obligarán a descubrir todo el secreto? No nos conviene ni a la Estadística ni a mí. Ya temo que lo hayan sorprendido, al trasluz, estos vecindarios, que, sin saber letras, son muy listos.

— Las cifras de usted — dije, por fin, comprendiendo su nerviosidad — lo explican todo; pero si vengo a Casarabonela y Alora es precisamente para explicarme el porqué de esas cifras. Quiero dejarles margen a los pueblos para que se disculpen. ¿Por qué no saben leer? ¿Por qué no hacen escuelas? ¿Por qué no tienen maestros? Si algún día oigo en cualquiera de estos lugares una razón buena, me alegraré de verdad y la publicaré. Si las razones son pueriles, las recojo también, porque algo querrá decir el hecho de no encontrar otras. Y, en suma, señora, no se altere, y agradézcame que, sin haber subido las cuestas de Alora, tenga usted hoy un momento de popularidad en la calle de la Vera-Cruz. ¡Popularizar la Estadística! Confíese que yo, sin adularla, soy un amigo útil.

Y ahora, ya en Málaga, debo apuntar algunas notas agradables recogidas en el callejeo libre por la hermosa ciudad. Esto del callejeo libre tiene su importancia. He visto una escuela de párvulos instalada en el jardinillo central de una plaza pública. El clima consiente este género de enseñanza durante la mayor parte del año. Ensayo interesante. He visitado en el Campillo, barrio pobre, el edifi-

cio, realmente soberbio, del grupo Bergamín. Hasta hace muy pocos meses lo ha dirigido un maestro de prestigio y de verdadera valía: don José Molina Palomo. Aquí no se escatimó nada en la construcción. Las salas son amplísimas, las galerías equivalen a patios cubiertos. Luz, orden y limpieza. Por desgracia, falta agua; y esa deficiencia se nota demasiado. El Museo Pedagógico y la Biblioteca no son sino dos rótulos a la puerta de dos habitaciones vacías. La impresión que recibimos es ésta: jaula muy grande para pájaro muy pequeño. Quizá en pleno curso, cuando las aulas se llenen de muchachos, ya que la matrícula es abundante, ellos, con sus maestros, basten para suplir ese complemento de material y de servicios auxiliares que echamos de menos. La fatalidad quiere que siempre falte algo, y aquí bastaría con aumentar el presupuesto. Hoy don José Molina Palomo regenta la escuela aneja a la Normal. El aspecto es el de una casa particular habilitada para la enseñanza, con su patio, de tipo malagueño, alegre y discreto. Dos clases aceptables; otra, sin luz directa, estrecha, pero no lóbrega. Acuden niños de todas las clases sociales — por excepción, — aunque predominen los de familias modestas. En esta graduada puede apreciarse algo que importa tanto como el local: hay una dirección.

He visto también la escuela «de Tacón» — graduada de niñas —, ejemplo del esfuerzo hecho para adaptar una casaalmacén o casa de labor a las necesidades de una escuela. Galería corrida, como en los patios madrileños, de vecindad; casi todas las luces, interiores; algunas aulas, transformadas rápidamente, están delatando su anterior destino de cocheras o cuadras. Cerca de cuatro-

cientas niñas matriculadas para seis maestras, con la directora: doña Dolores Negrillo Vilches. ¡Terrible lucha, con escasez de material y de recursos, pero que en la escuela de Tacón se mantiene a fuerza de voluntad e inteligencia!

A partir de aquí, fuí siguiendo en esta visita un plan menos espontáneo. Mi buen amigo el señor Vergé Sánchez — como luego, en su zona, don Alfonso Barea —, inspectores, quisieron facilitarme, muy amablemente, esta labor. Al último he de agradecerle el viaje a Torre del Mar y Vélez-Málaga, de que hablaré. A don Francisco Vergé, toda la información de la enseñanza primaria que se da hoy en Málaga, y, sobre todo, los grandes proyectos para el porvenir. Con él he visitado las escuelas rurales del camino de Antequera, de construcción reciente; la Graduada de niñas en la calle de las Beatas, dirigida por la señora Sevillanos; la escuela de doña Victoria Jáuregui, en la Trinidad; otra en la avenida de Tries, limpia y bien ordenada, donde tienen sus clases gemelas maestro y maestra, un «matrimonio pedagógico» de positivo mérito. La escuela del Cerrojo — de difícil manejo —, que, sin embargo, ordena y lleva muy bien la señora de Sierra... He visto, sobre todo — y siento no hacer una descripción más detenida —, la escuela de anormales en el Pabellón de los Mártires, junto al campo de juegos municipal. También este ensayo merece ser conservado y estimulado. Las clases, instaladas en barracones provisionalmente, son, en realidad, obra del entusiasmo de la directora, doña Carolina Pérez, y de sus auxiliares. La señorita Aspiazu, directora de la Normal de Maestras, ha puesto también en esta primera tentativa que se realiza en Málaga mucha actividad y mucho empe-

ño. He visitado otras escuelas municipales, en pabellones, también al aire libre, en lo alto de los Campos Elíseos. . .

Y cuando iba recogiendo todas estas noticias gratas, de excepciones dispersas, aquí y allá, noté que mi viaje por las escuelas de Málaga se parecía demasiado — sin soberbia ni vanidad — al de un ministro de Instrucción pública. Tuve la sensación más viva de este error al subir las escaleras de una escuelita humilde, que se desenvuelve como puede en casa alquilada, y descubrir en los descansillos una doble fila de macetas con las hojas frescas e intactas. Esperaban allí las niñas con vestidos claros, muy peinadas, con grandes lazos de seda en el pelo. Una de ellas se adelantó y dijo en mi honor una frase muy amable y muy bien ensayada. Faltó el himno. Pero yo comprendí que todo era en obsequio mío, y sentí el temor de haber perdido lo que más estimaba: la libertad de pasar inadvertido y de ver las cosas como habitualmente son: en su ser natural.

VII

HISTORIAL DE VÉLEZ-MÁLAGA

1. PASADO Y PRESENTE

SIN estas historias viejas — que no debemos tomar como leyenda — sería imposible explicarse la situación actual de Vélez-Málaga. Historias de hace veinte o treinta años, cuando los Municipios venían obligados a pagar a sus maestros, y, en innumerables casos, no los pagaban. Dejo aparte al famoso maestro de Benagalbón, y me refiero a tragedias o a tragicomedias menos conocidas. Don Rafael Sánchez fué aquel buen maestro de Vélez que se murió de hambre en una estera porque le debían veinte años, y no quiso implorar, como el de Benagalbón, la caridad pública. Cumplió con su deber hasta el último día. Reclamó. Escribió toda clase de memoriales. El pueblo le sostuvo — relativamente, como se ve por el final —. Pero el Concejo llegó a deber por obligaciones de Primera Enseñanza doscientas treinta y dos mil seiscientas trece pesetas. Del mismo término era, probablemente, otro maestro que se llamaba don Marcos Ortega, el cual regentaba una escuelita con vistas al campo y burlaba su miseria ayudándose con la caza. A media

clase, el maestro suspendía los trabajos o los dejaba a cargo de un chico adelantado, y salía con su escopeta a cazar un conejo. Los niños aguardaban hasta que oían el tiro, seguros de que no fallaba, porque don Marcos no gastaba pólvora en balde; y, en efecto, pronto le veían aparecer y ocupar su silla, como si no hubiera pasado nada. Si tardaba mucho, ellos mismos se daban la hora. Me contaron en Málaga que el disgusto mayor se lo llevó don Marcos Ortega el día en que fueron a embargarle las bancas de la escuela por negarse a pagar derechos de Consumos por unas codornices.

Alguna de estas escuelas rurales pasó dieciocho años sin maestro. Cuando se les nombraba titular y comparecía el pobre a tomar posesión, le decían en el Ayuntamiento: «Pero, hombre, ¿a qué viene *usté* aquí? Si aquí no se paga a nadie.» Y todos despejaban el campo. La filosofía de estos cazurros era formidable. Al llegar un médico nuevo, «como todos, a estorbar y a llevarse los cuartos», el alcalde le conducía a su despacho, y dando una gran palmada en la mesa le preguntaba:

— ¡Vamos a ver! ¿Qué hay en este cajón?

— ¡Yo qué sé! — contestaba el médico, un poco preocupado.

— No sabe *usté* lo que tengo en el cajón, ¿y quiere *usté* saber lo que tengo dentro del cuerpo?

Con lo cual ya estaba el mediquito desautorizado y perdido.

Pueblos de ese trapío, cuya sede era Vélez, pero que no escaseaban por otras partes en tan ominosa época, justificaron la medida de retirarles las obligaciones por Primera Enseñanza. Les queda el local-escuela y la casa-habitación del maestro. Esto mantiene todavía la antigua brega, y, con ser

poco, les pesa demasiado, como veremos sólo con asomarnos a la cabeza del partido. Me acompañan en este viaje el inspector de la zona, don Alfonso Barea, y el jefe de la Inspección malagueña, señor Vergé, de cuyo celo y entusiasmo no haré nunca bastantes elogios. Vamos por la costa, visitando primero las escuelitas nuevas de El Palo, en la misma playa. Niños y niñas tienen allí un verdadero sanatorio con buen profesorado. Pero falta la cantina. La mayoría de los muchachos son enfermos por falta de alimentación. Apuntaré de paso que en Málaga hay cantina escolar; pero se elige un grupo de ocho o diez niños por escuela, hasta unos cuatrocientos, y se les lleva en pelotones por la calle al comedor, que, en realidad, es un comedor público de pobres. Los niños se resisten a ir, por dignidad, y ninguno de los mayores acepta. No quieren ir, ostentosa y aparatosamente, a recibir la limosna de una triste comida en un comedor de pobres. Aquí, en El Palo, sería un complemento inapreciable. En Torre del Mar hay una escuela del barrio marinero, que merece párrafo aparte, y otra donde se realiza el milagro de instalar cerca de cien niñas en dos habitaciones poco más grandes que camarotes. Algunas tienen que sentarse en el descansillo de la escalera. Pero los Larios han erigido allí un gran edificio, que primero fué hospital y ahora está habilitado para escuelas particulares. Habría sitio en él para todos los niños del pueblo. La enseñanza es religiosa y no está a cargo de maestros nacionales.

No es preciso correr muchos kilómetros de una carretera recta y bien cuidada, por campos ricos, entre olivares y viñedos, para llegar a Vélez, ciudad próspera, de producción constante, centro de las

cosechas de estos contornos, poblados de lagares y con las mejores fábricas de aceite de la provincia. Vélez tiene su gran tradición histórica: sus casas solariegas, fuentes monumentales, palacios como el de Carlos II, que ocupó antes el Ayuntamiento y donde hoy están instaladas las escuelas.

Un palacio. . . ¡Soberbia fachada! Hierros de la mejor época; entrada espaciosa; grandes carteles y escudos. ¡No se podrá quejar la escuela! Sí. Puede quejarse; no sólo se puede quejar, sino que tiene derecho a protestar y a indignarse. Ya al entrar hemos visto un hilillo de agua que brota de la misma puerta como de una peña que se rezuma y que, marchando lentamente hacia la plaza, se queda remansada. Sobre el cristal del agua, no muy limpio, bordonean y planean esas avispas amarillas, de vuelo bajo, que se encariñan con los estanques, y que aquí entran y salen en el palacio del *Hechizado* al mismo tiempo que los muchachos. La maestra da clase en una antigua capilla o sala de respeto, destartalada y ruinoso, y esto es lo mejor de todo el palacio. Porque la escalera está en ruinas. Desde la entrada se ven las grietas, así como la humedad de las cañerías rotas que van minando las robustas paredes. A cada tramo que subimos aumenta el peligro, y en los pisos de arriba es precisamente donde tienen dos maestros su casa-habitación. ¿A qué esperan para desalojarla? Hay un corredor, un famoso corredor volante, hundido a medias, con sólo una viga firme, por donde fatalmente ha de pasar el maestro varias veces al día. Hay cuarto donde no pondríamos los pies sino por huir de un peligro de muerte, aceptando un mal menor. ¿Es este el símbolo del destino que se les da a los maestros del Estado?

Del gran edificio monumental tuvo que salir el Ayuntamiento. Lo desalojó también, con muy buen acuerdo, la Guardia Civil. Por fuerza quedó habilitado para escuela; y ahora proyectan darle por dentro una mano de cal y dejarlo como nuevo. Pero esto no es lo mejor de Vélez.

2. PRESENTE Y FUTURO

Las mejores escuelas de Vélez estuvieron largo tiempo en el convento, desamortizado, de San Francisco. Había muchos conventos: Observantes, Capuchinos, Hospitalarios, Carmelitas descalzos, Monjas Clarisas, Carmelitas descalzas. . . Este gran caserón de los Franciscanos, cedido por el Estado al Municipio a condición de mantenerlo adscrito a fines de Primera Enseñanza, ha sido escuela más de medio siglo. Hoy es otra vez convento. ¿Cómo se hizo la contradesamortización en Vélez? A cambio de una casa particular, no sé si adquirida o en arriendo, volvió la Orden a sus celdas, junto a su iglesia, y pasaron las escuelas a la situación precaria que soportan en tantas villas y ciudades españolas.

— Por los cristales rotos conocerá usted la escuela — me dijeron.

En efecto; sale al camino, en chaflán, descuidada, desordenada, con el revoco antiguo, deslucido y roto. Podía estar bien, y está mal. Podía estar muy bien, y está muy mal. ¿Qué falta allí? ¡Dinero! No oro ni plata, sino calderilla. Un poco de atención por parte de los encargados de repararla y conservarla. Ventanas, techos, zócalos, revelan descuido permanente. La incuria trabaja a interés compuesto. Pero, en fin, ya saben mis lectores lo

que es uno de estos locales, y no agregaré nada nuevo. Sólo hablando con el maestro, don Rafael Torés Vilches, comprenderían la importancia moral que tiene el espectáculo de una ventana sin marco, un marco sin cristales. . . Algo nuevo he visto, a decir verdad, en la escuela del señor Torés: a través de las vigas del techo he visto la escuela de arriba. Una grieta facilita tan inesperada e insólita inspección. Arriba está la escuela de niñas de doña Esperanza — si no me equivoco —. Más limpia, más alegre, respirando el optimismo de la directora. Delante de su mesa está el hueco que yo veía desde abajo. Dejando caer a plomo un tintero se estrellaría ante la mesa de don Rafael y traería a todos mala suerte. Esto parece que quiso probarlo un muchacho, y, en efecto, la mala suerte de don Rafael está en que no consigue que le arreglen la escuela.

Hay otra en lugar más céntrico, cerca de la fuente de piedra que se mandó labrar en el reinado de Fernando VI. Yo les presentaría a don Juan Herrera, maestro veterano, y le dejaría hablar para no poner nada por mi cuenta. Debo decir, únicamente, que en una casucha vieja — zaguán mísero, escalera de pajar — llegué a una especie de cañón o pasillo largo, lleno de bancas llenas de chicos, y que a la entrada vi algo más que en la escuela del señor Torés: vi un agujero por donde bien podrían caber dos muchachos a un tiempo.

— Tienen que arreglarlo un día de estos — dijo con resignación don Juan Herrera —. Lleva así ya unos meses, y me he cansado de reclamar. Cuando se hundió el piso, me dije: «¿Qué hago? Es una lástima cerrar. No encontraríamos local.» Me conformé con poner dos muchachos de guardia junto

al agujero, para avisar a los que iban entrando. Luego armé unos ladrillos, como defensa. ¡Lo malo es por la noche, en la clase de adultos! Como han cortado la luz por economía, sin duda, hay peligro evidente de que se me cuele un mozo por ahí. Tengo tres lámparas de acetileno, hechas con botes. Pongo una en mi mesa, para mí; otra en el centro de las bancas, para los adultos; otra, a la entrada, para el agujero.

Quizá quiera saber algún lector cómo se conducen con sus alumnos estos maestros — don Juan Herrera, don Rafael Torés, doña Esperanza Jiménez—: si los niños les quieren, si aprenden. Sólo he escuchado elogios de ellos. Pero ¿cabe mayor prueba que la asistencia a clase? La actitud de los muchachos y la de sus familias es heroica. Acuden en número muy superior al que normalmente puede tener cabida en aquellos locales, con lo cual demuestran interés decidido por la enseñanza. Los veleños recibirían con entusiasmo unas escuelas modelo, como corresponde a la importancia y riqueza de su ciudad, y sabrían cuidarlas y conservarlas a poco que se estimulase su amor propio local. El partido de Vélez-Málaga tiene veinticinco mil habitantes, de ellos más de dieciséis mil en la capital. De los cuarenta y seis agregados sólo veo escuelas en Cajis y en Torre del Mar. Lagares, caseríos, casas de labor, casas de huerta, aldeas, muchas de ellas mayores de cien habitantes, carecen de maestros. Arquillas, el Cerro, el Barrio de los Melgares, Los Claros, Cruda, los Pataseca, la Rabia, El Trapiche, la Loma de las Chozas, la Loma del Rif, todos estos pintorescos tributarios de Vélez, dispersos por el llano y por las primeras estribaciones de la sierra, viven hoy como hace

cien años. Pero ¿cuándo podrá ir Vélez a ayudarles, si para sus diecisiete mil habitantes se conforma con cuatro maestros y tres maestras? ¿Cuándo irá a construirles edificios escolares, si, probablemente, ninguna ciudad de España llega a dar una visión tan sombría, no ya del poco amor a la escuela, sino de la hostilidad sistemática y cerrada? Aquí podríamos repasar el historial que dejo escrito, refiriéndome a tiempos no muy remotos, puesto que desembocan en el siglo xx; podríamos referirlo todo a la administración, a la burocracia municipal; buscar la causa de vida y muerte tan amargas como la del maestro don Rafael Sánchez... ¿En qué? No sé. En lugar de dar vueltas alrededor de esas historias, prefiero darlas por las calles de Vélez, hasta encontrar al propio alcalde de la ciudad, que tiene derecho a ser oído.

Para el actual alcalde de Vélez-Málaga, don Rafael Peña Ramos, si alguna culpa hay, corresponde a aquellos tiempos, que hicieron mal las cosas y las dejaron embrolladas. «Ante todo, procede sanear el crédito del Municipio. En escuelas se hace lo que se puede. ¡Si hubiera usted llegado hace unos años! ¡Aquello era abandono! Hoy se ha reformado mucho, y se reformará más todavía. La cuestión es gastar poco; verá usted cómo no se cae el palacio del Ayuntamiento viejo. Se le dará un recorrido bueno y quedará útil.»

Como acabábamos de recorrer los pisos altos del palacio y sabíamos a qué atenernos, la idea de trasladar allí todas las escuelas de Vélez nos pareció temeraria. No podíamos felicitarle por ello al Concejo actual. Para aprovechar muros y materiales útiles sería preciso mayor gasto que para construir unas graduadas soberbias en cualquier solar

del Ayuntamiento. Pero el alcalde es más optimista: «Eso no se hunde nunca. ¡Hay palacio para rato! Ustedes no saben lo que son cinco o seis mil pesetas bien gastadas.»

¿Será éste el porvenir que le espera a la primera enseñanza en Vélez-Málaga? Yo creo que no. Tiene a la vista el ejemplo de Alora, cuyas escuelas, aún hoy, son mejores que las de Vélez, y, sin embargo, construirá un buen grupo escolar. Es ciudad rica. Con los Larios, poseedores de grandes propiedades en la comarca, hay otros capitales fuertes: los Valles, los Peñas. . . No es posible que el pueblo de hoy, mucho más próspero que a principios del siglo, vea con tranquilidad cómo se perpetúa la mala tradición. El Estado construye, cerca del partido de Vélez, pero fuera de él: en Comares, dos grandes escuelas y una en su agregado Cuevas de Comares. Vélez sabrá también aprovechar este viento de ahora, que parece favorable.

Un maestro malagueño me advierte que, si en villas grandes y ciudades la solución del problema es difícil, no así en aldeas y lugares de escasa población. Aquí se construyen muchas casas con paredes sencillas, de pilar y cítara. Conviene explicarse: El ladrillo de pie forma el tabique. El ladrillo «dormido», la cítara. El ladrillo a lo ancho, el citarón. Hay que revestirlo, luego, con sajarro y con enlucido. Pues bien; estas paredes de pilar y cítara, que no pasan de dieciséis centímetros, bastan para el clima de Málaga. Una construcción adecuada, tal como la realizan, por sí, los alarifes de la tierra, poblará de escuelitas baratas, pero artísticas — es decir, bien estudiadas —, la región de Vélez. Dentro de la ciudad el esfuerzo ha de ser mayor; pero Vélez bien puede hacerlo.

VIII

ORILLA DEL MAR, A FUENGIROLA

*CHURRIANA. — TORREMOLINOS
LA CASA DEL INGLÉS*

POR el lado de Vélez y Torrox, hacia Motril, la orilla del mar — la «cornisa» malagueña — es menos pintoresca que por el camino de Fuengirola. ¿Y si llegáramos hasta Marbella? Teníamos a la vista una soberbia e impresionante «Síntesis de la Memoria-informe sobre el plan de construcciones escolares para resolver el problema de la enseñanza primaria en Málaga». ¿Qué hacemos hoy? ¿Estudiar la Memoria, o llegar a Marbella? El plan es admirable. Hay en Málaga y su término treinta y tres mil doscientos cuarenta y cinco niños en edad escolar, incluso los párvulos. Sin escatimar nada, a cincuenta niños por clase, Málaga debe tener: «Para el casco, ochenta y ocho clases de párvulos, dieciocho de enseñanzas complementarias y trescientas noventa y seis para niños de siete a doce años. Para las barriadas, cinco de párvulos y veintidós para niños, y en los partidos rurales, catorce clases de asistencia mixta y servidas por maestro, y ninguna para la población diseminada, que será atendida por

once maestros ambulantes.» El cuadro es completo. ¿Qué costará la construcción de tantas escuelas? Con esplendidez: quince millones doscientas sesenta y cuatro mil pesetas. ¿Cómo se invertirán? En cinco etapas de tres años; especificando bien el orden proporcional de la construcción. ¿De dónde saldrán? El Municipio ofrece dos millones para cada etapa y solicita del Estado una aportación igual. En quince años habrá construído Málaga trescientas once escuelas con cuatrocientas veintiséis clases. El plan es de tal modo deslumbrador que requiere tiempo para entrar en él, y mientras tanto veremos hasta dónde se puede llegar, de día, por el camino de Marbella. La excursión no será técnica, pues la organiza Pepe Alius.

Pero estas sorpresas guarda la visita de escuelas: sin buscar impresiones agradables, damos en pueblos que merecen elogio. El primero, Churriana. Los muchachos son bravos, indómitos y libres de lengua, juzgando por mis propios oídos. Si vais por calles, cuevas y costanillas, rodeados, no sólo de una nube de moscas — que aquí vuelan muy bajo, como en toda tierra de muchas moscas, según los naturalistas del país —, sino también de una nube de chicos, oiréis en Churriana más palabras enérgicas y expresivas por metro cuadrado que en cualquier otro lugar de Andalucía. Pero de pronto se callará todo; se dispersarán las voces, los chicos, hasta las moscas. Acaba de asomarse a la puerta de su escuela don José Romero de la Torre, el maestro de Churriana. Lleva ya muchos años. Ha conseguido buen local: limpio, claro y alegre, con su casa al lado. Tiene que ponerles cara dura a los chicos. . . — Porque ya los ha visto usted. . . Pero no los cambio por otros. Más o menos, los chicos son

iguales en todas partes, y aquí tienen la ventaja de que no engañan. Precoces, ligeros, un poco flojos para la tarea. Si tuviera que empezar otra vez, ahora que voy a retirarme, elegiría Churriana.

Churriana está en lo alto de una loma, en el camino de Alhaurín de la Torre, Alhaurín el Grande, Coín... Camino con alamedas y olmedas, grandes trigales, viñedos, olivares. En las eras vemos una trilladora mecánica. Pero hay que volver a la carretera del mar para detenernos en Torremolinos. Este es ya lugar de recreo, colonia de veraneantes, gracias a la brisa y a sus dos extensas playas. Con Torremolinos puede justificar Málaga su fama de estación estival. Aquí tiene su escuelita a la entrada del pueblo una maestra cuidadosa. La clase y el jardín — con vistas a la Sierra de Mijas — están limpios, frescos, como en una casa andaluza. Casi no aspiramos a otra cosa sino a ver en la escuela resplandecer las virtudes domésticas. Torremolinos tiene muchos hotelitos, *chalets*, tiendas, casino, cafés con sus terrazas; es la verdadera villa veraniega. Pero, además, tiene «la Casa del Inglés».

Y esto entra, o por lo menos ronda, la primera enseñanza. «El Inglés» ha puesto allí escuela de sencillez y de buen gusto. Se ha limitado a subrayar con pequeños detalles, que no son dinero, la pintoresca variedad de un trozo de costa avanzada en espolón sobre el mar entre las dos playas. No ha levantado un palacio, sino un cortijo. Sin alardes, ha sabido aprovechar todos los elementos decorativos que da el campo de Málaga, dulcificándolos y civilizándolos, sin demasiada violencia sobre su condición silvestre. A la entrada ha hecho plantar un seto de cardos, como al descuido, con alguna pitera, y esta flora áspera y pobre da más

valor a los jardines y al huerto. Unos templetos o mirandas con asientos rústicos. Sendas entre las peñas. Si algún barranco no tenía la tierra muy firme, lo fijó con uña de gato o uña de lobo. En un socavón de la roca vió la gruta de las sirenas mediterráneas, con su nupcial y sonora playa interior, que en baja mar descubre la arena finísima como un lecho. Y como un cepo. Para llegar y para huir, «el Inglés» tendió una escala de buque, por donde pueden subir los hombres, pero no las sirenas. Tantos atractivos tiene la casa de «el Inglés» de Torremolinos, y el esfuerzo para lograrlos es tan fácil, que bien puede servir de enseñanza, como Miramar sirvió a los mallorquines de Valldemosa.

Empieza luego el verdadero camino de Fuengirola, entre el mar y los montes de la Sierra de Mijas. Avanzamos hacia el crepúsculo, que llegará a Marbella antes que nosotros, por una verdadera «cornisa», más primitiva, más fuerte y sobria que la de Niza. La línea férrea pasa entre puentes y túneles. La carretera más de una vez da terribles tajos al monte, pero va ciñéndose a la costa, y alguna vez, como en el barrio del Boliche, desciende al nivel de la playa. ¿Por qué llegamos tan tarde a Fuengirola, pueblo delicioso, de tipo más gaditano que malagueño, limpio, claro, marinero — como San Fernando —, con sus casas de colores jóvenes, rosa y azul, sus plazas anchas llenas de árboles, y todo el pueblo, alegremente, en las calles y en las plazas? Con ser mucho más chico, Fuengirola tiene más escuelas que Vélez: cinco maestras, cuatro maestros. Alguna está muy bien; en locales simpáticos, aljofifados y bruñidos por mano de mujer; acostumbra a trabajar como en los pueblos

toledanos que aún conservan la buena tradición. Pero es tarde. Hay que volver a Málaga sin llegar a Marbella. Este es para mí el mayor, el único sacrificio de los viajes: renunciar a un proyecto; estar junto a Marbella y no verla.

IX

AL SALIR DE MÁLAGA

PARÉNTESIS. — UN JARDÍN

PODRÍAMOS conocer con detalles más precisos la ciudad y sus escuelas. Pero lo esencial está visto. Hemos de detenernos en Antequera y llegar pronto a Granada. ¿Qué lugar elegiríamos aquí para despedirnos? No el último que vean los ojos, sino un lugar preferido, al cual debemos asociar, por gratitud, recuerdos singulares, intensos. Quizá el puerto, en esa hora irreal del crepúsculo, que no es noche ni día; cuando se unen mar y cielo en el mismo azul y encienden sus primeras luces los buques de guerra. O mejor tierra adentro, el paraíso de la Concepción. Si elegimos este lugar, demostraremos deseo de reposo y de silencio. No hay allí nadie. Sólo las fuentes y los pájaros hablan. Demostraremos también — ¿por qué ocultarlo? — un poco de cansancio al acercarnos sin temor, serenamente, a este maravilloso jardín por donde acaba de pasar un soplo de muerte. El cansancio, el ansia de reposo y de silencio, nos hacen buscar los paisajes apartados, quietos, en que, por influjo de nuestra fantasía, hasta la palmera y el caucho tropical tienen para nosotros el valor

simbólico del ciprés. Por esta alameda hemos subido, deteniéndonos cada diez pasos para una pregunta o una confidencia con el dueño, que ya no existe. Rafael Echevarría, hombre bueno y sencillo. ¡Tan firmes anclas de oro y de afecto leal como tuvo para sujetarle la Vida, solo él pudo sentir hasta dónde llegaba su fragilidad! Por el pinar, lo más silvestre de esta finca civilizada, hacia el templete que lo domina, hemos caminado pensando que, así como surgió este oasis en los cerros de Málaga, obra maestra de la tradición del XVIII, así podría transformarse España al conjuro poderoso de una voluntad culta. Llegué a este jardín por primera vez camino de Alhucemas, Enero del año 23, a presenciar la liberación de los prisioneros del 21. Volví, días después, con los nervios vibrantes aún del espectáculo más duro que han visto mis ojos. Todo esto era esperanza o alegría; en suma, acción, efusión, buena y cordial efusión. . . Hoy sube con nosotros un jardinero que nos da ligeramente romanceados los nombres latinos de estas especies raras, únicas. Somos visitantes, turistas.

PESIMISMO. — Sin duda viene de las montañas este viento frío, capaz de helar los entusiasmos demasiado ingenuos, hasta en Málaga. No es la ocasión más oportuna para estudiar el gran proyecto de renovación escolar de la ciudad y de su término. Silencio y reposo. Cansancio. Debemos dejarlos pasar como una ola y volver luego a la lucha, tonificados. Bastará con que sintamos cerca al enemigo para aprestarnos otra vez. Unas cuantas notas explicarán la situación de Málaga respecto del tema de este viaje, que no puede ser otro sino las escuelas. Málaga acaba de aprobar sus presupuestos municipales para 1926-27. No hay variación.

en la cifra total. Algún ligero sobrecargo de gastos: un campo de *golf*; un aumento en los gastos de representación del alcalde y del Ayuntamiento. Alguna economía. Por ejemplo: «veinticinco mil pesetas por supresión de gratificaciones a médicos inspectores de escuelas; veintisiete mil pesetas por la supresión del comedor escolar de la zona de Levante; diez mil pesetas por supresión de la subvención para sostenimiento del Instituto de Niños Anormales». ¿Será posible? Una institución reciente, pero tan bien orientada, tan eficaz, y, sobre todo, comenzada con tanto entusiasmo, ¿va a desaparecer? Alrededor de estas supresiones tiene que girar forzosamente todo el esfuerzo de los maestros, de los inspectores y de cuantas personas se interesan por la enseñanza. La señorita Aspiazu, directora de la Normal, entró valerosamente en campaña desde el primer día, defendiendo la labor del Instituto de Niños Anormales en su escaño del Ayuntamiento. Pero «los Ayuntamientos comprometidos, sin holgura económica», soportan mal los gastos excesivos. La lucha será para recuperar lo perdido, no para ganar terreno nuevo.

Una excepción honrosa. — Hay en Andalucía tan pocas ocasiones de elogiar iniciativas privadas, individuales o colectivas, semejantes a las que reseñamos al pasar por León, Asturias y Soria, que con gusto consigno esta honrosísima excepción: la Sociedad Fomento de Casabermeja, fundada en Santiago de Chile por don Bernardo Luque, y constituida por naturales de Casabermeja, gratifica a los cuatro maestros del pueblo, reparte premios a los alumnos de las escuelas y ha creado una biblioteca. Además tiene en proyecto la construcción de escuela y el aumento del número de maestros.

X

ANTEQUERA

1. «ANTICARIA» Y ANTEQUERA

LEGAMOS a Antequera, otra vez por la sierra de Abdalagis, al día siguiente del fuego en la Magistral, cuando empezó a arder la torre y se desplomó el angelote. ¡Qué emoción, qué estremecimiento en ciudad tan quieta! «Hasta las monjitas claustradas rompieron sus reglas para ver el incendio desde sus torres.» Ardió el chapitel. Resistió mucho el angelote; pero cuando se vino abajo, «... un alarido enorme, inmenso, indescriptible, resonó en toda Antequera». «Es de chapa de cobre y representa estar armado de tonelete, peto, botín y morrión, con su plumaje, dentro del cual, por cierto, fué hallado un nido de aviones con dos gurripatos vivos.» Estos dos gurripatos vivos, entre llamas — según testimoniaba *El Sol de Antequera* —, fueron, a Dios gracias, las únicas víctimas, no tanto del incendio como de los chiquillos. La inquietud, sin embargo, tenía explicación. Imaginaban los antequeranos un ángel colosal, macizo, como bronce de campana. En realidad, con sus dos metros de altura, sólo pesaba noventa y seis kilos, y

hay en Antequera vecinos de mayor respeto. Y sobre el temor de una catástrofe los conmovía la pérdida de la torre; porque, aun teniendo de sobra ciudad que reúne treinta y dos iglesias, nueve conventos y dos monasterios, esta torre ochavada de San Sebastián, medio barroca, medio mudéjar, es la que más estiman. Estoy seguro de que pronto quedará restaurada por suscripción pública, con el angelote, no de cobre dorado a fuego, sino de oro.

Antequera, *Anticaria*, antigua ya para los romanos, ha visto pasar muchas edades. Decir allí «hace un siglo» es como si dijéramos «ayer», y si, por ejemplo, apuntamos que en 1826 su población era la mitad y sus conventos el doble que hoy, desdeña el dato suponiendo que dentro de cien años acaso ocurra lo contrario. Algunos conventos han desaparecido. Otros, desalojados, llevan hoy vida secular. Calles enteras de grandes casas señoriales con ancha portalada, hierros, escudo, columnata en el patio, interrumpen de tarde en tarde su silencio para dejar paso a un solo transeunte. Y alguna de estas treinta y dos iglesias abre sólo media hoja, o entorna la puertecilla para que penetre un solo feligrés, que suele ser feligresa, en cuyo obsequio se celebra este día el santo sacrificio de la misa. Yo madrugué — relativamente, si madrugar es hallarse callejeando a las ocho de la mañana — y pude enterarme de varias cosas interesantes. Tienen las Carmelitas descalzas una Concepción de Alonso Cano, y fui a su iglesia de San José. Fachada singular; toda ella, como un retablo de ladrillo labrado; barroca, pero con picante sabor mudéjar. Empujé la puerta. No se movía. Traté de alzar el picaporte. Nada. Por fin, una buena mujer vino en

mi auxilio, llamó al sacristán, y mientras éste iba por las llaves aclaró el misterio.

— El señor cura viene antes de las ocho y dice su misita. Luego sigue su camino a otra iglesia. Usted comprenderá. Hay dieciséis sacerdotes nada más para treinta y dos iglesias, y la Colegiata se lleva seis canónigos. De alguna manera tienen que arreglarse.

Luego, entre el sacristán y otra viejecita parlanchina que se agregó, acabaron de explicármelo todo.

— ¡Naturalmente, señor! ¿Pa qué va a tener abierto este pobre hombre, si no viene nadie? A las ocho ya se ha ido el señor cura. ¡Pues cierra! Y si vienen es a ver el cuadro, que, ya usted repara, tié muchísimo mérito. Y trae gente de muy lejos. Este cuadro se lo dejó a las monjitas el señor Peña. Era un hombre de bien, sin despreciar a nadie, soltero, muy viejecito. Todos los sobrinos se lo pedían: «¡La Vingen pa mí! ¡La Vingen pa mí, tío Peña!...» Hasta que el tío Peña dijo: «¡Pus pa nadie!» Y se lo mandó al convento. Estaban las monjitas como pa cerrar, señor, muertas de hambre; porque no hay religión. Y les daban por este cuadro, ¿qué se yo? ¡Muchos miles! Pero ellas, ¡nada! Si hubiá seguío la negra... no sé; pero les ha entrado ahora una señora riquísima con muchos millones de América, de más allá de Buenos Aires. ¿Usté se acuerda de cuando se fué a América don Antonio Perea? Pues volvió millonario y casó con esta señora. Y al morir mi don Antonio, la señora se ha venido aquí al convento, donde está muy a gusto; y tó lo suyo pa las Carmelitas.

Esta impresión de soledad en vastas y magníficas estancias casi vacías no se percibe sólo ante las

Carmelitas descalzas. Si hay treinta y dos iglesias para dieciséis sacerdotes, me dicen que hay nueve conventos para veinticinco religiosas. Tímidamente — con la timidez natural en quien tiene conciencia de que está hablando solo —, yo expondría, no una idea, sino un sentimiento. ¡Unos tanto y otros tan poco! ¿Cuándo entraré en ciudades españolas que empiecen a sentir la otra piedad, el otro culto — compatible con el religioso —, y que establezcan la debida proporción entre sus fines divinos y humanos? Esta será probablemente misión de otra nueva época, y *Anticaria*, que ha visto pasar tantas, deberá aguardar un ratito. Quien conozca todos los templos de Antequera, desde la antigua Colegiata de Santa María la Mayor, cerrada, abandonada y despojada, hasta el de los Remedios, en el convento de los Terceros, que hoy es Ayuntamiento, creará tener la clave de la ciudad. Sin embargo, todavía le quedará una capilla evangélica. Solitaria, más solitaria que los conventos, recogida y aislada en el estupor de encontrarse sola tantos años en una costanilla de Antequera, esta misión tiene sus fieles. ¿Quiénes son? ¿Cuántos? Lo asombroso es que resista a la frialdad del ambiente, frialdad extraña y al mismo tiempo muy explicable en país de tanto sol. Pero tal es el destino de esta ciudad, que tiene en su campo un templo mucho más antiguo, de una antigüedad remotísima: la cueva de Menga, maravilla construída para la eternidad, con piedras que han durado más que su culto, pues desde hace cientos de años no han entrado en ella sacerdotes, pastores ni comulgantes.

En la cueva de Menga vivirá hoy el espíritu que pongamos nosotros, como en el castillo ruinoso, moro, visigodo y romano. Pero ¿cuál es, entre

tantas ruinas, el presente de la gran ciudad histórica de Antequera? El campo que divisamos desde lo alto de estas escarpas es rico. Olivares, almendros, encinares, extensos trigales y viñedos. Hay industria, más o menos arcaica, a orilla del hilo de agua que baja del Torcal. Entre sus glorias de ayer y su opulencia de hoy, Antequera podría prepararse el porvenir educando a sus hijos digna y espléndidamente. Como veremos, no es así. Aun sin llegar al caso de Vélez, las piedras viejas pesan en Antequera mucho más que las nuevas.

2. RENACIMIENTO DE ANTEQUERA

Podíamos haberle dicho a don José María Fernández, erudito y artista: «Guíenos usted por donde quiera». Con su buen tino y su emoción silenciosa, de hombre sensitivo, nos habría llevado al Coso Viejo; a las Peñuelas, para admirar la casa del obispo; al barrio del Espíritu Santo, a la extraña y fantasmática cuesta de las Flores, por donde veo descender — quizá no descieran nunca por allí, pero yo lo imagino — una procesión de penitentes servitas. Habríamos visto en ruinas la casa de Narváez, el palacio de Camorra, y fuertes aún para muchos años, el de Nájera, soberbio ejemplar del Renacimiento español, «hoy cuartel de la Guardia civil», y la casa, extraordinariamente bella, de don Antonio Luna. Tantas y tan buenas reliquias del pasado guarda esta ciudad, que habríamos caído bajo su dominio, porque las piedras viejas tienen esa virtud de captación. Pero ¿y las escuelas? De las cuevas de Menga, Viera y el Romeral habríamos seguido el viaje hacia la Sierra del Torcal, hasta el

Camorro de las Vilaneras Altas, y si conservábamnos aliento, hasta la cumbre de la Sierra de Chime-neas. Porque Antequera y sus contornos tienen atractivo bastante para hacerle olvidar a cualquier viajero ingenuo el motivo de su viaje.

Pero aquí están los maestros de Antequera: don Francisco Navas, don Antonio Muñoz, don Joaquín Vázquez, don Eduardo Baón, don Francisco Martín. . . ¿No hay más? Cinco tengo apuntados; alguno falta, porque en Antequera hay nueve clases. Un Ayuntamiento de treinta y un mil quinientos habitantes cuenta con esas nueve aulas para niños y cuatro para niñas. De esas cuatro, una está clausurada. En total asisten a la escuela pública cuatrocientos niños y doscientas niñas. Quedan más de dos mil criaturas en las calles, si no pueden ir a colegios particulares: a las Terciarias, a las Filipenses, a los Luises. El término está peor que la capital. Tienen escuela Villanueva de la Concepción, aldea de más de mil habitantes; Bobadilla, Villanueva de Canche y el caserío de Cartaojal. Los demás pueblos: Palmares de Jeva, La Joya, cortijadas muy populosas; Cerro de los Ahorcados, el Vado, Cañaveralejo, el Romeral, la Casería del Aguila, ni tienen ni han tenido nunca escuela. Más de seis mil campesinos viven dispersos en cortijos e ingenios, como el de San José. Estos son, según informes recogidos en Antequera, los que utilizan como maestros ambulantes a los *enseñaores* y entre ellos a un famoso jubilado de Teléfonos que va con su caballo de cortijo en cortijo, cobra a dos reales por semana, come donde puede y no descansa en todo el día. Al hablar del campo de Jerez me referí a estos modestísimos y beneméritos auxiliares, y en el gran proyecto de reforma de la primera enseñanza en

Málaga veo que se considera útil el trabajo del *enseñador*, convertido, como es natural, en maestro ambulante.

¿Hacen falta más datos para comprender cuál es la situación de Antequera? He visto una escuela de niñas. Pobre, humilde; en una especie de galería junto al patio luminoso y alegre, pero mal saneado. He visto también las dos graduadas. Ninguna pasa de tres grados y no sé si una llega. Aquí, el director, entusiasta y activo, logró comunicarme parte de su optimismo. En efecto, con pocas reformas, aquella casa de tipo andaluz, malagueño, estancias largas, patio y jardinillo interior, de mace-tas y pozo, podía ser una buena escuela. Los muchachos van bien. Se observa una labor enérgica. Tenacidad, orden. Hasta el himno que cantaron en honor nuestro — estos himnos tan difíciles de oír para un visitante sencillo como yo —, revelaba disciplina y afinación.

Pero ¿qué vale el esfuerzo personal de unos cuantos maestros al lado de lo que debería hacer ciudad tan próspera como Antequera? El palacio de Nájera hubiera sido una gran escuela. Cualquiera de estos caserones abandonados, de estos conventos casi solitarios, podrían haberlo habilitado para dar entrada a muchos centenares de niños que aguardan sitio en los bancos de la escuela pública. La ciudad da señales por todas partes de un próximo renacimiento. Las industrias viejas se remozan. Hay grandes fortunas. «El primer capitalista de aquí — me dijeron en el Círculo Mercantil — tiene de renta tres mil pesetas diarias.» Ricos industriales, comerciantes, cosecheros y agricultores explotan la prodigiosa feracidad de esta tierra. El obrero, el jornalero, viven todavía pobremente. En las

fábricas del campo y en las tenerías llegan a cinco y seis pesetas; pero el obrero industrial se ve casi siempre reducido a jornales de tres cincuenta. Muchas casas de los barrios pobres, algunas como ranchos de gitanos, están pregonando un terrible drama social. Pero, en conjunto, Antequera descubre, no sólo masa, sino energía. ¿De dónde saldrá el impulso que la lleve a un nuevo Renacimiento?

Desembocando en la calle central de Antequera hay una calleja de aspecto castellano y en ella un rinconcito no más grande que cualquier abacería. Una mesa española, de hierros; lámpara de ancho vuelo con los bronce labrados; fraileros hechos en Ronda; grabados y reproducciones fotográficas bien elegidas. Esto y sus estantes de libros le basta para agradar a la Biblioteca antequerana. Obra de juventud, yo la auguro grande y feliz destino. Su presidente, José Jiménez; su secretario, Joaquín Vázquez — maestro —, forman parte de un grupo de hombres estudiosos que llegará a ser, forzosamente, la conciencia de la ciudad. Las fábricas ayudarán, el aumento de riqueza por el mejor cultivo del campo contribuirá algo; pero el impulso para ese nuevo renacimiento saldrá de la Biblioteca antequerana.

3. MENGA Y EL ROMERAL

Sería imperdonable no asomarse a la cueva de Menga. Aquí está la llave. Veremos también la cueva de Viera y la de El Romeral. Tres montículos entre olivares y trigos bien granados; tres túmulos o cerrillos, como el montón de tierra de la termitera. Esta cueva de Menga dicen que es

monumento nacional; pero no veo trazas de que el Estado haya venido nunca por aquí. Una verja sencilla. Ningún cuidado. Ninguna previsión. ¡Adelante! Puesto que ha resistido cinco, seis, acaso diez mil años, bien podrá defenderse otros tantos, sobre todo si la volvemos a cegar. La entrada, como un *menhir*, empotrado en tierra. Dentro, el templo más maravilloso — y el más sencillo — que supo construir una raza de cíclopes. Pero, no; conviene apartar esta idea del cíclope, del gigante fabuloso removedor de montes. Para justipreciar la cueva de Menga debemos suponer hombres como nosotros, con manos como las nuestras — un poco más rudadas, un poco más garras que manos —, frente a estos formidables bloques de piedra que pesan cientos de toneladas. ¿Cómo los trajeron aquí? ¿Cómo los labraron y los ajustaron a su plan? Por todas estas lomas sólo hay tierra blanda, laborable. La cantera más próxima dista, seguramente, un kilómetro, y entre sus rocas y la cueva corre una cañada profunda, que, por fuerza, debían salvar, no sé cómo. Pusieron en pie, bien ajustadas, dos filas de a diez grandes piedras cada una; las cubrieron con cinco losas, clavando otras tres piedras como soportes o columnas en el centro del templo, y cerraron el fondo con un solo bloque. La catedral resiste la injuria del tiempo, y sólo está desgastada la base de los tres pilares: «Aquí venía antes toda clase de gente — me dijeron —, en particular gitanos y pastores. Ataban las cabras, y ese desgaste deberá ser de la soguilla.» Subiéndonos al cerrete que corona la cueva, observatorio mágico, vemos una extraña y bravía naturaleza. No se olvide que allí cerca está la Sierra del Torcal, llena para nosotros de fantásticas sugerencias. Algo más que imá-

genes y fantasmas debían ver aquellos hombres primitivos en los peñascos del Torcal, labrados por mano divina, cuyo misterio les servía de estímulo e incitación. A la parte opuesta, hacia la salida del Sol, otra mole ingente, de silueta casi humana, como una gran esfinge: la Peña; que hoy lleva nombre romántico: Peña de los Enamorados. No lejos, la terrible lucha del Agua y de la Roca, en el desfiladero de los Gaitanes. ¿Dónde podrían encontrar aquellos magos mundo tan propicio como el suyo al despliegue de la imaginación? Por todas partes violencia y energía. Fuerzas destructoras y fuerzas creadoras. Su obra maestra, la cueva de Menga, era un prodigio de serenidad y de sencillez, un alarde con el que acaso pensaban corregir, clásicamente, el desorden y el tumulto de la naturaleza.

Yo no trato de fomentar el natural orgullo del alcalde y de los concejales de Antequera por esta obra realizada por un Ayuntamiento anterior, que no dejó constancia en su archivo — aunque el archivo de Antequera sea uno de los más interesantes de España —. Quiero ayudar a la justa fama de sus antigüedades, menos conocidas y estudiadas de lo que sería menester. Pero Antequera no atrae todavía al turista, ni siquiera al buen aficionado, ni mucho menos llama colonias escolares, o expediciones estudiantiles. Con las cuevas de Tarifa y con las de Antequera, con las pinturas rupestres y con las construcciones megalíticas, esta proteica región tartesia guarda bajo sus olivares y sus trigos la clave de la historia del mundo. Muchas de sus ciudades, antiguas y modernas, parece que no han encontrado todavía su nivel, ni la época de la historia en que quieren situarse. Aquí sale la Edad de Piedra al paso del viajero, y cuando desemboca el

rápido en Antequera por esta gran llanura, entre Archidona y Bobadilla, se estremecen con la trepidación los huesos, fósiles, de aciliense, que de seguro hay enterrados en la cueva del Romeral.

Porque la cueva del Romeral se ve desde el tren, no lejos de la cueva de Menga y de los restos de unas Termas romanas. Si la necrópolis tartesia — o pretartesia — está en otro lado mal defendida, no ocurre así en El Romeral, donde un ejército de millares y millones de lanzas le da guardia de honor y cierra e impide el paso. Alrededor del *túmulus*, salvo una coronilla que no será de buena tierra, todo el campo está sembrado de trigo. Y ¡qué soberbias lanzas, altas por encima de mis hombros! ¡Qué espigas, graves, barbudas, cargadas de grandes granos bien embalados; cada una como un convoy de guerra, oscilando, bamboleándose, no por seguir el capricho del viento, sino por observarnos! Hace falta ser tan obstinados como somos nosotros para arrojar a cruzar, sin camino ni vereda; arrostrarlo todo y buscar paso al hilo del surco con ánimo de no hacer demasiado daño al enemigo. Y hecho esto, ¿qué vemos? Sí. Algo hay de interés para un visitante lego en arqueología; la historia de la bóveda tiene aquí una de sus primeras y más extrañas páginas; pero el efecto de la cueva de Menga es difícil de superar. Volvemos a la luz del día buscando entre aquellas piedras huellas humanas, y cuando vemos proyectarse en la boca de la cueva la sombra de un aciliense, aparece un guarda.

— Aquí, no dejan... — nos dice muy amable, al ver que somos gente de paz —. Desde que sembraron, no dejan... Después de todo, no vale la pena de estropear el trigo, porque este agujero es igual que los otros.

Entonces surge ya un tema casi contemporáneo.

— ¿Quiénes no dejan? Este Romeral, ¿es el de Romero Robledo?

En efecto: este Romeral, de Antequera, fué de don Francisco Romero Robledo. Los acilienses mandarían bajo tierra, pero en la superficie el único amo era don Paco. El hizo y deshizo, y durante muchos años, por lo menos en Madrid, Antequera fué él. Ahora comprendemos cómo desorientan estas figuras representativas. ¿Qué época de la historia de su ciudad había elegido don Francisco Romero Robledo? ¿Creó una época nueva: la suya? Si fué así, todo fracasó.

— No, señor — contesta el guarda —. Esto era de ese que usted dice; pero ahora tiene ya otros amos.

— ¿Familia?

— No; otros amos.

Apenas queda recuerdo en el campo de El Romeral de aquel hombre, muerto hace veinte años: 1838-1906. Sobre los trigales de su finca, aseguro al lector que de las dos antigüedades antequeranas, no nos parecía más remota la tartesia. Al contrario, nuestra voluntad y nuestra fantasía se obstinaban en ir al encuentro del espíritu creador de la cueva de Menga.

PRIMER VIAJE A GRANADA

I

BREVE PRÓLOGO

AL llegar a Granada en visita de escuelas necesitaría yo ser mucho más bueno de lo que soy para cumplir, a gusto mío, con mi deber. Una bondad amplia, generosa, integra la bondad del santo varón incapaz de hacer daño a nadie. Casi me comprometo a alcanzar tan venturosa disposición de ánimo; pero lo difícil es conservarla en este momento y mientras dure el relato de lo que allí he visto. Granada es obra perfecta de los siglos; es como las grandes criaturas de Dios que se bastan a sí mismas. Tal como está y tal como ella es debe aceptarla quien se acerque sin propósito de cometer violencia. Y ahora entro yo a curiosear, a remover unos pequeños reparos insignificantes. En vez de aceptar agradecido todo lo que da — su tesoro — , voy a reclamarle otras cosas que no la interesan. Si me obstino en hacerlo, como en Cádiz y en Málaga, será sin olvidar esta maravilla de luz que penetra todos los sentidos y que basta para hacernos situar el Paraíso terrenal

en el Generalife. Pero si me dejo sobornar por las artes mágicas de la Alhambra y escondo la verdadera razón de esta visita, ya no seré hombre bueno, ni siquiera hombre. El caso, como verá el lector, es bastante complejo, y para resolverlo acudo al resorte que nunca falla: la sinceridad.

Este es el gran escollo de mi viaje por las escuelas. Es un viaje circunstancial, hecho para sorprender realidades demasiado fugaces. Si hoy nos da Granada una impresión torva, sombría, mañana — dentro de pocos años — otro viajero que llegue con la misma intención se verá sorprendido con un cambio brusco, de arriba a abajo. Me creará por mi buena fama de escritor veraz, pero tendrá que compadecerme por haber trazado vanas y ligeras rayas en el agua. En cambio, si viniera sólo para hablar de Granada y no de sus escuelas, habría dado con un tema ilustre y magnífico, tema de alto coturno, capaz de favorecer la prosa más humilde con un destello de su inmortalidad. Asocio ahora el recuerdo del viaje de Ponz, que llegó por el camino de Vélez-Málaga, Alhama y las ventas de Huelmar, y entró «por el paseo de los Colegiales y carrera o calle de las Angustias». Mucho y muy buen trabajo se le ofrecía en ciudad tan rica y próspera en el cultivo de las Bellas Artes, como Granada, y seguramente entró lleno de entusiasmo. Pero no pudo escribir de Granada, y aquí acabó el *Viaje de España*, de don Antonio Ponz. Al pasar por la vega, en Salinas o la Malaha, bebió, sin duda, de aquellas aguas, que, según palabras suyas, eran «muy malas para las personas». Pronto hubo de volver a Madrid, «asaltado — dice su hijo en el prólogo del último tomo — de una interior y terrible melancolía, que sin conocida causa le iba in-

sensiblemente devorando». Ya no volvió a su viaje, salvo una rápida visita a Toledo. Recuerdo el fin de este viajero cuidadoso, narrador fiel, porque las aguas han sido siempre la primera preocupación del recién llegado, y yo tuve necesidad de compartirla con la otra preocupación: la visita de escuelas.

Granada, al pie de la Sierra, con vastísimo territorio hasta el mar, con el peso de toda su historia — luz y sombra —, es uno de los puntos sensibles, doloridos, en el cuerpo de la cultura española. Por la fuerza de su simpatía, sin duda, por ser obra maestra de los siglos y por las demás alegaciones favorables que dejo apuntadas, suele quedar a un lado cuando trazamos la zona negra en el mapa de España. Sólo por una vez, y para justificar otros argumentos, reproduciré estas cifras del libro oficial sobre *Analfabetismo*: «Jaén da un setenta noventa y nueve por ciento de habitantes que no saben leer ni escribir. Málaga, sesenta y ocho noventa y cinco. Pero luego, antes que Almería, viene Granada, con sesenta y siete cincuenta y cinco. Esa espléndida serranía, llena de pueblos escondidos, de tradición moruna, de carácter bravo, vivero humano para grandes empresas, está por roturar. La misma ciudad refleja demasiado la desidia de las aldeas y de los cortijos, como si no hubiera empezado a libertarse del maleficio moro, como si al desarraigarse la civilización árabe no hubiese acabado de prender la cristiana, o como si ésta hubiera sido interpretada con sentido moruno. Por eso en las escuelas granadinas el último paso lo dió el padre Manjón, cuyo esfuerzo, verdaderamente apostólico, digno de admiración y de estudio, necesita hoy otro esfuerzo paralelo en sentido civil.

Pero este trabajo sobre las escuelas de Granada quedará para el final, como resumen de las observaciones hechas en toda la provincia. Son los pueblos, con su carácter rudamente acusado, los que más nos atraen. Y para no descansar hoy, pues se van los ojos hacia Sierra Nevada, llegaremos a las primeras estribaciones, todavía en el cerco de la Alhambra, por la carretera de Monachil, y visitaremos la escuelita de Huétor-Vega.

EL CASO DE HUÉTOR-VEGA

A Huétor-Vega se va en un paseo corto desde «el último ventorrillo». No es lugar de turismo. Queda muy al pie de Sierra Nevada, bajo el cerro de Huenes, y es todavía vega, como indica su nombre, aunque las casas trepen monte arriba y la calle mayor sea una gran cuesta, una gran torrentera, con su remanso dominando la costanilla y en medio del remanso un olmo viejo, soberbio, que parece el patriarca. No llega el turista, porque no hay allí monumentos ni pasos peligrosos, como en el tranvía de la Sierra, ni esos paisajes «de bandera» que merecen mención en el *Baedeker*. Por este lado es más pintoresca la carretera nueva de Pinos-Genil y Gúejar-Sierra, que sube ahora hasta cerca del Dornajo, y por no estar acabada puede prestar cierto sabor de aventura casi heroica a una expedición en automóvil. Pinos-Genil merecía una visita y no una ojeada a vista de pájaro, porque aparte de su deliciosa posición sobre el río, como la aceña de un molino, hay allí una de las pocas escuelas fundadas por iniciativa particular. Una señora alemana, doña Berta Wilghelmi,

afincada hace años en esta tierra, construyó la escuela de Pinos-Genil, un Sanatorio en Alfaguara — en plena sierra — y otro para niños en un carmen del Albaicín. Esta señora estableció cantinas e inició las primeras colonias escolares para los muchachos granadinos en los baños de Almuñécar. Para encontrar en la provincia iniciativa semejante debemos acudir a otro extranjero, don Luis Pelmaker, cónsul de Bélgica, que ayudó a construir y dotó las escuelas de Orjiva. Pero no es éste el caso de Huétor-Vega, donde no ha llegado todavía ninguna mano generosa. Ni hubiéramos venido a no ser por la invitación de don Eugenio Castellanos, pariente mío, y por la presencia del director de la Normal de Maestros, don Manuel Vargas.

El caso de Huétor-Vega no está en la escuela, sino en el maestro. La escuela, triste y lóbrega, mal ventilada, mal alumbrada, no es mejor ni peor que otras muchas. Para entrar hay que meterse por un callejón, que el declive del terreno convierte en hueco de rampa. La humedad ha producido desprendimiento de tierras, y en la misma puerta hay un pedrusco de bastante peso, porque yo no lo pude levantar. Dirá el lector: «¡Pero usted no irá a los pueblos a levantar pedruscos!» ¡Qué sé yo! Donde sea posible quitar estorbos, pedruscos y prejuicios, no negaré nunca la prestación personal. La escuela, como digo, no vale nada. Lo que vale allí es el maestro. Un maestro joven, animoso, que ha conseguido el milagro de atraer a toda la población escolar, hasta el punto de que el local es pequeño, cuando antes sobraba la mitad.

— ¿Usted no sabe que el maestro es de aquí? — me explican —. Ha nacido y ha vivido siempre en Huétor-Vega. Nos conoce a todos y no valen

trampas con él. Cuando falta un chico, se planta en la casa: «¡Oye, tú—le dice a la madre—¿en qué piensas? ¡Ya estás mandando al crío a la escuela! Para trabajar le queda tiempo». Y las mujeres mandan a los niños, porque comprenden que don Antonio tiene razón, y si no lo comprenden, él se lo hace entender. Como esto es tan pobre, algunas familias no tienen más remedio que aprovechar el jornalillo de los chicos. Donde hay dos hermanos, don Antonio les deja que entre los dos completen un jornal; uno por la mañana, el otro por la tarde; pero con mucho tiento, para que los padres no abusen.

Un jornalero, del campo, tercia en esta conversación.

— Los chicos van con gusto, sí, señor; pero Antonio los ha echado a perder. Lo primero que hacen por las mañanas es querer lavarse. «¡Espérate al domingo, muchacho! — le digo yo al mío —; como hemos hecho nosotros toda nuestra vida». Pero, no. Se lavan y hasta piden jabón; de cocina, claro.

Este maestro se llama don Antonio Guzmán García. La mayor parte de sus alumnos son de casas muy pobres, atenuadas a jornales misérrimos. Los cuadernos de los muchachos revelan atención, esmero. Cuando salen temprano de la escuela, todavía se los ve en el poyo de la plazoleta, junto al olmo, despachando sus deberes con afán. Es un paisano, un compañero, un amigo, tanto como un maestro, quien los enseña, y trabajan con fe. El maestro fué nombrado alcalde y sirvió el cargo dos o tres meses; pero comprendió que era difícil atender tantas cosas a un tiempo. El entusiasmo por su profesión le impide ver toda la miseria de su escuela; y, en efecto, cuando está en ella, él la dignifica.

Pero el maestro de Huétor-Vega es joven. ¿Cuántos años pueden durar este esfuerzo y esta virtud? Si continúa en su covacha, ¿cuánto tiempo tardará en juzgar excesivo su trabajo y en pronunciar la palabra «sacrificio», la palabra de que debe huir todo hombre que cumple valerosamente una misión?



III

ALHAMA DE GRANADA

1. POR LOS TAJOS DEL CACÍN

SON las dos de la tarde. Junio. Granada. . . Pero no la Granada del Generalife, abierta y jugosa, con todo el frescor del agua de Sierra Nevada, sino la otra que mira hacia los campos manchegos de Armilla, despoblados y desarbolados. Sin verla es imposible creer que ésta sea tierra granadina, como la que acabamos de cruzar desde Loja. Tenemos todavía en los ojos ese paisaje sintético, tan andaluz: tierra oscura, de un violado profundo, húmedo; el ocre casi negro, cuando destacan su verde plata los olivos. Los trigales, de un amarillo tumultuoso, lleno de reflejos, bajo el intenso azul. Y en otras horas y lugares menos violentos, al aclararse el color de la tierra, donde se neutraliza más el verde, ya neutro del olivo, hemos juzgado incomparables la finura y la riqueza de estas buenas estampas de Andalucía. Aquí, ¡tan cerca de Granada!, parece como si la Sierra acabara de deshacerse en polvo. Salimos, sin embargo, por la carretera de Vélez, casi al mediodía, desafiando

el rigor del sol y del viento, que abrasa. Llegaremos a Alhama por Ventas de Huelma y los Tajos del Cacín. Y si el *auto* marcha bien, acaso podamos asomarnos un momento a Loja. La jurisdicción de nuestro guía, don Fernando Sanz — inspector de grandes méritos, estudioso, entusiasta y fiel cumplidor de su deber — termina poco más allá de Alhama.

Primer pueblo: Churriana. Labradores, traperos, barrenderos de Granada. Cultivadores de cáñamo, que ahora empiezan a ensayar plantaciones de tabaco. En suma: gente trabajadora. Terminaron hace algunos meses sus edificios escolares, pero no se ha hecho cargo de ellos el Ayuntamiento: Faltan la verja y el agua. ¡El agual Los moriscos debieron llevarse al Africa todos los secretos del agua. Con ellos, esta vega sería huerto y jardín.

Armillá. ¡Buen campo de maniobras invernales y de aviación! Escuelitas vulgares, en local alquilado. Sigue la carretera polvorienta, deshecha, hacia Gabia la Grande, separándose de la que conduce al Suspiro del Moro, a Lanjarón y la Alpujarra. Nuestro viaje de hoy es menos pintoresco. Gabia la Grande, no mucho más grande que Gabia la Chica, demuestra interés por la enseñanza. Ha construído un edificio a sus expensas. Tiene dos escuelas de niños y en la más vieja hemos visto a un buen maestro, de lo mejor de la provincia: don José Muñoz Murcia, intachable e incansable. A él, en gran parte, se debe la construcción de la otra escuela.

Pero ya rompemos la monotonía del campo de ceniza y rastrojo, al llegar a unos cerros desde donde se divisa la hondonada de La Malaha — que aquí pronuncian Malá —. Unas huertecitas. Unas

salinas, pequeñas para quien viene de San Fernando. Tierra pobre. Agricultura mísera. Aguas — lo dijo el buen Ponz — «muy malas para las personas». Sin embargo, hay balneario de aguas medicinales. Hasta ahora tuvo una sola escuela mixta, que fué preciso clausurar, con gran alarma y disgusto del pueblo. Al año y medio de clausura reaccionó. Los vecinos dieron diez mil pesetas y un solar. El Instituto de Previsión pignoró unas láminas y facilitó otras diez mil. El Ayuntamiento edificó, por administración, no sólo la escuela de niños, sino también otra de niñas, aunque no se haya resuelto aún su expediente, hasta la fecha en que yo pasé por la Malaha. Las dos escuelas, sólidas, amplias, alegres, con naves más bien cuadradas, con jardines, pueden admitir ochenta niños. Es bastante. Como caso curioso diré que el local antiguo era inhabitable. Apenas fué desalojado, abrieron huecos, arreglaron techos y paredes, solaron de nuevo, y queda un cuarto ni mejor ni peor que otro cualquiera. Ahora puede arrendar un vecino lo que antes era el calabozo del maestro.

En Ventas de Huelma vimos una lonja con zaguán anchísimo, techado de buenas vigas y soberbia chimenea de campana. Esto lo imitan en otras partes para hacer escuelas. ¿Por qué no se fijan aquí en estos elementos nativos? Luego viene Ochichar, pueblo que ni siquiera está en el mapa, aunque tenga más de cien habitantes. Son unas cuantas casas, todas vueltas de espaldas a la carretera, en un alto desolado y trágico. Quiere una escuela mixta; pero el Ayuntamiento de Huelma no le hace caso. Sus habitantes deberían ser indemnizados por vivir de vigías en el cerro de la Atalaya, al paso de los vientos, sobre la hoya torva y brava del Cacín.

Porque en lo alto de ese cerro empieza el descenso del escalón que baja hasta el Cacín. Tierra floja y peña. Alguna franja de terreno roturado, que no sé cómo pueden labrar mulas o bueyes. Monte bajo; aire libre, bien aromado de salvias y de tejos silvestres. Para nosotros, fugitivos de la gran villa, aunque no nos lo confesemos, las lomas del Cacín traen un soplo montaraz, estimulante y tónico. Nos proporcionan una sensación primitiva: el goce de la juventud de la tierra. De pronto salta de la cuneta una perdiz, gorda, con sus crías. Paramos el automóvil, como si pudiéramos perseguir a los verdaderos dueños de estos matorrales. Cada perdigón tiene un sitio donde esconderse, para mirarnos con un ojo y reírse de nosotros. Pero hemos descendido a tiempo. Aquí está un soberbio pino real; el único pino de estos contornos, que luego iremos viendo desde todas las revueltas de la carretera cuando escalemos la otra vertiente del Cacín. Aquí está el mejor miradero para ese vasto panorama de una belleza esquiva, zahareña, que sólo puede sentir quien no prefiera en el paisaje la verdura lozana, la frondosidad. Tapiz de remiendos tendido sobre la ondulación de los montes, de notas pardas, violadas, ocres, verdinegras y verdirrojas. Algún rastrojo quemado, humeante, parece como si exhalara el vaho de los ijares de un monstruo. Y en nuestro camino, y por todo lo que alcanza la vista, ¡nadie! Sólo en el fondo de la hoya un pueblecito pobre: Cacín.

A Cacín se llega mucho antes por el atajo — vedado al automóvil —. Sólo tiene una escuelita lóbrega, húmeda, en piso bajo, con una ventana y una puerta que sirve también de casa del maestro. Debería cerrarse; pero en ese caso habría que ce-

rrar las escuelas del ochenta por ciento de estos pueblos. Vive de la veguita del río. Empieza a emanciparse ahora de un señorío que dura ya siglos. Tienen un encanto rústico las orillas del Cacán, pero es preciso pasar el puente nuevo sobre el tajo y luego subir las soberbias revueltas que acabamos de ver como el zigzag de un rayo desde la atalaya de Ochichar. Curvas cada vez más amplias para ir dominando la pendiente hasta divisar el valle de Alhama.

2. LA ESCUELA DE LOS TERREMOTOS

Alhama está florida y joven otra vez, como si no hubiera sufrido nunca. Todo su paisaje, al desembocar en la cuenca del río, es inquietante, y el tajo, por donde se despeña Merchan, reproduce la batalla geológica de Ronda y de los Gaytanes. Pero la Alhama alta con su torre señera, sus casitas claras y limpias, sus costanillas recogidas y aburguesadas, no despierta ninguna evocación trágica. Confieso que esta primera impresión de Alhama nació ante el mármol de una confitería, entre yemas y bizcotelas y grandes vasos de agua fresca, cristal propicio para mirar a su través una ciudad andaluza en pleno estío, a las cuatro de la tarde. Muchos años estuvo rodando por casa un número internacional de los terremotos de Andalucía. Me costaba trabajo acoplar aquellos horrores, que tanto habían herido mi imaginación, a la acuarela plácida que teníamos enfrente. Era preciso volver hacia el despeñadero del río; ver las barracas del barrio nuevo, las casitas y las escuelas de «la Olla» para reconstruir sucesos ocurridos hace medio siglo.

Fueron los terremotos en Diciembre de 1884. Busque el lector, si tiene gusto e interés en ello, la colección de cualquier periódico de la época: *El Imparcial*, *La Correspondencia*. . . Puedo facilitarle el trabajo, advirtiéndole que no empiece el día 26, al siguiente de ocurrir la catástrofe; ni el 27, ni el 28. Unas líneas de segunda o tercera plana, el 29; una información breve de Granada, el 30. Sin duda hubo en toda la región, no ya momentos, sino largos días de estupor. El primer corresponsal madrileño llega a Granada el 2 de Enero. Una pregunta en el Congreso, una comisión de los representantes de Granada y Málaga; peticiones de auxilio. . . Por último, un gran clamor extendiéndose por toda España y atravesando la frontera. Algún cronista fecha su carta en Alhama, pero escribe en Granada, con informes de referencia. La tragedia de Alhama en aquellos ocho días de desamparo, en un invierno crudo, con lluvia y nieve, debió de ser espantable. Con mayor o menor intensidad seguían los temblores de tierra. Toda la zona de Sierra Tejada, la Almirajara y las Guájanas, hasta la Contraviesa, seguía bajo la amenaza de nuevos terremotos. Hacían noche las gentes en medio del campo, sin atreverse a dormir bajo techado, ni siquiera en cuevas. Centenares de cadáveres en Alhama, en Albuñuelas, en Arenas del Rey y en las Ventas de Zafarraya — sin contar otros cien pueblos, hasta el mar —, unos insepultos bajo las ruinas, otros enterrados en huertos y bancales; millares de heridos, a los que difícilmente se podía prestar socorro. Rogativas y procesiones. Escenas de abnegación por una parte, y de terror y flaqueza por otras. Hambre. . . Cuando llegó el Rey Don Alfonso estaba todavía la región entera en medio de la confusión y

la desolación más espantosa. Mucho contribuyó su presencia a calmarlas y a ordenar un poco el caos, así como a encauzar las suscripciones públicas y a estimular la caridad. *El Imparcial* improvisó en pocos días unos barracones donde pudieran recogerse las familias que habían perdido casas y ajuares. Una comisión o patronato alzó esta barriada nueva de la Olla — o la Hoya —, y situó en el centro, en sitio honroso, las escuelas que ahora vamos a visitar.

Han pasado cuarenta años, casi medio siglo. Sólo quedan los niños y los mozos de entonces; pero el recuerdo es muy profundo. No se borran fácilmente estos tajos feroces en carne viva. Vamos a ver qué ha hecho Alhama de las escuelas levantadas por un rasgo de fraternidad y de humanidad, en una hora de impulso generoso. El edificio es grande. Dos cuerpos laterales y uno central, más alto, rematado en graciosa torrecilla. Zaguán amplísimo. Paredes sólidas, de construcción recia. Entramos en la escuela de niños. Aquí se corta el hilo, el natural y lógico enlace entre el ayer y el hoy. Aquí se rompe, fría e insensiblemente, con un pasado tan cordial y tan próximo. Esta escuela demuestra un olvido absoluto y ciego de todos los deberes. ¿Para qué describirla? Es una escuela más. Pero como es magnífica y la construyeron con esplendidez, la miseria de hoy, los agujeros del solado, los cristales rotos, las paredes sucias y, en suma, todas las huellas del descuido de cuarenta años, destacan soberbia y aparatosamente. No sólo la han descuidado. Algo peor. Han empotrado en el edificio construido para escuelas una iglesita. Todavía queda espacio para otra clase donde podrían instalarse los párvulos; pues allí no trabajan

sino un maestro y una maestra. El barrio de la Olla es populoso. Necesitaría esa clase y otras. Pero teniendo local amplio y cómodo no han pensado en aprovecharlo. Es una atención que se les escapa, una necesidad que no sienten.

Quizá sea ésta una de las lecciones más duras que en mi viaje por las escuelas de España me da la realidad. Yo considero la escuela como un instrumento de trabajo, como un arma en manos de un pueblo que lucha por su propia cultura. Pues bien: aquí la tienen. Se les ha dado, sin regateos. ¿Qué uso hacen de ella? El día en que por un esfuerzo heroico, por «un terremoto mental», consiguiéramos remover la voluntad de los mejores y surgieran por toda España los millares de escuelas que solicitamos, ¿no estarían expuestas a sufrir el destino de las escuelas de la Olla? Algo más hay que hacer, por lo tanto, que construir edificios. Hay que defenderlos, infundirles calor y vida. Ya sé que la tarea es gigantesca. Se trata nada menos que de construir una nación.

IV

DE ALHAMA A LOJA

LA SIERRA. — EL ALBÉITAR DE LOJA

S ALIENDO de Alhama por la carretera que muere cerca de Salar en la de Loja a Granada, pasaremos veintidós kilómetros sin encontrar un solo pueblo. A lo lejos veremos la torre de Santa Cruz de Alhama — hoy, no sé por qué graciosa superposición antagónica, Santa Cruz del Comercio—. Montes y dehesas. Unos marjales de tierra cultivada, trigos, olivares; pero, sobre todo, montes de encina, pinos enebrales y tejo. Hasta Archidona y Sierra Tejeda, por un lado; hasta la vega granadina, por otro, un despoblado inmenso, que acaso abarque en vuelo recto cien kilómetros, cortado solamente por dos caminos: el de Colmenar y Alfarnate a Loja y este por donde vamos ahora. Caminos solitarios, bellísimos, alegres, hoy, a la luz plena del estío andaluz, tan clara como la de Castilla, pero más azul. ¿Por qué están desiertas las lomas del Salar, las de los Llanos, las de Zafarraya; todos estos valles, donde la tierra es, por naturaleza, fértil, como lo demuestra ella misma, sin ningún

cultivo? Buscamos la razón, mirando bien a las cumbres de la Sierra próxima por saber si quedan todavía monstruos o dragones, y a las hondonadas, por si asoma el trabuco de algún bandolero anacrónico; pero no vemos ni dragones, ni bandidos, ni razón alguna para que tan deleitable y espléndido país esté deshabitado.

— Aquí está — me dice Fernando Sainz al pasar por un cortijo pequeño, donde no veo a nadie, sino solamente un caballo desenjaezado — la famosa Torre de la Gallina, guarida de salteadores, hacia el año 90. Este era centro de operaciones del *Batatero* y de su cuadrilla. Al *Batatero* lo ahorcaron en la cárcel de Loja, después de haber dado mucha guerra y de haber muerto en refriegas con la Guardia Civil todos sus compañeros.

Como es natural, esto no explica nada. Primero fué el descampado solitario, y luego, la Torre de la Gallina con su *Batatero*. Más fuerza tiene el argumento de que estos montes son bravíos y la naturaleza en ellos demasiado salvaje. Por aquí cuenta el viejo Madoz que bajan gruesas corrientes de agua, formando torrenteras, *madres*, que acaban por soterrarse misteriosamente. De la Sierra de Tejedor, de la de Júrtiga, que corona Peñasillada, hasta el llano de Bernagal, por donde va el camino de Vélez-Málaga a Loja — el nuestro —, el agua de lluvia va a parar a sumideros ocultos. Los más visibles son los del campo de Zafarraya, donde las *madres* llegan y no forman laguna, sino que se hunden. Quizá sea ésta el agua que veremos luego en los caños de Loja. Pero también pueden ser estas gruesas corrientes causa de los terribles trastornos subterráneos y ayuda de las reacciones químicas que ocasionan los terremotos. Me libraré

bien de improvisar teorías en materia desconocida para mí, y sólo trato de explicarme la soledad de la Sierra de Loja, atribuyéndola al influjo de todas sus leyendas. Si la expulsión de los moriscos la dejó despoblada, ¿cómo no se repobló después, siendo lugar que no rechaza al hombre, antes al contrario, le atrae?

Acaso haya entre riscos y montes algunos cortijos. Desde luego, allí no llegan ni los *enseñaores*. Los pueblos que rodean Alhama tienen todas escuelas de la misma fecha de los terremotos. En Arenas del Rey, reconstruido también, fué la ciudad de Barcelona quien abrió suscripción para levantar la escuela. En Santa Cruz del Comercio el abandono de la escolita de los terremotos sólo puede compararse con el que sufre la del barrio nuevo de Alhama.

Por hoy no entraremos en más escuelas. Hemos salido de la jurisdicción del inspector que me acompaña, y le debo esa consideración. Pero se pondrá el sol, se echará la noche encima después de un crepúsculo lento y grave, y apenas habremos salido a otro lugar habitado que el pueblecito del Salar. Queda todavía sierra. Por aquí se esparcieron, en el verano de 1861, los jornaleros que acaudillaba el albéitar de Loja, don Rafael Pérez del Alamo. Episodio olvidado de la lucha social, principio de una revolución. Bernaldo de Quirós llama a Pérez del Alamo *el Espartaco andaluz*; «un Espartaco efímero y reducido, es cierto, pero al que no le faltan los caracteres ideales y generosos...» Pasar por los montes de Loja sin recordarle sería injusto. En el pueblo domina la figura de Narváez, con su estatua, muy gallarda, y su sepulcro; pero entre las encinas y los tejos de la Sierra flota toda-

vía la memoria de «el albéitar de Loja». De un modo caótico e impulsivo, sin preparación, apasionadamente, Pérez del Alamo fué cerebro y brazo de una revolución jornalera. El jornalero andaluz, al que hoy llamamos obrero del campo, *se pronunció* gracias a él, y su palabra, perdida en la historia de la época, llega hasta nosotros con un eco extraño, que produce sorpresa y se hace oír. Quirós reúne en un librito interesante, que me acompaña en este viaje, *El espartaquismo agrario andaluz*, los pocos datos conocidos sobre el movimiento revolucionario de Loja. El 21 de Julio de 1861 se produce en Molina, término de Antequera, junto a la Laguna Salada de la Sierra de las Yeserías, «un movimiento popular sedicioso, del que resultan muertos y heridos. El juez de Antequera dirige el proceso contra el albéitar de Loja como principal responsable; dicta un auto de procesamiento, y el albéitar replica a él con el toque de botasillas, saliendo a caballo de la población, seguido de buen golpe de partidarios». Atacó Iznájar, rindió al puesto de la Guardia Civil, llevándose armas y provisiones; entró en Loja, dominándola cuatro días; reunió hasta diez mil hombres, «sin consentir el menor exceso de sus instintos»; luchó con las tropas enviadas por el Gobierno, y sólo ante la dispersión de sus hombres, impresionados por un sitio en regla, evacua la ciudad y se refugia en esta Sierra, donde, abandonado y traicionado, cae preso. «Condenado a muerte, le indulta la generosidad del marqués de la Vega de Armijo, ministro de la Gobernación con la Unión Liberal de O'Donnell». Copiaré otro párrafo del folleto de Quirós: «No dejemos de notar que, como correspondiendo a la nobleza de la rebelión, la represión

de la misma adquiere caracteres de generosidad que rara vez se han repetido desde entonces. Cuando la reina Isabel II, en su viaje de 1862 por Andalucía, pasó con dirección a Granada por Loja, el día 14 de Octubre, fué aclamada por muchos hombres del campo, que agitaban gallardas palmas. Eran los indultados de la rebelión de Loja, los antiguos hombres de armas de Pérez del Alamo. Hoy pregunto a un buen hombre de Loja, un caballero mendigo, de bastante edad:

— ¿Usted se acuerda de don Rafael?

— Sí, señor. Le conocí de viejo. Tenía una barba blanca hasta aquí. Le cogieron, y él se escapó. Fusilaron a uno de Aznalfarache, uno de Iznájar y uno de Loja. Si quiere usted ver a sus descendientes, entre usted en el estanco.

— ¿En cuál estanco?

La memoria de este buen hombre divaga un poco. Pérez del Alamo murió en Arcos de la Frontera. Aquí no queda nada de aquella revolución jornalera.

LAS DOS CASTILLAS:

Toledo * Soria.



TOLEDO

I

A LOS TOLEDANOS Y A TODA CASTILLA

EL lector amigo me encuentra hoy subiendo estruendosamente la cuesta del Miradero toledano, entre bocinazos de auto y parpadeo de faros. Como en la última *Visita de escuelas* acabábamos de asomarnos a Loja, pensará que el camino de Loja a Granada está muy lejos del Zocodover. Así es; pero mi viaje de Andalucía, interrumpido por la canícula, no se reanudará hasta Octubre; y mientras tanto, vuelvo a las escuelas de Castilla, que abre quince días antes sus clases. Llego, pues, a Toledo, donde piso terreno firme. A mí no pueden inquietarme las contradicciones del auto y el zoco; del presente y el pasado. Aunque vea dando vueltas delante de nuestra linterna cinemática y cubista al puente de Alcántara y a la Puerta del Sol, sobre sus viejas piedras bien aplomadas, yo sé qué cosas oscilan aquí y qué cosas están quietas. No soy turista, ni catador de ciudades, ni arqueólogo, ni chamarilero. Toda esta tierra de Toledo, con

su Sagra y su Jara en torno de la peña coronada por el Alcázar, me es familiar. Puedo, en confianza, pasar por delante de la Catedral y de Santo Tomé, saludándolos desde la puerta, pero sin entrar, porque pesan demasiado, influyen demasiado, y esta visita no es para el Greco, sino para las escuelas.

Visitar las escuelas de Toledo es llevar el hilo en el laberinto. Todo eso del Toledo muerto, del Toledo pretérito, se nos aclara en cuanto entramos en una sala donde cincuenta niños trabajan acodados en sus pupitres. Ellos son el *fluir* de la vida. Quieren vivir. Necesitan vivir. Dentro o fuera de la gloriosa ciudad, que eso ya lo dirán ellos o lo dirá su suerte; pero necesitan vivir, salir al mundo sanos, útiles y cultos. Ellos no han hecho la catedral; esto que llamamos «patrimonio artístico» no es, en realidad, patrimonio suyo, sino del mundo entero. Está aquí, lo ven, lo respiran como su ambiente, pero no lo reciben infuso, con la leche materna. Los grandes monumentos, como los grandes paisajes, pueden ser ignorados del que nació a su sombra. Ellos tampoco serán responsables de que este pasado soberbio acabe de convertirse en polvo. Para abrirles los ojos, y para que toda esta energía pretérita vuelva a servir en sus manos, hace falta que, desde niños, los enseñemos bien. Claro como la luz toledana veo yo el destino de este pueblo, si comprende, serenamente, la virtud y el poder de las primeras letras, y empieza, desde ahora, a cuidarlas con intensidad. Del renacimiento de la escuela vendrá después el nuevo renacimiento de Toledo.

Esta manera de ver las cosas claras, sin dejarse abrumar por la Historia, debería ser la manera castellana. Es una reacción digna, además de ser un

esfuerzo necesario. No hablo el lenguaje que suele usar el viajero, y mis amigos toledanos comprenderán que estas líneas no están escritas desde fuera, sino muy desde dentro. Y ya que vino de París un escritor a revelarles «el secreto de Toledo», conviene que yo les descubra a los toledanos otro secreto: el secreto del amor a Toledo. El viajero, el extraño, suele amar un Toledo maravilloso deshaciéndose en polvo, telaraña y ruina. Pasma de artista. Acre y morboso placer de la decadencia. — Ajena, claro está —. Toledo da pábulo a esa pasión fría. El extranjero siente que los siglos han ido preparándole un espectáculo único, y sus paseos por la ciudad y sobre el río no le niegan ninguna de las delicias del necróforo. «¡Ahí quedas, Toledo! Ya te vi — dice al tomar el tren —. Ahora puedes seguir tu curva descendente hacia el acabamiento y la ruina total.» Y lo que se conserva en pie, vivo, inmarcesible, lozano, también lo condena a muerte, porque es difícil sustraerse a la idea literaria que le hace ver la gran tragedia de una raza descomponiéndose y derrumbándose por los despeñaderos. Todo el ayer de Castilla va, para el extraño, río abajo. Se salvan las piedras moras y romanas. Lo nuestro es lo que se hunde. Lo universal: Arte e Historia, es lo que él se lleva. Por su gusto, dejaría corromperse todavía más nuestras ciudades históricas para que se las sirviéramos bien pasadas, como las perdices.

¿Comprendéis con qué distinto amor andamos nosotros por los barrios viejos de Toledo? Para mí, ese polvo de siglos no es lo esencial. La telaraña no es indispensable. El aire podría venir de los sumideros del río tan limpio como la luz, y no habríamos perdido nada. Sacrificaría, en todo caso, un

poco de carácter, y todos sabemos que esos sacrificios nunca son tan grandes como los que originan la desidia y el abandono. Siempre habrá — no lo niego — espíritus insaciables de dramatismo, incapaces de admirar una locomotora en reposo, pero dispuestos a hacer un viaje para verla deshecha, descarrilada. En Toledo, sin embargo, no faltará jamás elemento dramático. Elemento vivo, todavía poderoso. Lo que más vale aquí, precisamente por tratarse de roca descarnada, es el esqueleto, y Toledo lo conserva intacto, con el músculo y el nervio necesarios para la acción. Respetándolo íntegro, sin alterar un solo rasgo, sin dejarse ganar por veleidades de rastacuero, siendo plenamente Toledo, y nada más que Toledo, la ciudad puede urbanizarse como una verdadera ciudad moderna. Lo más moderno hoy, y lo que mejor ha aprendido a hacer la vieja Europa, es ese trabajo de conservación dentro de la tradición. Pero la tradición hay que estudiarla. Hace mucho tiempo encontré esta fórmula respecto de nuestra «veneranda tradición»: que deberíamos venerarla menos y aprovecharla más. Aquí está el pueblo que mejor lo puede hacer en Castilla. Sin duda por eso más de una vez se han confundido los dos destinos, y en el mapa moral de España se coloca de través la roca toledana, como centinela dormido, o muerto, en las estepas de Castilla.

¡Si supierais, castellanos de Toledo y de toda Castilla, cómo se pronuncia la palabra «estepa» en distintas regiones!, ¡qué depreciación tuvo en su valor geográfico y social! Quizá vaya siendo hora de juzgar históricamente, como cosa pasada, un período de exaltación de la periferia peninsular, a costa, no ya del centro, sino de casi todo el resto. Esta

imperial Toledo, cuyas piedras se acuerdan aún del godo Wamba, y que por todas partes extiende sus raíces a tierras de pan llevar, servía muy bien como símbolo de la meseta. El camino, por Parla y Esquivias, o por Illescas, dejaba libre la fantasía para ver cabalgar a Don Quijote. Todo era Mancha. El surco manchego atravesaba las dos Castillas. El paisaje, desolación, llanura, «Estepa», por decirlo todo en una sola palabra. Los santanderinos estaban obligados a oír, por boca de un gran poeta como Juan Maragall, que Castilla llora «porque no puede ver el mar». Las dos Castillas, tan diversas y tan ricas en accidentes, aparecieron sistemáticamente igualadas con el llano de Criptana. Fué hacia el 1900, o poco antes, cuando empezó esta labor crítica, servida por escritores y artistas inteligentes, que negaban entonces hasta las glorias más claras de Castilla y hoy rectifican su opinión al llegar a la madurez. Pero lo peor de esta gran ofensiva — que parecía ir sólo contra Madrid — fué el contagio entre los castellanos, tan descuidados, que ni siquiera se dieron cuenta del ataque. Ellos mismos ayudaron, aun desde Madrid, como buenos carpe-tovetones. Si Salamanca no hubiera conquistado a Unamuno, y los clásicos a *Azorín*, y el Museo del Prado a Zuloaga, y la *Celestina*, Don Juan y Don Quijote a Maeztu, no se habría reproducido aquí también, en pequeño, la Historia de España. Pero luchó el tiempo, el pasado. . . Algo también el futuro que, como comprenderéis, es común a todos. Castilla, la del 1900, no luchó. Les dejó hacer.

Hoy llega ya el momento de dar algunos pasos más. La lucha se traslada a otro campo. Desde Cataluña y desde Vizcaya, aunque ni siquiera lo sospechen los castellanos, hay quien se asoma con

curiosidad para saber cómo tiene organizadas Toledo sus escuelas. ¡Alerta, Castilla! No se olvide tan legítima y noble emulación entre las ciudades de España. Algunos juzgarán esto un detalle nimio; pero yo declaro que, por recordar tantas cosas, no entro sin emoción en la primera escuela toledana: la de don Julio Escalante.

II

CASUÍSMO Y LABOR PERSONAL

LA CLASE DE ESCALANTE. — Cerca del refugio, antes de llegar a San José, encerrada entre callejas, está la escuela de Escalante. Cuando una escuela toma el nombre de su maestro, podéis entrar sin cuidado. Será mejor o peor, más nueva o más vieja; pero allí habrá labor personal. Al maestro se le alegrarán los ojos al verlos asomar por la puerta; suspenderá de pronto, con un gesto de batuta, la tarea, y en ese silencio relativo, atravesado de chispazos, lleno todavía de vibraciones, empezará a explicaros su método. A vuestro alrededor, la colmena seguirá trabajando. Algunos chiquillos os clavarán esa mirada aguda y expectativa que, sin la sonrisa, sería semejante a la del perro cazador aguardando una orden. Sabrán todo cuanto les preguntéis. Os traerán todos los cuadernos que les pidáis. Lo más impresionante, lo que os encogerá más el corazón en otras terribles escuelas despararradas por innumerables lugarejos españoles, es el aplastamiento, el estupor de los alumnos y el caos de voces y ruidos sordos, dominados de vez en cuando por una canturria rutinaria. Por eso digo

que podéis entrar sin temor en esta primera escuela toledana. Aquí suena, en toda su virtud, la palabra. Aquí no reina el caos. ¿Con qué medios cuenta don Julio Escalante para cumplir tan bien como cumple su misión? El local es amplio, aunque destartalado y con poca luz. No falta material, en gran parte obra de los propios alumnos. Las bancas son antiguas. El patio — hermoso patio toledano, que espera una parra, un enlucido y unas pinturas vivas en la madera — no se utiliza, ni acaso pueda utilizarse como lugar de recreo. Hay poco sol en la escuelita de don Julio. Asisten niños de todas las clases sociales. Ya hemos encontrado la verdadera piedra de toque. Casuismo: el maestro hace la escuela. Labor personal: esto es lo que atrae al pueblo de ricos y pobres.

LA DE DON ELADIO MOLINA. — Está en San Juan de Dios la clase de don Eladio Molina, «el maestro artista». Es nueva, pequeña, blanca como zagúan andaluz. Las ventanas, proporcionadas, ni más chicas ni más grandes de lo preciso, dan al Toledo que se ve desde la casa del Greco. Difícil es imaginar un taller tan alegre. Y esta idea del taller es inevitable en la escuelita de San Juan de Dios, porque aquí el maestro concede preferencia al dibujo, al trabajo artístico, y aunque cuide otras enseñanzas, los chicos se dejan arrastrar por la inclinación más adecuada a sus aptitudes. Tampoco tiene campo de juegos esta escuela. Abierta a la luz y al aire, risueña como un jardín, sugiere este comentario absurdo: que hay jardines sin árboles y bajo techado. Don Eladio tiene en la escuela un pájaro que duerme en su jaula cerca de su mesa presidencial, pero que de día goza de libertad y se posa en los pupitres de los niños. Toledo nos guar-

daba algunas sorpresas. Esta escuela de don Eladio Molina, popular en Toledo, tiene al lado una hermana menor: la escolita de párvulos de doña Antonia. Mesitas de pino, cuadradas, para cuatro niños; la misma luz, igual paisaje. Si en vez de ese tejadillo hubiera una azotea, doña Antonia no tendría nada que pedir. Y si todas las escolitas de párvulos toledanas fueran como ésta, quizá faltasen algunos requisitos, pero las madres estarían satisfechas.

LA ANEJA A LA NORMAL. — Labor personal. . . El maestro hace la escuela. . . ¡Conformes!; pero no siempre es posible personalizar una obra. Si lo duda algún técnico, venga con nosotros a este grupo de cuatro grados, que debieran ser modelos, y donde el hombre de mejor voluntad se estrellaría sin conseguir nada. La Normal de Maestros de Toledo ocupa una antigua casa de la Mitra: la casa del canónigo obrero, en el buen estilo del siglo XVIII. Ella está bien; pero las escuelas anejas, muy mal. Han caído en los bajos del edificio. Un grado, el segundo, tiene sólo dos ventanas al patio. Sin ventilación. Está bajo el nivel de la cuesta de los Pascuales, y aguanta filtraciones de la plazuela del Seco, donde hay una fuente pública. No se ve a las dos de la tarde. Pues el cuarto grado es peor: un calabozo. Los niños no pueden jugar en el patio a las horas de recreo porque molestan. Podría habilitárseles un jardín — corralillo más bien —, pero este asunto no se resuelve nunca. Sí. Ya oigo las objeciones: «El maestro bueno, como el alumno bueno, trabaja en cualquier parte». Es verdad. Pero, créanme los objetantes: el calabozo desconcierta. Para enseñanza y ejemplo de los normalistas, para estímulo de los profesores y para la sa-

lud de los niños, esas escuelas no pueden seguir donde están.

OTRA GRADUADA. — Pero el Ayuntamiento de Toledo ha hecho algo. Acaba de instalar seis grados nuevos en Santa Isabel: tres de niños y tres de niñas. Es la casa de don Pedro *el Cruel*, según el pueblo; de don Pedro Ayala, si hemos de respetar la verdad histórica, como mandan don Francisco Sanromán y don Angel Vegue. En la portada, del siglo xv, luce el blasón de los Ayalas. Dentro, salas anchurosas, vigas soberbias de maderas ricas. Esto no se deshace en polvo. Material nuevo, sin estrenar; un jardinillo que sirve de respiradero. Los maestros de Santa Isabel se han dividido el trabajo por especialidades de conocimientos. El director, don Antonio Bravo, tiene fe, pero la tarea es ruda y son muchas las esperanzas condensadas en este grupo recién emplazado en el corazón de un barrio pobre.

BASTA POR HOY. — Quedan otras escuelas, no muchas. Falta la escuela del Cambrón y una de párvulos en el Zocodover. Falta otra, de la Beneficencia. Esto será todo. No hay más escuelas de niños en Toledo, ciudad que pasa de veintiséis mil habitantes. Bien contados, los maestros son once, y tres de ellos empiezan a trabajar este año. El casuismo nos salva. La obra personal es admirable. Iremos a la Puerta del Cambrón y al Zocodover. Pero, ¡once maestros! ¿Qué van a hacer once maestros?

III

LA PUERTA DEL CAMBRÓN

ESCUELA Y JAULA

LEGAMOS a la Puerta del Cambrón. Estas eran las Cambronerías toledanas; pero ¡cuánto más decorativas que las madrileñas! Colaboran en su prestigio hasta los reyes godos: *Erexit factore Deo*, etc. Todos los turistas saben que allí se habla del rey Wamba. En cambio, ignoran que en la misma puerta, no detrás ni al lado, sino sobre el arco, está la escuela del Cambrón. Los defensores de la torre son hoy sesenta niños de seis a catorce años. Y su alcaide, el maestro don Víctor Arellano. Esta noticia es imposible averiguarla desde el soberbio miradero que hay al pie de San Juan de los Reyes, donde los ojos se espacian al otro lado del puente de San Martín, hacia los Cigarrales, y, para descansar, vuelven por el Cristo de la Vega a recogerse en la Puerta del Cambrón. Si le comunicáramos al señor Arellano este nuevo destino que, gratuitamente, le concedemos, de seguro se echaría a reír. No tiene aspecto belicoso, ni trazas de estar preparado para lanzar calderos de pez hirviente desde



lo alto de sus ventanas. Y, sin embargo, cuando llego a saludarle, contesta don Víctor a mis primeras preguntas:

— ¡Vamos defendiéndonos!

¡Escuela extraña, única en el mundo quizá, y, por tanto, digna de Toledo! No sé hasta qué punto andará de acuerdo con las reglas de la Pedagogía; pero su atrevida singularidad la hace simpática, y antes de entrar en ella ya la habéis tomado cariño.

— Aquí estamos — dice el maestro — bastante bien, como usted ve. La clase es ancha. Nos arreglamos como podemos, y sólo algunas veces es un poco difícil entenderse.

— ¿Son díscolos, quizá, los chicos?

— No, señor. Son muy buenos. . . Hablo del ruido. El ruido es lo que no nos deja entendernos. Antes pasaban por aquí coches y carros. Luego vinieron los automóviles. Todo eso estaba regular. ¡Lo terrible son los camiones! Usted no sabe el ruido que mete un autocamión pasando por debajo de una torre hueca. ¡Vibramos todos, señor mío! Saltamos como en un terremoto. Sin embargo, yo estoy contento. Ya me he acostumbrado. Hago como que no lo oigo; y los muchachos, ¡aquí los tiene usted!, como si estuvieran en un templo. Alguna vez tienen que alzar algo la voz; pero conozco escuelas peores.

Yo también. No cambiaría la escuela del Cambrón por la mayor parte de las escuelas de España. Es lugar de combate. Es lo que podríamos llamar la escuela dinámica. Mientras todo desmaya en Toledo, a esta hora del mediodía en que el sol de Septiembre castiga y aplana a los hombres y a las cigarras, los alumnos de don Víctor viven despiertos y en tensión. ¿Se podría dormir en un carro de

asalto? Los chicos son capaces de todo; pero no lo creo fácil. De lo que estoy seguro es de que no es posible descabezar un sueño, uno de esos reparadores sueños escolares de medio minuto, sobre el arco de la Puerta del Cambrón. Las ventanas de la escuela dan a la ciudad; sin duda miran hacia el campo las de la vivienda; pero todo ello está como colgado de las cuatro torrecillas que decoran la puerta del rey Wamba. Si don Eladio Medina tiene un pájaro en su jaula, don Víctor Arellano tiene una jaula por escuela. ¿Por qué no? Es alegre, es capaz; es independiente. Y, sobre todo, conserva una grande y heroica tradición. El muchacho que salga de ella no podrá olvidar nunca que ha pasado su infancia en una torre hecha y rehecha por los siglos, y el maestro debe considerarla también como parte integrante de su material pedagógico.

Y también como parte integrante de sus afectos. La escuela está cuidada. La limpian sus dos hijas.

— Algo haría falta aquí — dice tímidamente don Víctor — para que esto quedara bien. De Física, de Historia Natural. . . Y, sobre todo. . .

— ¿Qué?

— ¡Una pizarra!

Todavía es problema una pizarra en la escuela de una gran ciudad española. Yo confío en que por lo menos este ideal lo conseguiremos entre don Víctor y yo. ¡Una pizarra! Aquí, como en la escuela del maestro artista, los niños demuestran aptitudes muy señaladas para el dibujo. De la Puerta del Cambrón han salido buenos artífices toledanos; y ahora mismo tenemos ante nosotros, sentado en una de esas bancas viejas, un chico de diez o doce años, que nos enseña su trabajo al lápiz. Es el dibujo de un repujador, y de un buen repujador tole-

dano. La cara del muchacho, tallada en líneas enérgicas, un poco rudas, del primer Renacimiento, y la expresión honda e inteligente de unos ojos claros, no tienen nada de vulgar. ¡Quién sabe!

— Este es uno de los Maracos — dice el maestro —. Familia de buenos artifices. No crea usted que faltan en Toledo.

Familias de artifices y de artistas; ejemplos de la mejor ley a cualquier parte que vuelvan los ojos. Yo creo que, en efecto, todavía pueden defender a Toledo, si se les guía bien, los muchachos de la Puerta del Cambrón.

IV

EN EL ZOCODOVER

UN zoco será, por fuerza, lugar abierto al recién llegado, paseo de forasteros, descanso, campamento y hasta vivienda de albaranes. Zocodover, aun sin el mercado de los martes, es el remanso donde muere el camino de la estación. Por eso me resisto a creer que esté aquí el corazón de Toledo. Toledo tiene más recato y sabe esconderse mejor, entregando a las primeras familiaridades del visitante esta plaza, tan típica que triunfa de todas las reformas y sigue siendo toledana. Cada siglo quiere dejar huella. El XVI la adornó con su balconaje de hierro. El XIX la convirtió en glorieta, de sabor provinciano, poco imperial. El siglo XX acaba de darle un zarpazo. Vamos a ver — para ello estamos aquí — a qué siglo pertenece la escuela de párvulos del Zocodover. El interés de esta prueba, de este contraste a que voy sometiendo en una gran ciudad histórica la soberbia de los siglos, me hace penetrar en el caserón de la escuela lleno de confianza.

¿Un caserón?... Algo más que eso: una gran casa de líneas amplias; por fuera, digna de empare-

jarse con la mejor, en la cuesta que va al Alcázar; por dentro, despejada y noble: zaguán y escalera de anchos tramos; techos altos, huecos proporcionados, con arreglo a la buena tradición. Pero todo en ese punto de decadencia prematura tan propio de nuestros caserones oficiales. Puertas y ventanas, abiertas de par en par. En un primer salón, muy grande, muy destartado, los más pequeños. Separado de éste por un tabique de enormes vidrieras sin cristales, otro salón todavía más grande. Bancas viejas, pintadas de negro, tristes, deslucidas. Entreveo las paredes desnudas, zócalos y suelos descuidados. Parece que los niños se han metido en un cuarto desalquilado el mismo día de la mudanza. Estudian y trabajan bulliciosamente. La profesora ha ido un momento a su habitación. Salgo yo también, y cuando vuelvo, cambió el cuadro. Silencio absoluto. La profesora está; son los niños los que han salido a las habitaciones de la maestra.

Del último rincón de la escuela llega un muchachito que se le cuelga de las faldas, y que me mira con angustia.

— Señora. . .

— ¡Di ya, hombre!

— ¡Un servidor se está haciendo pipí!

Quedamos solos. La escuela sin los chicos parece más descomunal; el menaje, más pobre, y el abandono, más visible. Estas grandes salas, con su ambiente, parecen flotar en un limbo que no es del XVII, ni mucho menos del siglo XX, ni siquiera del XIX, fuera de todos los tiempos y de todos los espacios imaginables. Aquí ha llegado a reunir esta maestra ciento noventa y cinco párvulos. Hay sitio para todos. Más hubieran podido ir si no fuera preciso limitar el número para poder atenderlos.

¿Qué auxilio, qué valimiento llega de fuera a la escuela del Zocodover? ¿Cómo podrá una maestra, por inteligente y abnegada que sea, sustituir ella sola lo que en todas partes corre a cargo de instituciones protectoras? ¿Qué importa aquí, tal como vemos este desamparado recinto, lo que pasa bajo sus balcones ni en qué influye el presente sobre los sesenta o setenta niños que vienen a pasar unas horas todos los días?

Pues aquí mismo, en la escuela de la plaza típica, podemos encontrar ejemplo útil para resolver el problema de la conservación del carácter clásico toledano. Imaginemos que el Concejo o el vecindario en ejercicio de una acción social entra en la pobre escuela del Zocodover y empieza por encomendar a un arquitecto competente la reforma del caserón. Las paredes maestras fueron construídas con solidez. Lo resistirán todo. Hay más de un patio. Un aljibe, destinado hoy al más humilde y melancólico servicio municipal. Dependencias interiores. Pisos altos. Esto es, sobra capacidad para un grupo escolar. ¿En qué habrán perdido su carácter la plaza ni la escuela porque llegue a cobrar vida nueva lo que hoy es una ruina? Sabemos que la historia no se repetirá exactamente, y asomándonos a las ventanas no es fácil que veamos autos de fe. No volverá a arder Juan Muza, el esclavo berberisco, mártir del diablo; ni amanecerá otra vez el día en que fué relajado el doctor Sigismundo. Los muchachos no tendrán ocasión de admirar en las fiestas por el natalicio de otra infanta «a las mujeres de la mancebía en una danza con su tamboril, danzando y bailando muy ataviadas de oro y seda». Esto queda en el libro de Sebastián de Horozco, de que yo tengo noticia por el del conde de Cedi-

llo. Es lo que va cambiando y mudándose con las alternativas del tiempo, amigo de usos nuevos y acostumbrado a variar la salsa de los platos fuertes. Pero lo que nuestra cultura pueda guardar verde y joven, dentro de la cáscara vieja, se mantendrá íntegro; y la misma cáscara, hecha para vivir muchos años, seguirá dándonos su emoción estética. Toledo tendrá unas escuelas nuevas y habrá evitado la ruina de un edificio más.

Proyectos de adaptación y habilitación de edificios antiguos, verdaderos monumentos que, como es natural, exigen gastos, suelen tener poca fortuna. Sé de alguno, planeado con gran sentido práctico y artístico, y rechazado por Ayuntamientos deseosos de construir de nueva planta. ¿Qué les importa la salvación de una antigualla? Pero esto no ocurre en Toledo, donde acaba de hacerse una buena prueba en Santa Isabel con la casa de don Pedro de Ayala, y donde todavía pueden ser salvadas muchas ruinas interpretando su conservación con el sentido libre y arbitrario, pero eficaz, que ha presidido, por ejemplo, en la Casa del Greco.

V

RIELVES Y SUS MOSAICOS

SALIENDO de Toledo por el camino de Talavera, el primer pueblo que cruzamos es Rielves. Más de veinte kilómetros, tres leguas largas, de trigales, segados ya; algún olivar, alguna cepa. Cerca estamos de la Sagra toledana, aunque dejemos muy a la derecha sus pueblos: Cabañas, Juncos, Lominchar, hasta Illescas. Pero entre Toledo y Rielves hay ancho desierto de rastrojos que nos ciega la vista como el gualda de la bandera. Este desierto llega hasta Guadamur, por un lado; hasta Burujón y la Puebla de Montalbán, por otro. Dentro de él rinde sus aguas al Tajo el Guadarrama, y en esa confluencia se levanta un lugarejo: Alba Real. Sin duda, el Tajo no arrastra por allí oro precisamente, a pesar de la leyenda. Para ver el camino hondo que va abriéndose el río entre eriales de chaparros y retamas, asoman aquí y allá los castillos. País de líneas largas que empezamos a unir y a razonar ahora gracias al automóvil. País duro, seco. Bueno para venir en primavera.

Al llegar a Rielves nos deslumbra la blancura de sus casas, que parecen más bien cortijos. Las

tapias encaladas siguen en todo el pueblo un trazado irregular y caprichoso. La plaza, donde está la escuela, es un descampado desigual. Este acomodo a desniveles que hubieran podido corregir fácilmente, la modestia de la iglesita y el silencio del pueblo, nos hacen ver en Rielves uno de esos lugares perdidos en la soledad de la estepa, sin carácter y sin brillo, donde el hombre se limita y se limitó siempre a malvivir. ¡Error y manía de fiarse de las apariencias!

Pero vamos por partes. Lo primero es la escuela. Está muy bien la escolita de Rielves. Blanca, recién encalada también, alta de techo, cuadrada, con buen solado de madera y cuatro ventanas a tres luces. Don Claudio es un maestro joven y animoso, satisfecho de verse allí. Y los chicos aprovechan el tiempo. Pero hay que decirlo todo: si la escuela está bien es porque el Ayuntamiento le cedió su salón de sesiones. Sépase en elogio del Concejo de Rielves: se ha desprendido del mejor local y se ha instalado en cualquier parte. Únicamente puede haber el temor de que vuelva de su acuerdo, y en ese caso habría que hacer las escuelas, porque en el pueblo faltan casas.

Y ahora debo decir que Rielves no es lugar, sino villa. Si hoy no tiene mil habitantes, quizá en otro tiempo haya tenido más que Toledo. ¿Por qué no? Llámense «villares» en España muchas poblaciones rústicas que guardan señales de haber sido antiguas; y no sabemos cuántas cosas descubriríamos, excavando bien, bajo los rastrojos y los garbanzales de Rielves. Quizá aquí mismo, al pie de la escuela, en ese cerrillo blanco donde asoma el cascote, haya restos romanos. Lo que sabemos, a ciencia cierta, es que muchas paredes de estas ca-

sas están hechas con los frogones de los muros de un magnífico monumento cuya historia conozco por el arqueólogo toledano Francisco San Román. Y quiero contarla, por si de algo vale dar mayor publicidad a sus pesquisas, así como por el gusto de referir un episodio pintoresco, útil para trazar un itinerario por la España enterrada y otro por la España que la enterró.

Porque si es importante venir a Rielves, quizá interese más para conocerlo visitar la Biblioteca provincial de Toledo. Rielves gana mucho visto desde el palacio toledano de Santa Cruz, con un guía como el señor San Román. Allí hay un gran libro de fines del XVIII: *Descubrimiento de los pavimentos de Rielves*. Fué en la buena época de Carlos III cuando los encontraron unos labriegos, en el término de Banegue, a media legua de Rielves. Ellos no vieron sino piedras menudas y descoloridas que formaban dibujos; pero intervinieron cuatro hombres: el arzobispo Lorenzana, el secretario de Estado, Floridablanca; el Rey napolitano que había iniciado las excavaciones de Pompeya y el arquitecto de la Academia de Bellas Artes, don Pedro Arnal. Todavía queda otro: el grabador Bartolomé Vázquez, que trabajó sobre los dibujos de Arnal. Pericia y voluntad, además del gran resorte que lo puede todo: dinero. «Arnal — dice el señor San Román en el artículo de que ahora hablaré — trabajó con un celo y entusiasmo dignos del mayor elogio y sus desvelos se vieron coronados por el éxito. Al poco tiempo se descubrían los restos de un suntuoso monumento romano; lo más admirable de todo eran los dieciséis magníficos pavimentos de mosaico que aparecieron, correspondientes a otras tantas salas o departamentos del derruido

edificio, perfectamente conservados.» Aparecieron también frogones de la mampostería de sus muros, que permitieron delinear la planta...» «Arnal copió con todo esmero y exactitud los mosaicos, en colores, tan a satisfacción del conde de Floridablanca y del Rey, que se dispuso grabar las copias y publicarlas a gran tamaño. Así se hizo en 1788. Esta obra admirable es la que vemos expuesta en el Museo Arqueológico toledano. ¿Y después? Se ha dicho: «Estudiadas unas ruinas, dejad que la tierra vuelva a caer sobre ellas». Pero aquí la tierra volvió a caer sobre las ruinas y sobre los mosaicos. Eran piezas maravillosas, íntegras. Cean Bermúdez supuso que se trataba de unas termas. San Román confirma esta opinión. El haberse encontrado maderas calcinadas y dos esqueletos sobre el pavimento de una habitación hizo suponer un incendio, quizá en la invasión musulmana, pues se descubrieron también lápidas y monedas de Wamba, lo cual demuestra que el edificio subsistía en el período visigodo. Todo quedó bien estudiado y registrado en el libro de Arnal.

Pero ya nadie vuelve a saber nada de los mosaicos de Rielves hasta que se le ocurre a San Román emprender el segundo descubrimiento. Había pasado cerca de siglo y medio. Llegó a Rielves, se dirigió al término de Banegue; volvió a excavar, como don Pedro Arnal. Y, en efecto, ¡allí están los mosaicos! Los mismos garbanzales que el año 1780; la misma indiferencia. El pueblo se había llevado las otras piedras utilizables, pero no el pavimento; sólo algún rasguño del arado iba echando fuera piedrecitas de un rojo sucio, grises o de un azul y un blanco degradados. Rielves le vió llegar dos veces; las autoridades le ayudaron. Un anciano le dijo

que cuando él era mozo «había allí *una iglesia* con muchos pasillos y rincones». Le entregaron para el Museo Provincial un vaso rojizo y un bronce del Emperador Maximino. Volvió a tapar. Comunicó su nuevo descubrimiento oficialmente. Pidió ayuda. No se la dieron. Y allí siguen, bajo tierra, bien cerca del ferrocarril de Talavera, los mosaicos de Rielves.

¡No se puede atender a todo! Hay muchas ruinas, muchos monumentos por excavar. Hace tiempo que tengo la ilusión de llegarme a San Julián de Valmuza, bien cerca de Salamanca, donde cuenta Cean Bermúdez que aparecieron, en 1801, ruinas soberbias. El obispo Tavira mandó levantar unas tapias para proteger los mosaicos. Vinieron los franceses: metieron en aquel cercado sus caballos. Se fueron los franceses: entró un vecino que llevó allí sus cerdos. Todavía se excavó algo después, y las ruinas se conservaban. Pero ¿queda algo hoy? Sí. Queda el pueblo. Es un anejo de Doñinos de Salamanca. Como sólo tiene una calle y diez habitantes, no se atreve a llamarse lugar y se conforma con el título de alquería. Como éste habrá en España centenares de pueblos y despoblados con su buena historia bajo tierra. No debe indignarse mi buen amigo don Francisco de Borja de San Román, si, aun siendo delejado regio de Bellas Artes, nadie le hace caso; porque los mosaicos de Rielves tienen, por lo menos, el libro de Arnal, y además, le tienen a él: al propio San Román, que sabrá demostrar una vez más la tenacidad y la constancia del buen erudito. En cuanto a Rielves, no se ha interesado todavía. En el fondo, le da lo mismo.

VI

TALAVERA DE LA REINA

LOS AGUSTINOS Y EL «PARADOR DEL TIGRE»

TORRIJOS, CINCO MINUTOS! — Hemos pasado sin detenernos ante los torreones de Barcience y muy de prisa por Torrijos. Villa histórica, de gran fondo; fachadas nobles. Iglesias. Caserones. Queremos ganar tiempo, y, sin embargo, va prendiéndose la atención en curiosos detalles: un arco, una ventana, un patinillo, esos rasgos que nunca pueden ofrecer las ciudades improvisadas. «¡Aquí es la escuela!» Empujamos la puerta. Aparece por el suelo, en el zaguán, revuelto, embalado todavía, el ajuar de una casa. El maestro acaba de llegar. Es tan nuevo en el pueblo como nosotros. ¿Qué va a decirnos de Torrijos? Subimos juntos a ver la escuela, todos, por primera vez. Yo la juzgo en seguida: «Grande, pero destartalada, con luces interiores y material antiguo»; pero él mira en silencio, pensativo. No se atreve a formar criterio, de plano. Nuestra situación es distinta. Yo estoy cinco minutos. Con volver al coche ya está arreglado todo. Pero él se queda aquí. Este primer momento de la

llegada a un pueblo donde el maestro ha de hundir Dios sabe cuantos años de su vida merece ser respetado. Ya volveremos a Torrijos. «Si pasan ustedes por Ventas con Peña Aguilera, saluden a los amigos — nos dice con cierto orgullo al despedirnos —, y pregunten cómo se ha portado allí don Antonio Gálvez.»

COMENTARIOS DEL CAMINO. — Es objeto principal de este viaje visitar las escuelas que acaba de construir el Instituto de Previsión en Alcaudete de la Jara. El arquitecto, don Francisco Solana, estudioso y artista, siente también, más que simpatía, pasión por el tema de las escuelas. Pasión fría y contenida, porque la nueva generación es más discreta que la nuestra. Nos parece difícil de percibir el mecanismo mental y sentimental que mueve a estos pueblos a la acción. Torrijos, villa rica y grande, con más de cuatro mil habitantes, se conforma con dos malas escuelas unitarias: una de párvulos, del Ayuntamiento, y una de niñas. En cambio, los ochocientos vecinos de Ventas con Peña Aguilera tienen cuatro escuelas y han creado otras dos. Alcaudete construye. Y Talavera da el problema por resuelto. ¿Cómo? Ahora lo hemos de ver. Estos pueblos de los contornos, unos todo historia y otros todo labranza, creen que esto de la escuela es «cosa de chicos». Allá está Maqueda. El Bravo. Ese camino lleva a Illán de Vacas y a Cebolla. ¡Se llevarán poco! Pero ahora no podemos verlos. Hemos de estar a las doce en Talavera.

EL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN. — Y aquí andamos ya las animadas y populosas calles de Talavera, ciudad de tráfico que me recuerda la villa zamorana de Benavente. La historia no molesta ni estorba para fabricar y comerciar. Mercaderes, tra-

tantes y marchantes, aunque no sea día de ferial, terminan sus asuntos al pie de las torres mudéjares. Aquí hay por todas partes abundancia de testimonios históricos que siguen viviendo con los talaveranos de hoy, como si no hubiera pasado su tiempo hace muchos siglos. He reconocido en lo alto de un murallón una cigüeña que vi hace veinte años la primera vez que vine a Talavera, y que me sirvió para dar color a un discursillo de propaganda republicana. Podrá no ser la misma, pero estaba igual. Desde lo alto, en la paz de tejas arriba, poblada de golondrinas, vencejos y mosquitos, me ha parecido esta vez más fenicia que egipcia; su gesto es menos sacerdotal, más de fiel contraste y de inspector de mercados.

Pero atengámonos a lo nuestro, si es posible. Talavera ha llevado todas sus escuelas públicas, que son tres, al antiguo convento de San Agustín. Trece mil habitantes: tres clases, tres maestros para niños. ¡Ni uno más! Hay dos clases y dos maestras para las niñas. Este ex convento de San Agustín tiene todavía gran prestancia, como la mayor parte de los edificios de Talavera. Aquí fué donde vino a caer a manos de españoles don Benito San Juan, después de perdida la batalla de Somosierra. Quizá por este mismo portalón y por estos escalones gastados subieron a buscarle las turbas guiadas por un fraile que las azuzaba contra él, por mal patriota y por traidor. Yo creo que al general San Juan, valiente y honrado, le faltaron municiones. Pero le mataron, le arrastraron por las calles y le clavaron la mano de la espada con que se defendió en el tronco de un álamo. Estos escalones rechinarían entonces más que hoy, y el general se levantaría al oír tanto bullicio como se levanta el maestro que

dá clase en su celda al ver la invasión de unos visitantes desconocidos. Es un viejecito que no siente pasar el tiempo y sigue su trabajo, aunque ya es hora de salir. Lleva treinta años de servicio, y tiene la clase más saneada. Se llama don Miguel Moreno. Cuando se entera de que no venimos en pie de guerra vuelve a su labor, y los muchachos nos ven salir con ojos resignados.

Abajo están las otras dos aulas que, como todos los pisos bajos de Talavera, por las filtraciones del río, son húmedas. El piso de un jardín por un lado y de un patio por otro, está más alto que el de la escuela. Hasta en verano rezuman los zócalos. Y en invierno caen allí goteras antes de empezar a llover. Pero agréguese el habitual desamparo en que tienen los pueblos estas atenciones. Las ventanas no han visto cristales en todo el año. De Diciembre a Marzo la orilla del Tajo por esta parte es fría. La amplitud del local no sirve sino para extremar su frialdad y para hacerlo menos habitable. Un silo o una cisterna serían más adecuados. Aquí lucha valientemente don Francisco Fernández García, un buen maestro, que, a despecho de las circunstancias desfavorables, no pierde la fe. Reúne de cincuenta a sesenta niños, de los cuales más de uno anda kilómetro y medio para venir, porque no hay otra escuela en todo el contorno. Su compañero, don Ildefonso Rodríguez Paz, ve, como él, que no se les dan medios para sostener la competencia con decoro de la enseñanza del Estado. No tienen a quien acudir. Se sienten solos contra las fuerzas ciegas de la inercia y contra la cautelosa y constante labor de los intereses contrarios. Y, sin embargo, el convento de los agustinos es magnífico. Hay sitio para todo.

Hay tantas cosas, además, en el convento de San Agustín que es preciso venir a Talavera para ver nada semejante. Al lado está la iglesia de los agustinos, cerrada al culto desde la desamortización. Obra del siglo XVII, fastuosa, magnífica. El altar ha desaparecido, como todos los objetos, pinturas, esculturas y ornamentos que pudieron desprenderse de las paredes. Pero las paredes, hasta la cúpula, son todavía soberbias. Lo que sustituye al viejo altar es la tramoya de un teatro; el coro es la entrada general; la galería corrida son los palcos. La iglesia de los agustinos se convirtió en *Liceo*. Pero el *Liceo* no pudo sostenerse. Construidos cines y teatros, fué preciso cerrarlo también para ese nuevo culto. Por eso hay a la puerta un letrero que dice: «Almacén de maquinaria agrícola». Esta es Talavera. Esta es la sucesión de los tiempos. Desde luego, en el destino del templo, con su capilla, no media espíritu de lucro. Ha estado rentando una peseta diaria. Ahora, en época de carestía, parece que ha subido algo. Quizá dos cincuenta. Quizá tres pesetas.

AL «PARADOR DEL TIGRE». — Cruzamos Talavera y vamos a comer al «Parador del Tigre». Mantel blanco, aceitunas, vino de Yepes; servicio amable, con familiaridad y campechanía. Mucho color local. Arrieros, tratantes... Esto me parece más del color del suelo que las murallas romanas, las torres mudéjares y las cerámicas de la Virgen del Prado. De las culturas que pasan queda esto. Cuando el artificio de una civilización invasora va fatigándose, recae en esto que da el país. Talavera, cultura vieja... «Parador del Tigre.»

VII

ALCAUDETE DE LA JARA

SALIMOS del «Parador del Tigre» hacia Alcaudete por la vega del Tajo. Hemos visto antes la carnavalada que perpetran en aquella famosa alameda de la Virgen del Prado, incrustándola profusamente de cerámica industrial, recubriendo los bancos, sustituyendo tapias por verjas. Talavera es peligrosa siempre, pero más aún en el jardín talavereño, que no necesita disfrazarse de Talavera. El campo y la margen del río van a darnos su paisaje auténtico, con tonos y transparencias de la cerámica tradicional: azules, amarillos y ocres. Ancho descampado; largas leguas sin tropezar un alma ni un caserío. Cerca de Las Herencias empiezan las barrancas blancas, calesas y yesares. Luego el suelo empieza a encrespase, elevándose hacia la Jara.

Pero una Jara mansa, o amansada por innumerables cortas y roturaciones. La serranía frondosa e intrincada fué replegándose al Sur hace mucho tiempo; quizá nos encontremos con ella al desembocar en las Villuercas, por las gargantas del Guadalupejo. Aquí sólo vemos trigos, olivares, ribazos

de tierra pedregosa o erial con matojos, y, cuando pueden, con viñedos. Al llegar a Alcaudete, el cultivo va mejorando cada vez más. Destacan en la hondonada del Gévalo, entre colinas plantadas de oliyos, las erillas, rubias. Y apenas veo jara en los encinares. Alcaudete de la Jara conserva la expresión geográfica, y quizá, como testimonio de sus tiempos bravíos, una visible influencia serrana, de tipo extremeño. Había decaído en el siglo último; se arruinaban sus casas; iban despoblándose cortijos y labranzas. Ahora las comunicaciones y el espíritu emprendedor de sus habitantes le han hecho renacer. Este es el único pueblo de los contornos que ha sabido construirse sus escuelas, acudiendo a las favorables condiciones en que presta auxilio a los Concejos el Instituto de Previsión.

Aquí está lo interesante del viaje. Es penoso caminar entre tantas ilustres ruinas. Suscitan nuestro prurito de contradicción y llegamos a no creerlas gloriosas por el hecho de ser ruinas, porque a ningún pueblo honra ver su gloria convertida en polvo. En cambio, despierta esperanzas encontrar un deseo de mejora. Cuando subimos a la galería, la solana típica de estas nuevas escuelas, y vemos desde su risueña miranda un olivar maravilloso que trepa en grandes hileras lo alto de una loma, ¡tan serenas sus hojas de plata trémula a la luz del soll, ¡tan suntuosa la red verde bronce tendida sobre aquella tierra rojal, parece que ahora es cuando el pueblo ha conquistado el derecho a ostentar una iglesia gótica y una torre en ruinas, mora o quizá romana. La torre, en el jardín del señor cura, para hacerle soñar una abadía, noble, pero sin rentas; la iglesia, para esperar otra época de grandeza, si no se desploma, como se desplomó la cornisa de la

portada. Y las escuelas y los olivares, para el día de hoy y el de mañana, que no es poco.

He visto la escuela vieja de Alcaudete. Se sube a ella por la escalerita de un palomar, y es pintoresca, demasiado pintoresca; pero no peor que otras muchas escuelas toledanas, con su techo inclinado y sus vigas viejísimas, llenas de telarañas. Hoy se alzan ya, casi terminadas, las nuevas escuelas construídas por el Instituto de Previsión. Es el arquitecto Francisco Solana, hijo de don Ezequiel Solana, y por tanto, de apellido familiar a todo maestro español. El concurso de otro arquitecto joven y muy experto: el señor Sánchez Arcas, y la preocupación capital de reducir el coste, con arreglo a la modestia del Municipio y a las experiencias de la arquitectura local, dan a las escuelas de Alcaudete el interés de una prueba que, según mi opinión, no puede ser más favorable. Cuatro clases, dos para niños y otras dos para niñas, amplias, claras, alegres, bien orientadas; un pabellón de servicios, pozo, filtro y bomba; un gran cerramiento de hierro que comprende las escuelas y el patio de juegos, han costado, en total, cuarenta y siete mil pesetas. El Instituto ha facilitado la cantidad pignorando una lámina de bienes de propios. Conviene decirlo, llegando hasta el detalle, porque éste es el caso de muchos Ayuntamientos españoles, y la obra hecha por la Caja de Salamanca, así como la que ahora empieza en otras regiones, puede servirles de ejemplo. Alcaudete devolverá al Instituto la suma adelantada en el término de veintiocho años. No llega el total a cuatro mil pesetas anuales. Conviene también decir, con el debido elogio, que el terreno es donación de su propietaria, la señora de Mansi, y de su esposo, don Ga-

briel de la Puerta. Era un gran olivar, que todavía se extiende hasta la salida del pueblo.

Como estos problemas de coste mínimo tienen gran interés en toda España, no creo ocioso decir que aquí se ha ensayado, con buena fortuna, la construcción de tapial. Paredes maestras de tapial refrendado con fábrica de ladrillo en las esquinas, reducen considerablemente el precio. Si en alguna parte de la región toledana se va olvidando la buena tradición del alarife moro, que acaso mejorara tradiciones autóctonas, aquí y en toda Extremadura la recuerdan muy bien. Echan la tierra en un cofrado de madera, donde van tundiéndola y apretándola con mazo, hasta que «canta», según los albañiles líricos, o «bufa», según los realistas. Cuando la tierra da ese chasquido y termina el ligero hervor, ella misma dice que ya está bien prieta. El tapial de adobes parece más basto, y es, desde luego, menos sólido; pero éste vive siglos. Y aquí están las cifras de coste aproximado que nos interesa divulgar a cuantos deseamos dar facilidades para la construcción de escuelas: El metro cúbico de ladrillo cuesta unas sesenta pesetas. El metro cúbico de tapial cuesta unas ocho pesetas.

No basta — ya he hablado de ello otras veces — construir con el coste mínimo. Hace falta dar al edificio escolar una intención estética. Cumplir todos los requisitos, y además, que soporte la gran prueba del contraste con las casucas humildes de las aldeas y con la magnificencia de los antiguos monumentos de que está llena España. Este primer ensayo de Alcaudete, aprovechando algún elemento regional, aunque sólo sea en los materiales, irá, seguramente, más lejos. Un estudio de las localidades españolas, hecho en vivo, tendría gran interés

para ayudar a resolver problemas de construcción que hoy son casi problemas pedagógicos.

Al salir de Alcaudete nos detenemos un momento junto a la iglesia. La puerta está cerrada. Llega un bautizo, y mientras aparecen el párroco y el sacristán, forma corro en el atrio, alrededor de la madrina y del crío, una nube de chicos. Me acerco, ¡claro está! Nada de trajes pintorescos ni de color local. Modestia; pobreza, más bien; pana, crudillo, percal; algún pañizuelo de seda. «¡Vamos a ver! — les digo — . Los que vayáis a la escuela, ¡alzad la mano!» Levantan la mano dos chicos. «¿Nada más?» «Sí, señor; ésta también va algunas veces.» La niña no se atreve a alzar la mano como los dos muchachos, sino a la altura del hombro. Así, con un gesto, mide la asistencia. Pues bien: pronto podrán ir a la escuela todos los chicos de Alcaudete de la Jara, y si no van, no será por culpa del Concejo.

VIII

CAMINO DE GUADALUPE

LA NAVA DE RICOMALILLO

TODO buen viajero sabe que hay edificios avizores, vigías, que nos miran de arriba abajo, como nosotros, al pasar, los miramos a ellos. Aquí asoma de pronto, en medio del pueblo, una construcción personalísima, que aun sin la visita de escuelas nos hubiera obligado a detenernos en La Nava de Ricomalillo. El atrio, con tres columnas rechonchas pintadas de blanco, un campanario, con su esquilón, coronando el tejado, y dentro. . . ¿Qué habrá dentro? Mucho no puede haber, porque este gran edificio no tendrá diez metros en cuadro. Obra de pequeños cíclopes; y a pesar de su doble aspecto de templo — pagano por el atrio, cristiano por la torre —, de fábrica no eclesiástica, sino cívica. Es el Ayuntamiento.

Nosotros debemos aclarar también unas cuantas cosas. ¿Somos romeros de Guadalupe? Algunos vienen por la Jara, por la parte de Navahermosa; pero los verdaderos peregrinos no traen auto. Hay quien va andando veinte leguas, y aun más.

Mujeres, señoras, grandes damas, descalzas de pie y pierna, cumplen valientemente su voto a la Virgen de Guadalupe. La devoción es fuerte en toda Extremadura y llega a Andalucía, a tierra de Avila y hasta Salamanca. Por eso, el camino de Guadalupe no es el nuestro, sino la carretera de Trujillo. Son veredas extremeñas las que pueden llamarse hoy, víspera de la Virgen, senderos de la fe. Por mi parte, aun yendo al famoso Monasterio, ya se sabe que soy tan peregrino de Guadalupe como de la propia Nava de Ricomalillo. Si la carretera que traemos terminase aquí, daría asimismo por bien empleado el viaje. Estos cerros, estas casitas, en lo hondo; este aire de sierra brava que envuelve al pueblo y a sus pobladores, me atraen tanto como el camarín de la Virgen, su sagrario y su joyel.

Tesoros de historia, tesoros de arte... Por donde paso voy viendo que esta tierra ni los explota ni los guarda. Trigos, olivares, viñedos. ¡Eso sí! Mejor aún, jarales, chaparros, madroñeras; que, al fin, rinden algo para los pobres. Pero en cuanto sale de ese trabajo a medias con la Providencia, se le escurren entre los dedos todos los tesoros. Aquí veo un ejemplo más: Ricomalillo, según el vulgo de la Jara, fué «Rico Oro Amarillo». Hubo una mina de oro en el cerro de Jaeña, a tres kilómetros del lugar, donde todavía quedan restos de un caserío desierto. Sabiendo, por tradición, que la beneficiaron los romanos, no es difícil ver en estos montes, como en las Medulas del Sil, huellas de socavones, con los canales y las albercas de que se valían para decantar el metal. Los romanos fueron los españoles de estas Indias y aquí trajeron ya la fiebre, «la hambre del oro». «Entre todas las cosas duras y terribles que se pueden imaginar, lo es mucho más la

hambre del oro.» Así traducía a Plinio, Ambrosio de Morales, contemporáneo de los conquistadores. Pero esta fiebre dura y terrible la sienten los de fuera. Cuando los romanos, de grado o por fuerza, cesaron en la explotación, la mina quedó abandonada por muchos siglos. Habría jareños, seguramente, entre los aventureros de Hernán Cortés y de Pizarro. Aquí se contentaron las viejas con ir conservándoles la tradición. Hace unos setenta años, según dicen también en el lugar, vino una Compañía que trabajó la mina con bastante rendimiento. Pues bien: yo sostengo que aún queda oro. El abandono pudo obedecer a mil causas. Queda oro en La Nava de Ricomalillo, como quedan los mosaicos de Rielves bajo los terrones de un garbanzal.

Y ese templete macizo, achaparrado, quizá sea, en efecto, templo pagano. Quiero dar la vuelta y me encuentro con una sorpresa. Hay cierta puertecita por la que entro, encorvado. La mitad del templete es Concejo, pero la otra mitad, escuela. ¡Verdadera escuela montuna, serrana, jareña, con tres ventanitas enrejadas, carcelarias; el techo, inclinado, de jara, y el suelo de lajas de pizarra, que aquí abundan, y las llaman lanchas! Pero lo más típico de esta escuela son dos vigas, dos arbotantes, dos troncos curvos y nudosos, a manera de yugos o de horcas caudinas, bajo las cuales pasan los chicos y su maestro, quizá en memoria de la época colonial.

— Aquí vienen cuarenta o cincuenta niños — me dice don Roberto Acosta —. Son más; pero faltan algunos. De noche, junto sesenta y cinco adultos, sesenta y cinco hombres, ¡pásmese usted!, que no caben aquí ni de pie. Vienen con el mejor

deseo, porque esta gente quiere aprender; el pueblo crece, tiene ya autos de línea con Talavera. Y este pajar viene sirviendo de escuela hace noventa años. Por cada chico que había entonces, ahora hay diez. Y puede usted decir lo del pajar, porque así consta en un informe del inspector jefe, señor Lillo Rodelgo. ¡Un pajar! Cuando veo la sonrisa de los turistas que van a Guadalupe me dan ganas de quitar el escudo para que no se enteren de que esto es una escuela. Algunos meten las narices aquí, y al verme en la grillera, salen en seguida diciendo: «¡Pues hace falta humor!»

El pueblo tiene escaso término municipal. Tierra mísera. Ayuntamiento pobre. La escuela de niñas, instalada en el interior de una casa particular, sin luces, no ofrece el carácter rudo de la otra. La tarima, la balaustrada, la cruz escueta y severa tras de la mesa del maestro, la reja, la viga corva cruzando de pared a pared como la rama de un árbol seco. No olvidaré La Nava de Ricomalillo cuando haga la película de la escuela, aunque mejor serviría este local para reunión de carbonarios, o para despacho del *sheriff* en las luchas truculentas de los buscadores del oro.

Y ahora entramos en plena Sierra. El camino va ganando altura. Empezamos a tener idea de lo que fué la Jara cuando estas peñas aparecían entre bosques impenetrables de encinas y castaños, quejigos y robles, acebos y durillos. Todo eso, que también era oro, lo talaron y lo perdiéron poco a poco. A medida que avanzamos hacia el Puerto de San Vicente aparece, sobre el bronce de estos primeros montes arbolados, una cordillera de temerosas montañas calvas, de roca viva, cuyas cumbres no brillan porque no son nieve, sino ceniza. Largos kilómetros

de vueltas y revueltas, entre una imponente soledad. Si paramos en el Puerto se nos echará la noche encima, y el camino es largo y nuevo para nosotros. Ya hemos visto en un derrumbadero los ejes y las cuatro ruedas de un automóvil que acababa de despeñarse, él sólo, sin sus ocupantes, entretenidos en un manantial. Va llegando también el frío de las parameras, al mismo tiempo que el crepúsculo cuando embocamos el Puerto y divisamos el espléndido panorama de la otra vertiente, la del Guadiana. Estas grandes oleadas de montes vienen desde el Mediterráneo; y parece que, dominada la divisoria, sólo tenemos que bajar. Sin embargo, Guadalupe se defiende bien. La Sierra es intrincada. Es necesario subir más para cruzar las Villuercas. Casi de noche tenemos la visión espectral de un pueblo con su torre mocha, coronando unas lomas tristes: Alía. Cuando entramos en el camino de álamos y fresnos que bordea el Guadalupejo, suenan campanas, músicas y cohetes, y un hormiguero de peregrinantes va guiándonos hasta las puertas del Monasterio.

IX

GUADALUPE INCURSIÓN POR EXTREMADURA

1. EL IMÁN DEL MONASTERIO

NOCHE DE FERIA. — Todos los caminos, treinta leguas a la redonda, desembocan hoy en la plaza Mayor de Guadalupe. ¡Esto es una muchedumbre! Las muchedumbres de Nueva York, Madrid o Moscou se reclutan pronto; pero en las Villuercas, entre riscos y jaras, ya es obra difícil llenar de carros, coches y autos la cuesta de Trujillo y de romeros la plaza grande, con aquellas tres callejas en cruz que forman el ferial. Ver por primera vez el Monasterio con iluminación de romería que lo enrojece y empurpura, acaso sea indelicado. La portada de Santa Ana, sus puertas de bronce, sus torres al flanco; la escalinata, la fuente — memorias viejas, cada cual con una fecha y un recuerdo —, hubieran parecido mejor a su luz de todos los días. Pero el templo de Guadalupe fué hecho para llamar la devoción con magnificencia de santuario milagrero y de museo histórico triunfal. Sabe dar la cara, un poco arrebatada y arrebolada, como en noche de

fiesta, a los romeros de los pueblos, que así le encuentran bien. Las gradas de piedra están llenas de hombres, muchachos y mujeres, aguardando «los castillos», los fuegos de artificio. En la lonja, debajo de un toldo con los colores nacionales, se ha instalado una banda de música. Pregonan su mercancía tenderos y marchantes de la feria, forasteros todos. Y el río de peregrinos y feriantes pasa, con flujo y reflujo, es decir, con dos corrientes contrarias, simultáneas, que a veces se entrecruzan, impidiéndose el paso, sin otro objeto, probablemente, que pasar.

Son gentes de los pueblos. La muchedumbre de Guadalupe no podría congregarse en Madrid, ni en Nueva York, ni en ningún otro paraje del mundo. ¿En Rusia? Acaso en Rusia, por lo menos en la Rusia que imaginamos a través de los cuentos de *mujiks*, de sus danzas, cánticos, trajes y joyas. Colores que resisten el arrebol del Monasterio y que resistirán la luz del día con mayor gracia. Pañuelos — seda o crespón —, arracadas y pendientes de filigrana de oro. Cinturas finas. Caderas llenas. Y unas fisonomías infantiles, sobre todo en la expresión de los ojos, cuyo brillo es casto e ingenuo. ¿De dónde vendrán estas mozas que pasan en hileras, sin soltarse, riendo; con el pelo tan negro y brillante, las facciones ibéricas y el ojo de tórtola en que me parece ver una ligera inclinación oriental? Vienen de Castañar de Ibor. Al nombre le encuentro, como a ellas, no sé qué sabor ruso. Sus cortejos y acompañantes vienen también con traje de fiesta, calzón corto, zamarra, sombrero ancho y el lujo en la botonadura. Pero hay cien variedades locales, extremeñas, sin contar las de tierra de Avila, Salamanca y aun las de Andalucía. El pueblo

que se deja atraer por el imán del Monasterio es el más apegado a sus tradiciones, incluyendo en ellas el pensar y el vestir.

Por eso, sin duda, no asoma hoy por Guadalupe el turista. La oportunidad se le escapa. Fieles romeros, peregrinos de la clase media, llenan la hospedería, dispuesta con gran decoro por los franciscanos. Nosotros logramos alojarnos en una celda clásica, en los altos del claustro de la Botica. ¡Gran techo, de tracería mudéjar, y maderas sanas, que resisten siglos! Va adelantando, poco a poco, la restauración de estas dependencias abandonadas y arruinadas de un modo trágico. Al imán le faltaba su virtud. Ya no venía, con el favor del rey y de los grandes, el oro de las Indias. Los aventureros habían perdido la fe o la ventura, o ambas cosas. Sólo llegaba el buen pueblo, con sus pobres monedas de plata, y aun de calderilla, para las andas de la Virgen. Ahora se renueva la fuerza magnética. Es un Monasterio; pero también es monumento nacional y maravilloso Museo de arte. En el saloncito de la hospedería vuelven a juntarse familias bien acomodadas que han hecho su esfuerzo para no perder el día de la Virgen. Los frailes franciscos parten su pan con agrado y con provecho, y ese día tenemos la suerte de que presida la mesa un religioso erudito: el padre Villacampa, que escribe la historia de los artífices de Guadalupe, comenzando por los iluminadores, escribanos, imagineros y encuadernadores de libros corales. La piedad, la tradición, el arte, el turismo y el favor oficial van llegando hasta Guadalupe. Ya está asegurado el Monasterio; ya se salvó de la destrucción bárbara. Si tienen suerte en la restauración florecerá de nuevo el joyel de las Villuercas. Aho-

ra podemos volver al pueblo, y cuando sea oportuno nos informaremos del cuidado y de la protección que aquí dispensan a las escuelas. Junto al Monasterio de Guadalupe está el pueblo de Guadalupe. Yo no comprendo que se restaure ninguna tradición si al mismo tiempo no se comienza a refrescar y rejuvenecer la vieja cultura.

Volvemos a la plaza Mayor. Van a empezar los fuegos. Observo que esta muchedumbre es silenciosa. Cuando descansa la música van cerrando sus tenderetes los mercaderes y no suena el estampido de los cohetes; todo el ruido de esta multitud se lo sorbe el gran cielo estrellado. Es gente callada. En cualquier otra parte — Vizcaya, Sevilla, Valencia —, la noche de feria es toda bullicio y algazara; suena como rodaja de pandereta, y apenas hace falta la orquesta en el concertante. Observo también que la de aquí es sobria. Churros y buñuelos, con su olor y su humo de aceite frito; rosquillas duras, nueces y torrados. Poco vino, muy poca cerveza. Limonadas. Eso es todo. Muchos vecinos y vecinas de Guadalupe han sacado sillas y banquetas a la puerta de sus casas, calle abajo, hasta la salida del pueblo, y ven pasar la invasión. Cuando estalla la primera rueda del castillo y se llena de flores de fuego la plaza, casi nadie se mueve. Siguen impávidos, indiferentes. Ni vuelven la cabeza. Yo creo que no comercian con el feriante ni con el peregrino y se limitan a ser espectadores del beneficio, y acaso de la devoción ajena. Hay una plaza — la plazuela de los Tres Chorros — donde viene a remansarse toda la hostilidad de Guadalupe al bullicio de la tropa forastera. Casas pequeñas, de porches clásicos, balconadas anchas, ventanucas; todas ellas distintas, y, sin embargo, fundi-

das en una armonía inexplicable. En el centro del triángulo, la fuente. Una cruz de hierro, rematada por una lira, y en la lira una luz que arranca a los hilos de agua reflejos ágiles y cambiantes. El silencio quiere reposar allí, pero no le dejan. La vara de un cohete cae en el pilón de la fuente con un chisporroteo sordo. Un cuarterón de ventana se abre bajo el tejadillo de enfrente y vemos asomar un rostro borroso. ¿Es la bruja escondida o el hada buena de Guadalupe?

2. MAÑANA DE FIESTA

Hay quien duerme en el Monasterio de Guadalupe como un rey. Yo he dormido como un fraile; todavía mejor: como un hermano lego que se acomoda a las sábanas conventuales aunque sean de estameña. ¡Dios te conserve, lector, o te las dé si no las tuvieres, las dos felicidades que yo estimo más entre todos mis bienes de fortuna: dormir apenas cierro los ojos e interesarme por las cosas apenas los abro! Prefiero esta celda, junto al claustro en ruinas, con su escalera de tramoya, su piso inseguro y su aire un poco trágico de haber sido saqueada, incendiada y luego habilitada de improviso, a la hospedería de los grandes. Esta hospedería principesca, de gran ceremonia y «de gran turismo», se hizo con el caudal relicto de varios vecinos que fueron quemados por herejes. La nuestra, con doblones u ochavos de buenos cristianos viejos. Más modesta, pero menos inquietante para un hombre de escrúpulos. Por el balcón abierto ha entrado el estampido bárbaro de la gran traca final. Luego, un clamoreo. Luego, cantares. Los mozos cantan por-

que es la hora de ir de ronda. Luego el silencio y, con el silencio, el sueño; igual para mí que para los peregrinos y los feriantes que hemos visto echados en el suelo, en racimos, al aire libre; pero tapándose la cabeza con la manta.

El sol los habrá despertado antes que a los frailes, y, desde luego, antes que a nosotros. Sin embargo, hay que gozar la mañana, visitar la iglesia antes de que salga la Virgen de su camarín y recorrer los barrios altos de la Puebla. Lo más curioso del ferial son los puestos de hierros y cobres, trabajo de la tierra, de los lugares sin trampa ni malicia, bien forjado, bien martilleado: candiles; calderos y peroles del más bello y suntuoso color: oro viejo y oro amarillo; sartenes, trébedes; carlanclas para mastines; perrillos para sujetar el burro, calentadores de cama, grandes cuchillos triangulares de matanza, hachas... Hay también otros lugareños que venden monturas, avíos para el ganado, guarniciones, mantas y trebejos de labor. El comercio nuevo, no tradicional, se despega de la plaza Mayor de Guadalupe. Telas, calzado, baratijas y bisutería vulgar, vendidas por gentes vulgares. Pendientes, arracadas y botones del traje regional, no los veo. No es mercancía de feria: o yo no he sabido mirar bien. De vez en cuando pasa arriba y abajo, un tipo zafio, fosco, de aldeano cerril, exhibiendo sobre un asno la más desdichada y lamentable criatura, cuyos huesos apenas conservan forma humana y que ha sido conducida aquí como una de las explotaciones de la feria. La muchedumbre de ayer va y viene; pero gran parte de ella ha entrado en el templo. Es hora ya de acompañarles en su peregrinación.

Tan soberbio y magnífico es el templo, que aun

no fundándose sobre esta soledad de las Villuercas, sería una maravilla. Todos cuantos hayan seguido esta Visita, no de Iglesias, sino de Escuelas, conocen bastante la tradición española para saber hasta dónde llega el valor del Monasterio de Guadalupe. Pero todos, cuál más, cuál menos, pueden comparar, oponer otras admiraciones. Esta sencilla multitud que vemos entrar hoy, en masa, por las puertas de bronce, y subir, deslumbrada, aplastada por tanta grandeza, las escaleras de la capilla de Santa Ana, llega como llegaría Gil, el vaquero de Cáceres, si, al volver por segunda vez al sitio en que buscando su res viva o muerta halló una aparición, se hubiera encontrado hecho el milagro del Monasterio. La protección de los reyes y su propósito, las aportaciones sucesivas desde el siglo XIV, el oro de América, la confluencia del arte oriental y occidental; el esfuerzo, esto es, el milagro lento, lo ve el turista leyéndolo en su guía. El peregrino, el romero de la Sierra, las mujeres de Navalvillar de Ibor y de otros riscos todavía más apartados, es decir, el pueblo, que ni leer sabe, tiene al asomarse a este mundo, tan superior a él, un vislumbre de lo que será su llegada al cielo. Las luces, los sones temerosos del órgano, las imágenes, las altas naves. . . Cuanto pudiera soñar él está realizado con creces, y desde ahora su idea de la divinidad quedará ligada a la devoción de Guadalupe.

He oído a un buen mejicano, poeta de entendimiento y de sentir, tan patriota y tan lleno de ternura por el indio como Luis A. Urbina, hablar de la pasión, transportada allá por el fraile y el soldado español hacia su Virgen de Guadalupe. En ese culto he unido los ritos nuevos y los antiguos. Alrededor de la Virgen morena, traída al cerro del Te-

peyac en su *ayate* de hilo, bailará las danzas rituales. Personificación de un poder mágico superior al de sus dioses terribles, ve en la imagen la divinidad protectora en su forma más bella. El cristianismo le llevó dos cosas que su religión no le daba: una, la esperanza; otra, la protección personal, no para su raza o su tribu, sino para él, para cada pobre indio en pie de igualdad; dominado y dominador. Danzas y cánticos primitivos de las razas indias en torno a la imagen, tan bizantina como azteca, comprueban que las raíces de la devoción habían prendido muy hondo. Yo he visto la procesión de la Virgen de Guadalupe alrededor del claustro mudéjar. El himno me pareció pobre. Pero, luego, vi arrodillarse a una mujer del pueblo y cantar su saeta como en Sevilla. Este es ya el canto sacro, pero tan humano que entabla diálogo con la Divinidad y le pide angustiosamente una respuesta. Si a esta fe, tan llena de sustancia dramática, personal, unimos el prestigio incomparable del templo, obra a la que concurren todas las artes, comprenderemos la huella que la visita a Guadalupe dejará labrada en esos cerebros y en esos corazones, ansiosos de recibir la única imprimación posible.

Fuera del templo, la animación es ahora mayor. Recorremos el atrio y la lonja donde la romería vuelve a tomar su aspecto de feria. Antes de abandonar el Monasterio subimos otra vez al claustro mudéjar. Cielo azul, para que destaquen más los tejadillos, el blanco de las paredes y de los arcos encalados, y los sayales pardos. ¡Ni una nubl! ¡Prohibidas las nubes! De pronto el azul se rasga y brota la nubecilla del último cohete. Cae como una flecha la vara que estarán aguardando los chicos en la plaza y la nubecilla se disipa. La fiesta religiosa

ha terminado. Los caminos de Guadalupe se llenan de autos, cochecillos, carros y tartanas que emprenden el viaje de regreso. Ahora volverá la Puebla de Guadalupe a su ser natural y podremos visitar sus escuelas.

GUADALUPE. — LA PUEBLA

3. AL QUEDARNOS SOLOS

SIGLO XIV. — Siempre le quedará algún peregrino al Monasterio de Guadalupe; pero supongámosle recluso en sus devociones, con lo cual el pueblo «vivirá su vida». ¿Sabe el lector dónde va, para vivir su vida, la Puebla de Guadalupe cuando se queda sola? Al siglo XIV. Las guías lo celebran. Nosotros también, a título de evocadores y reconstructores del pasado. Subimos al barrio alto; continuación del tipo castellano de villa montañesa que he visto en Calatañazor y en Miranda del Castañar. Viene de Santander esa construcción de porches y solanas; corre salpicada por las alturas de Burgos y Soria a la Sierra de Gredos; pero es muy distinto su desarrollo en villas prósperas, como Vinuesa y Candelario, o en villas decaídas, como Calatañazor y Guadalupe. Aquí logran el prodigio de conservar la Edad Media, con sus arrugas y sus lacras. Mientras se tenga en pie, viven dentro de ella. No hacen nada por sostenerla; pero si se hunde, respetan las ruinas. Cuando las piedras tienen cierta intención nobiliaria, o por lo menos de rancia hidalguía, su miseria conmueve. Hasta las piedras deben de saber en Guadalupe las coplas de Jorge Manrique.

Entre la grandeza deslumbradora del Monasterio y la humildad venerable de las casucas, ¿qué serán las escuelas? Nada. Menos que nada. Aunque tengamos disponible mucho tiempo, la visita se acaba en seguida, porque sólo hay una escuela de niños para los tres mil quinientos habitantes de Guadalupe. Un solo maestro, una sola maestra, dan enseñanza pública en lugar de tan esclarecido abo-lengo, y las dos clases están a la sombra de la Hospedería, en los bajos de una casita adosada al templo, que con la desamortización pasó a ser propiedad particular, y que ahora reclama el Estado para devolvérsela al Monasterio. Pero los cuartos bajos son aquí inhabitables por la humedad. Sólo tienen luces a una calle, y el aire que en esta lobreguez se respira es de calabozo. Los franciscanos han abierto una escuela, y es de suponer que estará mejor instalada y contará con mayores medios que la escuela pública, aunque la enseñanza de los maestros nacionales valga más. Esto es todo. No hay otra cosa en Guadalupe. Hace ochenta años tenía más población que hoy, y en plena desamortización, exclaustrados los frailes, la Puebla pagaba dos maestros, uno en propiedad y el otro como pasante. En la época de mayor florecimiento, esta villa tenía el colegio fundado a principios del XVI por el P. Juan de Azpeitia. En él se enseñaba gramática y canto. Hemos entrado en el soberbio claustro mudéjar, obra de moriscos. Hoy no se da enseñanza. Es el palacio del marqués de la Romana. Aquí comenzaron sus estudios el obispo Loaysa y el licenciado Gregorio López.

LA CASA DE GREGORIO LÓPEZ. — Desde la plaza Mayor a la plazuela de los Tres Chorros, va la calle principal de la Puebla; y a la entrada está la

casa del licenciado Gregorio López. No hay peregrinación a este lugar, aunque bien pudiera iniciarla, en memoria de uno de sus hombres más ilustres, la gente de toga. Oidor del Consejo de Indias con Carlos V y con Felipe II, llamado luego a presidirlo por voluntad del Rey, aquí fué donde recibió su mensaje, cuando ya estaba resuelto a terminar sus días sin buscar nuevo afán. Gregorio López era la ley frente a la aventura. El Consejo de Indias frente a los conquistadores de Indias. Extremeño, como Hernando Cortés y los Pizarro, veía pasar desde aquí los presentes y ex votos de América para el Monasterio, y conociendo bien a sus generosos paisanos, es posible que fuese con ellos más severo que la Virgen de Guadalupe. La casa es pequeña. Una portada audaz, donde el Renacimiento dejó admirable ejemplo de libertad en la interpretación del arte clásico. Un zaguán oscuro; un patizuelo donde ahora comen, sentados en escaños ante una mesita baja, los huéspedes del modesto propietario. Una escalerita que lleva a las dos o tres estancias de respeto, techadas de buenas vigas negras. Y a la salida — todo grande como el puño — la terraza más escueta que puede ostentar una casa de hombre de leyes en el siglo XVI. Este licenciado de Castilla, hecho a sostener su juicio contra los descubridores y contra el monarca si era preciso, cifraba su único fausto en el paisaje. Primero, los tejados pobres de la Puebla; luego, las Villuercas. Nido de cigüeñas y nido de águilas. Por otra galería se salió hasta hace poco tiempo al oratorio de enfrente, pasando el arco que cabalga sobre la calle. Todos los días lo cruzaba el licenciado Gregorio López, mientras le quedaron fuerzas. Hoy descansan sus restos en la entrada de la

capillada de Santa Ana, en el sitio más visible del templo.

LA CASA DE ZENOBIA — Está la casa de Zenobia en la misma plazuela típica, nombrada ya dos veces: en la plazuela de los Tres Chorros; es decir, en el verdadero corazón de la Puebla. Desde el zaguán hasta el sobrado, todo tiene en esa casa su sitio. Blanquean las canteras, relucen cazos, peroles y sartenes. El enlucido se hace dos veces al año, y las paredes son tan blancas como el mantel y como las cortinas que ocultan las alcobas. Porque hemos abierto la puerta bajera de la casa y la hemos invadido sólo para saber si es verdad que está viva y que no es un telón de fondo, practicable, como una decoración de villa medieval. Sí. Estas casas viven. Hallaremos alguna vez, como en toda morada de vida, el dolor. Viven, soñolientas, quizá; rechinan sus maderas, al viento, como las cuadernas de un barco viejo. En casa de Zenobia Guerrero, la limpieza y el orden son ya media vida. Tienen unas colmenas, unos castaños. Quizá los hombres hayan ido al campo, pero no veo señal de su existencia: «Sabe usted. . . También nos arreglamos con unas suertes de tierra, que las tenemos olivadas.» Un silencio discreto reina en la casa de Zenobia, como en toda la plaza de los Tres Chorros y en todas las casas de la Puebla. Luchar con esta Sierra áspera y domar los picachos de las Villuercas, exigiría mucho trabajo y dejan que toda la energía afluya al Monasterio.

X

MÁS PUEBLOS TOLEDANOS

MAQUEDA, CON SU CASTILLO

EXTREMADURA nos atrae; pero hay mucho que hacer en Toledo. Nunca me hubiera perdonado si pasara dos veces ante el castillo de Maqueda, a la ida y a la vuelta, sin detenerme en el lugar. Estos pueblos, aplastados por su castillo en ruina, merecen un alma compasiva que sepa desentenderse de lo pintoresco y reducir a su papel al gran fantasmón medieval, torreado y almenado. ¡Si yo tuviera la suerte de desencantar a Maqueda!

Maqueda vive. El castillo está muerto. Se sostiene en pie por un resto de orgullo. Yo empujé la soberbia cancela de hierro que anduvo enmoheciéndose por el suelo muchos años y ahora vuelve a girar sobre sus goznes; me asomé al patio de armas; entré en las galerías... Puedo asegurar que está bien muerto. Me dijeron que alguna vez sirve para encerrar las ovejas de don Celso. Los muros de un castillo, como las tapias de un cementerio abandonado, valen para poco; éste, sin embargo, podría guardar reses bravas, porque la argamasa es

fortísima. En cambio, el pueblo de Maqueda está vivo — ahora veremos cómo vive —. Entonces, ¿qué razón hay para que el castillo lo sea todo y el pueblo nada? Sólo él sale a dar la cara al pasajero, mirándole desde lo alto, amarillo como la tierra, sobre un cerrete que parece haberse construido él mismo. Al pasajero le impone respeto tanta fiereza y no llega a Maqueda.

Nosotros, sí. Todo lo hallamos en ruinas. La villa histórica va convirtiéndose, poco a poco, en polvo, como su baluarte. Las piedras se cayeron. Tres iglesias parroquiales han desaparecido. Sólo queda en pie Santa María de los Alcázares. Hubo un convento, un gran hospital, fundaciones piadosas, colegio. Columnas romanas que sirvieron para templos góticos han sido aventadas otra vez por esta gran catástrofe que es el Tiempo. El Tiempo en Maqueda trabaja muy aprisa.

Y las buenas gentes que allí viven parece como si no contaran con él. Llegamos al mediodía. Las muchachas llevan sus cántaros a una fuente de piedra, cubierta; la fuente más bella que yo he visto en pueblos castellanos. Deberíamos resguardarnos allí, a la sombra; pero entonces corríamos el riesgo de quedar convertidos en piedras, como ocurre en todos los desencantamientos. Para recordárnoslo, salen en tropel de una puertecita en la misma plaza unos cuantos chiquillos. Aquí está el señor maestro. Aquí está su escuela. ¿Necesitaré describirla? Es tal como el lector la imagina. Llega el aire muerto del castillo, de los templos desaparecidos, de las casas solariegas que no dejaron ni vestigio, y todo ese ambiente de mazmorra no encuentra sitio mejor para pararse que la pobre escuela. Abrumados por la responsabilidad de tanta gran-

deza destruída, los muchachos no van. Podría reunir el maestro una treintena de discípulos; pero muchos meses no pasan de doce sus apóstoles. ¿Qué aliciente les ofrecen las letras, el catecismo y las cuatro reglas, a los hijos de Maqueda?

Doce o treinta, o los que fueren, estos muchachos nos obligan a no ver la noble villa de Maqueda como una nota cruda de tierra caliente en la que destaca un fantasma. El prejuicio del cuadro castellano puede hacernos compadecer un país desolado, pobre, que perdió su alma de guerrero y no supo encontrarse otra. Pero todo eso no es Historia, sino historias, cuentos para distraer a los viajeros por la España convencional. La tierra de Maqueda es riquísima. Tiene la soledad y adustez de los campos de cereal, sin arboledas ni caseríos; y ahora, en otoño, sólo se viste de rastrojos, es decir, de harapos. Pero el trigo de Maqueda es el de más peso de España, y, por consiguiente, de Europa. Siempre se da bien, y hay años de cosechas enormes. Un término inmenso, glebas fértiles. ¿Será que el pueblo no trabaja? Los hombres de Maqueda son buenos labriegos. Conocen bien el secano; saben llevar la reja honda; madrugan, cuidan el ganado; su sobriedad, como en toda esta tierra de Toledo, les asegura un rendimiento normal. Pero, ¿de qué les vale? Las cosechas no son para ellos ni para Maqueda. Hay un gran propietario. Otro, u otros dos, con cultivos menores. Luego, unos cuantos, muy pocos, labradores de una o de dos pares de mulas. Los demás, a jornal.

Si la idea da riqueza, tiene valor estético y en cierto modo influye sobre nuestra estimación por el paisaje, desechemos el lugar común de la Castilla pobre y monótona. El trigo es oro, no sólo en

la metáfora consagrada por el uso de todas las generaciones. Maqueda vive rodeada de un mar de oro. Ella lo mete en sus graneros, un año y otro año, y el mar no se agotará nunca. Pero al oír cómo hablan los jornaleros de Maqueda, yo he llegado a crear un ser mítico, sobrenatural y todopoderoso, al cual llamo «Don Celso», sin saber si, efectivamente, ese es su nombre. El oro del mar de Maqueda es para don Celso. Todos los niños de la escuela, cuyo destino llegue a cuajarse, como el grano en la espiga, trabajarán para don Celso. Su trabajo, que es oro también, don Celso lo cosechará. Yo imagino, aunque no sea exactamente la verdad, que el castillo es también de don Celso; acaso don Celso mismo, hecho piedra y argamasa cristiana o mora, y que el maleficio no cesará mientras la piedra no se humanice y deje de gravitar sobre la villa de Maqueda.

XI

RIBERAS DEL TAJO

ILLÁN DE VACAS. — CEBOLLA

Si buscamos un pueblo nuevo, próspero, con menos abolengo, pero con más brío, aunque sea pueblo improvisado, «nuevo rico», lo encontraremos en la Sagra; pero no estará mal llegar a la vega del Tajo y probar fortuna donde el río no corre ya encajonado como en Toledo, sino que se dilata en grandes llanuras, entreteniéndose en regar huertas y crear macizos de arboleda. Este viaje sólo nos detenemos en Val de Santo Domingo. Aquí hay proyectos. Quieren arreglar una antigua bodega, pajar o cuadra — de todo tiene el edificio — para convertirlo en escuelas. Mejor sería hacerlas de nueva planta. La tierra es fértil. Grandes rebaños de ovejas cruzan por las cañadas. Cuando los franceses del año 10, que venían hambrientos, después de Talavera, se encontraban uno de estos ejércitos de carneros, llegaron hasta cortar, por capricho, cuartos de carne, en vivo. Los pobres animales huían sobre tres patas, para morir un poco más lejos. Así lo cuenta en sus Memorias un oficial

francés que hizo la guerra de España: el guardia de *corps* Naylies. Disculpaba su bárbara crueldad diciendo que eran soldados y que traían hambre. Algo semejante hizo el fray Ginepro de las «Florecillas» de San Francisco, que con un cuchillo de cocina, y con fervor de espíritu, alcanzó a un puerco en la foresta y le cortó un pie. Pero ello era en servicio de Dios, por hacer caridad a un hermano, enfermo, que deseaba pie de puerco. La soldadesca francesa no lo hacía sólo en servicio del Emperador, sino por responder a la abundancia de esta vega del Tajo, capaz de ofrecerla rebaños de veinte mil cabezas.

Separándonos del camino de Talavera bajamos hacia el río, por campos solitarios, aunque de buena tierra, y cruzamos la vía por Illán de Vacas. Pueblo imperturbable, a través de los siglos. Mientras crecen Lucillos y Montearagón, Illán de Vacas no pasa de sus cien habitantes. Tiene estación. Ha hecho una escuelita para niños y niñas, que rige una maestra. Con aquel término tan bien cultivado y tan feraz, cada uno de esos veinte o veinticinco vecinos debería ser un príncipe. Sin embargo, no lo parece. Casas pobres, bien enlucidas. Vida rudimentaria, como en un cortijo. Tal supongo que será Illán de Vacas, sitio ideal para un ensayo de colonia agrícola.

Olivares, trigales, encinares. Llega uno de esos pueblos grandes que prolongan su término hasta la misma orilla del río y que por muy diversos detalles revelan abundancia y bienestar. Cebolla, como su nombre, es fruto de huerta. Cuenta cerca de tres mil habitantes. El olivo deja enormes beneficios a grandes propietarios; son muchos los jornaleros, lo cual quiere decir que no todo es color de rosa en

esta ribera del Tajo; pero en conjunto, el pueblo es rico.

Por la calle principal del pueblo baja hasta la plaza del Concejo, presidida por el soberbio palacio de Estremera, un arroyo a cuyo riego crecen los olmos más robustos y frondosos de toda Castilla. Allí están las escuelas. Una de niños; otra de niñas. La de niños es una especie de corredor, largo y estrecho, con escasa luz. El maestro, don Servando Honorio, tiene noventa y nueve chicos matriculados. En los tres años que lleva en el pueblo ha llegado a reunir en ese local, alguna vez, hasta ciento cuarenta. Esa es también la cifra de matrícula que me enseña la maestra: ciento cuarenta niñas. Su clase es peor aún. Más pequeña, más oscura, más pobre; sin salida al patio, ocupado ahora por no sé qué servicio municipal. Este arroyo, que ahora nos ofrece a la sombra de los olmos un buen paisaje de la Lorena, tiene arrebatos — «prontos», como dicen aquí — una o dos veces al año. La plaza se inunda. Toda la parte baja del cauce queda convertida en una laguna, donde se remansa la riada. Entonces, el agua empieza a entrar en la escuela, y como la puerta cae del lado de la corriente, es preciso sacar a las niñas por donde se puede: por una ventana. Pero, aun sin estos episodios pintorescos, las escuelas no sirven ni para Illán de Vacas.

Como se ve, puede progresar económicamente la vega del Tajo y tener hoy las mismas escuelas que durante la guerra de la Independencia. La visita a Cebolla nos ha defraudado. Quizá la única persona que hubiera podido estimular al pueblo no vive ya. Era un antiguo compañero de estudios. Dejaré aquí escrito su nombre en recuerdo de los años

de infancia y juventud: el colegio ciceroniano, de Valderrama y García Bris y la Universidad: se llamaba Valentín Fernández de la Peña. Con él hubiéramos ido confiados, en busca del alcalde, a proponerle un plan de construcción de escuelas. Luego habríamos llegado hasta la presa para visitar aquel molinero que nos asaba las truchas, a la manera vasca, envolviéndolas en una hoja de higuera, mientras él se las comía crudas, con vino de Yepes. Por allí viene el río muy ancho y en la presa todavía se remansa más, dando una gran vuelta y cayendo al sesgo en un escalón de espuma. Rodean la aceña los álamos del soto ducal, que se extiende a una y otra margen muchos kilómetros del curso del Tajo. Este es el buen río de Garcilaso con aguas cristalinas y árboles que se están mirando en ellas; el Padre Tajo, que por otras riberas pasa díscolo y malhumorado. Pero ya no sale a recibirnos con sus ojillos menudos, su pelo crespo, de cepillo, y sus grandes mostachos, don Valentín. Todo ha cambiado. El molino es otro. Quizá el molinero también. Vale más suspender aquí el viaje, sin llegar al soto del duque de Arión, y volvernos por la carretera de Toledo.

XII

LA SAGRA TOLEDANA

ILLESCAS. — UGENA, SIN TORRES

BARAJADOS andan los pueblos de esta Sagra, unos pobres, otros ricos; unos, que vinieron a menos; otros, florecientes y prósperos. Todos conservan el aire de familia, en buena o mala fortuna. Todos son agro, tierra de pan llevar, gleba; y, para nuestro viaje, todos se parecen demasiado. Cabañas, Yuncos, Yuncler. . . Casas de labradores, tapial con altas bardas y puerta falsa, recia, ancha, por donde pueden entrar carros de varales, cargados de paja. El Calvario al llegar; una gran plaza, donde corren toros, en ferias — Lominchar, Villaseca, Mocejón —. Pocos árboles. Escuelitas humildes. Maestros resignados. Pueblos a la pata la llana, sin categorías, como no se funden en la renta — Cedillo, Carranque —. Gentes que se lo saben todo y no necesitan estudios. Pero no hace falta nueva descripción. Esta Sagra penetra en Madrid por la Puerta de Toledo. Tiene aquí sus posadas. Como extensión del cerco de Madrid, la conoce el lector que haya ido siguiendo la «Visita de Escuelas».

— ¡Color, amigo Bello, color! — me dice un compañero en letras — . Su trabajo no puede salvarse sino en lo que tenga de pintoresco un viaje por España — . Pues bien; al acercarme a esta tierra familiar, comprendo que aquí, no sólo huelga la nota de color, sino que sería inadecuada y cruel. Mi propósito se cumplirá mejor yendo derecho al fondo del alma y no al color de estos pueblos. Al maestro de un lugar de la Sagra le he oído repetir la terrible frase de un vecino a quien amonestaba por las faltas de asistencia de su hijo: «¡Que falta, que falta! ¡Déjele usted al chico andar suelto! Cuando vaya a presidio, tiempo tiene de estar encerrado». El color es brutal. Prefiero velarlo y romper su crudeza, descomponiéndolo; examinar los motivos de esa expresión bárbara, tan amarga, que más parece una blasfemia y un principio de rebeldía. Todos estos lugares me ofrecen, junto al color que busco, otros complementarios. «Ha pasado usted por Guadalupe — me reprocha otro amigo — sin hablar de los paños.» Es verdad. Y sin hablar del Monasterio. Es demasiado grande, y la escuela demasiado chica. Una sola de esas telas bordadas, la peor, bastaría para construir otra escuela. En Guadalupe, la grandeza del templo y el fervor de los fieles sólo me sirven para destacar la miseria de la escuela y el abandono en que la deja el pueblo. Contrasto los dos valores. Quizá para alguien sea esto una mera nota de color. Para mí, es una vergüenza.

En Illescas podría detenernos y compensarnos de otras reflexiones el Greco. Pero ¿qué ha puesto de su parte Illescas — la Illescas de hoy, con todos sus Infanzones — en la obra del Greco? Si naciera hoy aquí el Greco de mañana, Illescas no ten-

dría sitio que darle en la escuela. Tan pobre es, que necesitamos olvidar su historia y recorrer otra vez la villa para encontrar las proporciones justas de las cosas. La Illescas del XVI y del XVII se mantiene aún en la Caridad. Queda en pie, con otros restos más venerables, alguna modestísima construcción de tipo castellano, con la galería cegada y un escudo sobre el dintel; pero entre la Sagra y Madrid, entre las tierras de labor y el camino de la Corte, Illescas fué perdiendo carácter. Hoy resucita poco a poco. Volverá a ganarles ventaja a otros lugares suyos, que se le adelantaron: Esquivias, Valmojado, Añover de Tajo, Borox. Pero necesita un gran esfuerzo.

Y ahora vamos a echarnos fuera del camino, en el Ford de un fotógrafo toledano que se atreve a ir poco menos que a campo traviesa, no al lugar, sino a la villa de Ugena, la de las cuatro torres. Pablo Rodríguez es el artista que nos lleva, con la audacia de su profesión, dando tumbos, metiéndose en los surcos, bordeando los olivos, por esta senda o pista vecinal que, en tantos siglos de comercio diario, ni Ugena ni Illescas intentaron siquiera arrecifar. Los relejes nos guían y el trayecto es corto. Tierras fuertes. En cambio, soberbios olivares, mullidos, frondosos, no en guerrilla, sino como un gran ejército entre pueblo y pueblo. Pronto se llega a las tapias del palacio de Ugena y a la arboleda de su parque. Sin duda por este macizo de verdor, raro en la Sagra, dijo el benemérito Ponz, al mirar hacia Ugena desde el camino de Toledo: «Pueblo, a lo que se ve, frondoso de árboles, según lo que aquí se usa». Damos vuelta a la tapia, rui-nosa en muchos sitios, subimos la cuestecita de la fuente y entramos en Ugena.

Es decir: entramos en las ruinas de Ugena. El palacio está derruido. No hay torres. Esto, que era el orgullo de Ugena, queda para el cantar y para un contratista de cascote. Meditar sobre las ruinas de Itálica, ¡gran dolor!, y por su misma hondura, ¡gran consuelo! ¡Pero meditar sobre las ruinas de Ugena, meditación barroca, de vuelo bajo como el palacete! Cada piedra, cada capitel del anfiteatro de Mérida, encierra el germen de una reconstrucción. ¿A quién interesará, en cambio, reconstruir las torres de Ugena? Mayor es la ruina, más profunda, más irreparable. Queda el parque, con su huerta, pero también está abandonado. Los olivos se pierden. Los gorriones triunfan. Uvas, olivas y frutales son para ellos. Hace pocos años este edificio hubiera podido ser Ayuntamiento y escuela. No lo quiso el pueblo.

La escuela, cerca de la iglesia, frente a las ruinas del palacio condal, viene a ser como el hueco de una escalera que sube, no sé dónde, a un sobrado. Pobre menaje, pobre techo, pobres paredes. La maestría brega con niños y niñas en un ambiente de sordidez inimaginable. Diríase que todo esto quiere convertirse en polvo, como el palacio de enfrente, y que cada átomo empieza a desprenderse de sus compañeros. Cuando doña Lucía empieza a contar sus esperanzas — una mejora de local, un arreglo para trasladar su escuela a un piso alto —, asoma en la puerta un hombre de expresión vacilante que nos escucha. «No puede entendernos el desdichado» — dice la maestra —. Es el tonto del pueblo. — Al cerrar la puerta veo un gran cartel que recuerda a los vecinos de Ugena sus deberes cívicos. ¿Qué les llevamos? ¿Dónde está nuestra ayuda? ¿Cómo cumplimos nuestros

deberes con ellos? Entramos en la iglesia. San Román quiere enseñarnos una maravillosa pila bautismal, último resto de su patrimonio artístico. En efecto, la pila de cristianar de cerámica, originalísima, está rota. Han abierto un boquete que la inutiliza y han desaparecido los pedazos. — San Román sube al órgano y empieza a entonar el Miserere.

XIII

OTRO LUGAR, QUE LE DICEN CARRANQUE

MEDIA legua de Ugena, por pésimo camino, está un lugar que le dicen Carranque. ¡Juraría que el lector y yo hemos visto Carranque antes de ahora, en otro viaje o en otra vida! Estas son las Eras. Esta, la calle de las Cadenas. . . Por aquí se entra a la rinconada de la iglesia. Sin preguntar a nadie, damos con el Ayuntamiento; y, abajo, ya se sabe, junto al calabozo, encontramos la escuela. Todo ello nos ofrece, con su aire mustio, las sorpresas de una amistad antigua, olvidada y vuelta a explorar. «¡Ya ves — murmuran al oído estas cosas humildes —, estamos como siempre! ¡Ni mejor ni peor! Las escuelas son para los chicos, y los chicos vienen tan contentos.» Es verdad. Pero estar ni mejor ni peor que hace cuarenta años, no es estar muy bien.

Los chicos van a la escuela de estos lugares tan contentos. Tan «campantes», dicen aquí. Un chico campea en cualquier parte. Si la escuela de Carranque fuera cien mil veces peor; si en vez de esos dos o tres ventanos vieran sólo una claraboya, y en lugar del solado de madera apolillada y arratonada,

fuera el piso de yeso; si no tuvieran cristales las vidrieras y llegase a entrarles el agua por los borregués, los chicos seguirían tañ campanes. En cualquier edad de la vida, «Dios no nos dé tanto mal como podemos sufrir», según la frase lugareña; pero un niño ni siquiera sufre, o no se entera de que sufre, y, sobre todo, no se queja. Su resistencia es gigantesca; y quizá no me exprese bien, porque un gigante sucumbiría donde ellos campan.

Los chicos saben defenderse de muchas maneras. Cuando la escuela es mala, ayudan al maestro a hacerla buena, y cuando no pueden lograrlo, entre todos, se limitan a estar. Algo aprenderán; pero lo importante es salir: «Y tú, ¿qué haces en la escuela?» «Pues aguardar a que salgamos.» Esto, que parece chascarrillo, resume un sistema de adaptación. El pueblo y el campo les aguardan. Hacen todavía más: entran por las rendijas. El pueblo y el campo les ofrecen una escuela inmensa al aire libre, llena de lecciones de cosas, con infinitas reglas, con métodos y hasta con tradición. Tienen sus trabajos; sus juegos. Todo ello les sirve de espléndido e inagotable material de enseñanza.

Glicerio. Társila. Zoilo. Clarencio. Amancio. Domitila. . . Estos nombres del santoral romano, tan armoniosos, suenan por las calles de Carranque, desde el Ejido y el Chorrillo al camino de Batres. Fué, sin duda, un párroco de cultura grecolatina quien bautizó a los muchachos de la Sagra con sal del Lacio. Nos obstinamos en buscarles genealogía ibera, vetónica y, en horas de mal humor, bereber. Pero algo queda del agro romano. Zoilo, Clarencio, Amancio, conocen la rotación de los juegos, según las estaciones. Ahora habrán arrinconado ya el peón — la peonza — con su cuerda, y empezarán a

jugar al clavoteo. Tienen la ciencia mágica, muy antigua, de convertir huesos, piedras y troncos en seres animados. Las tabas — los astrágalos del cordero — les valen para jugar y para aprender todo lo que necesita un carranqueño si ha de ser buen boyero, buen gañán, buen mulero y hasta buen labrador. Con una navajilla — todos tienen su navaja desde muy chicos — fabrican el yugo y uncen dos tabas. En cualquier parte podrán entender bien las suertes de «carne, chuca y taba»; pero sólo en estos pueblos labradores se puede jugar un crío un par de bueyes. Hacen los carros de varales, sin que venga a enseñarles don Saturio, el maestro, que con sus letras y sus números les aparta un poco de su cultura, sencilla y primitiva, pero muy sabia.

Cuando la escuela es más pobre y el maestro debe atender a setenta u ochenta alumnos, con lo cual llega a cada uno una leve partícula del Espíritu Santo; cuando el esfuerzo de un hombre apenas basta para enseñarles a leer y escribir, y los mejores se le van, porque sus familias necesitan medio jornal; cuando el maestro se siente más solo, sin ayuda de nadie y empieza a notar cansancio de la voluntad, es cuando el pueblo y el campo ganan más terreno dentro de la escuela. Ha terminado la vendimia. La uva está en el lagar. Es tiempo de pisar el vino. Pero pronto vendrá Nochebuena: la matanza, las empanadillas, el moscatel. Siempre habrá algo que mantenga viva su ilusión, porque el mañana no viene con las manos vacías, sino que les traerá rosas de harina, núzulas, palomitas de pan caliente, con anís. Están los nidos en los surcos. Luego el campo verdea; brotan las amapolas. ¡Hay tantas cosas que hacer en el campo cuando llega la primavera! Todo es festejo y espectáculo. Hasta la

llegada del carro del ordinario, sin hablar de los zingaros y de los volatineros. El verano es todavía mejor. Está la trilla. Se sale de viaje con el padre a comprar vacas en la feria de Torrijos o en Talavera. Veinte generaciones de tratantes han creado el tipo del espolique, de piernas de acero, que irá siguiendo leguas y leguas el paso largo de vuestro caballo y llegará fresco, sin jadear. Esta es su gimnasia. Este, el campo de juegos de la escuela. Pero la escuela queda, como veis, reducida a bien poco. Es más bien el cuarto oscuro de ese campo de juegos que llega hasta Serranillos y Ugena, hasta El Viso, Cedillo y la ribera del Guadarrama.



UNA VUELTA POR SORIA

I

LA ANTESALA: TORRALBA DEL MORAL

TORRALBA. Antesala de Soria. Tres horas de parada y fonda. Pero tres horas terribles, porque la estación desafía todos los vientos de Sierra Ministra, que unos cuantos pasos más arriba, en la misma paramera, alza sus lomas calvas a mil trescientos metros. ¡Torralba del Moral, o de Medina! Nombre demasiado sonoro para tan poca cosa. Si es antesala de Soria, no será por culpa de Soria, que tendría mucho gusto en librar a sus visitas de tan cruel espera. Aquí — es curioso — la antesala que vamos a sufrir nos la imponemos nosotros, los de fuera, que abandonamos a Soria. Soria es la que padece más con tenernos aquí a media noche, de tren a tren.

En la fondita hay estufa, café caliente, buena leche serrana y mucho humo. Hay también la franqueza de preguntarse unos a otros: «¿Usted se quedará en Almazán?» Y de enterarse del viaje que traemos, como nos enteramos del suyo. A la misma mesa de mármol blanco — que da frío — se sientan

seis u ocho campesinos de blusa azul oscura o negra, boina calada, tipo recio y nudoso, aunque pequeño. No son tratantes en ganado, como suponíamos; son lo que aquí llaman — no es ofensa — *cagarraches*. Salen en Octubre de todos estos pueblos y van a recoger aceituna y a trabajar en los molinos de Andalucía. Vuelven ahora, de Abril a Mayo, tras una campaña muy dura, pues las faenas más penosas se las dejan a los sorianos. Pero traen ahorrillos, y durante el invierno no han hecho gasto en casa, que son dos ganancias. Con ellos va *el capitán* a su cargo y dirigiendo las contratas. No sirve cualquiera para capitán de *cagarraches*. Ha de ser hombre formal, agudo, y este que vemos aquí habla poco, pero siempre con mucho tino, sin perder su aplomo y sin exagerar, porque no hace falta, el aire de mando.

Pero — lo confieso — se acaba el interés por estos compañeros de viaje antes que las tres horas. Es noche cerrada. Sopla un viento de escarcha. No conviene asomarse ni siquiera al andén. De otra manera, yo habría aprovechado el tiempo visitando la escuela de Torralba, pues cae ya dentro de la provincia de Soria, objeto de esta breve excursión. Es un pórtico humilde que veremos, a la vuelta, de día, ya que al salir aguardamos otras tres horas, desde las doce a las tres de la tarde.

En efecto: adelanto ahora que he entrado en Torralba del Moral, a la vuelta. Quizá nuestros amigos de Soria hubieran querido evitarme la impresión desconcertante de un pueblo, cabeza de línea — el ferrocarril se llama «de Torralba a Soria» —, que, por serlo, debería tener gran importancia, y que, sin embargo, vive tan lejano del mundo como las Brañas de Leitariegos. Pero son cuatro

casas. No llega a cien habitantes. Cruzando la vía, hay dos caminos para ir desde la estación al pueblo: uno, muy breve y cómodo, para peatones; otro, que da un rodeo, y, por ser camino de carros, está maltratado y deshecho. Como es natural, acerté a ir por el último, pisando una tierra blanda, roja y resbaladiza, y nunca llegué a imaginar la cantidad de barro que puede adherirse en diez minutos a las botas de un hombre testarudo que se empeña en no volver pie atrás. Lo primero del pueblo es la fuente pública, con lavadero; luego, una callejuela en cuesta, de casas muy bajas y muy pobres; luego una plaza: la iglesita a un lado, la escuela enfrente... Y nada más. Si usted da una voz fuerte — cuando no haga viento — en medio de esa plazoleta, le oye todo el pueblo. Si usted cuenta un secreto a un amigo íntimo nada más, lo sabe, de golpe, todo el pueblo. No me sorprende, por lo tanto, que al preguntar por don Leandro, el maestro, me dijeran que ya no estaba, que se había ido. ¿Por qué? «Por incompatibilidad con el vecindario.»

Pero en Torralba hay un maestro interino. Su casa, su familia y su porte son como de Torralba; porque este maestro, don Antonio Atienza López, es de los últimos con certificado de aptitud; estuvo antes en el pueblo de maestro en propiedad tres años, y cuando sobrevino la cesantía colectiva prefirió quedarse en Torralba, aunque fuese para vender periódicos en el puesto de la estación. Este drama de los maestros, con certificado de aptitud, sangra y clama al cielo, sin que nadie se preocupe. Son muy pocos. Hay entre ellos algunos útiles, competentes, buenos maestros. ¿Por qué no utilizarlos cuando están buscándose arbitrios para crear maestros de la nada?

— Póngasenos a prueba — dice Atienza — . No serviremos para explicar en una Normal; pero denme ustedes una escuela y unos niños y ya verán si sé enseñarles.

— Pero usted ya tiene su escuela.

— Interina. . . Y ahora va usted a verla. No es que me queje; ¡constel! Lo que yo quiero es tenerla en propiedad.

La escuela de Torralba es como las casas que he visto en la calleja donde vive el maestro y como la casa del maestro. Abajo, si no recuerdo mal, hay una sala para el Concejo. Arriba, un solo cuarto, largo y estrecho como un cofre, con dos ventanitas al campo. Cuatro mesas antiguas, y sobre las cuatro mesas, tendida y arrollada a su asta, la bandera española. Yo aseguro que puestó el cabo del asta bandera en la pared, apenas queda sitio para la mesa del maestro. Este es el largo de la clase. Y desplegado el lienzo, toda la escuela se inundará con sus colores. Torralba del Moral es un pueblecito pequeño. No tiene Concejo, pues sigue agregado a Fuencaliente de Medina. Su vecindario no puede construir escuela y casa para el maestro, como acaban de hacer el de Fuencaliente y el de Azcamellas. Antes les protegía el duque de Medinaceli, dueño de todos los baldíos, de todo lo que no está sembrado, y que bastante hace con limitarse a cobrar una pequeña renta por los pastos. Ahora no les protege nadie, ni siquiera saben protegerse ellos mismos. Pero la raza es prolífica. Por honroso que sea, no les basta a los chicos el abrigo de una bandera, y por lo menos necesitan un poco de espacio para desplegarla.

Así es Torralba, antesala de Soria. Ganaderos y labradores, mujeres metidas en sus casas, econó-

micas, hacendosas. . . Y la vida tan dura que no les deja ilusión para ambicionar. Pero hemos de ver algo más que Torralba. Soria es la región que a nadie desencanta, pues al acercarse a ella todos venimos prevenidos contra la escueta y desolada frialdad de sus páramos. Y es también la región que guarda todavía sorpresas.

II

SORIA DEL PÁRAMO: SORIA DEL DUERO

GRAVE y severa infancia tiene el río Duero, si es aquí, en Soria, bajo ese monte pardo y sin césped, coronado por un castillo en ruinas, donde aprende a vivir. Yo fui, sin embargo, a tomarle más cerca de su nacimiento, hacia la Sierra de Duruelo y de Urbión, y allí he visto saltar al Duero, niño, entre peñas, prados y arboledas alegres. Sí; al llegar, nos muestra Soria semblante agrio. La tierra, roja. Las piedras, más rojas aún. En el crepúsculo, se encienden con una terrible luz. Las plazas viejas son todavía campesinas, y cuando entramos en cualquiera de estos portales de gran aspecto señorial, no sabemos si saldrá a abrirnos un escudero anciano y pobre, de barbas blancas, o un pastor. Lo que refleja aquí el Duero, desde su puente, tan castrense como el castillo, hasta el cerco de cumbres de Sierra Santa Ana y el Moncayo, es un paisaje de pocas líneas, simple y sobrio. Esas pocas líneas van trazadas con tal firmeza, que imponen respeto. Como si el páramo hubiera empezado a tomar vuelo, a ondular, a elevarse, y para coronar su obra, él mismo se hubiera

erigido sus fuertes y sus templos románicos. También parece como si respirara el orgullo frío y hostil del enorme esfuerzo realizado. Pero el Duero va a seguir su curso aguas abajo. Vengo de verle bajo los veinte arcos zamoranos, y llegará al Atlántico, después de las delicias de Oporto. Igual que el Duero, salen los hijos de Soria; se esparcen por España y América; llegan a la vida cómoda y blanda en otras tierras. Soria es la única inmutable. Cuando llegamos a comprender, piadosamente, su secreto, lejos de ofendernos el orgullo de este paisaje altivo, nos conmueve. Y va naciendo, poco a poco, sobre el respeto, un cariño cordial.

Pero es preciso verla toda a un tiempo, sin dejarse aplastar por esa especie de estupor que traen al ánimo quieto, el silencio y la soledad de la altiplanicie. Toda tierra de Soria, desde los pinares de Almazán hasta Valdeavellano, desde los altos de Agreda hasta los campazos y parameras de Manzanares, en las Hurdes sorianas, lindantes con Segovia. Esta serie de perspectivas, varia y móvil, la necesitamos nosotros para vencer el encanto melancólico de un suelo tan duro. Los sorianos, en cambio, están ya por naturaleza abroquelados contra toda inclemencia. Así pueden extenderse luego por cualquier clima, en la ruta de sus emigraciones: las cañadas; aprovechar el paso del ganado trashumante e irlo siguiendo de etapa en etapa, de manera que la carga mitológica de sus naves no es ya el vellón de sus ovejas, sino la energía de sus hombres. Pastores de Soria fueron dejando sus hijos en comercios toledanos, manchegos, extremeños, andaluces. Luego, los embarcaron para la Argentina. Açabaron por formar una gran colonia dispersa, y aquí está la metrópoli,

Metrópoli sin fausto y sin ostentación, que no quiere o no puede crecer, como todas las demás metrópolis, y que valdría lo mismo aun cuando le faltaran el casco del anciano escudero y el prestigio de las piedras rojas. Por eso desde hace siglos Soria mantiene ocho o diez millares de habitantes. Sus pueblos apenas aumentan, acostumbrados, sin duda, a considerarse como viveros de hombres.

Fácil es, con lo dicho, explicarse el afán que sienten los sorianos por la educación de sus hijos. No quieren enviarlos desarmados a una lucha en que sólo llevan para defenderse condiciones morales. Por eso desde hace años, Soria lleva ventaja a casi todas las provincias españolas en la estadística de la primera enseñanza nacional. Y en todas partes tiene ya, por tradición, favorable acogida el maestro soriano. Yo había oído hablar de los normalistas de Soria, tipo de estudiante de maestro más primitivo, más «pueblo» que en ningún otro pueblo de España. Si quisiera describirle tal como me lo habían pintado, bastaría llamarle *el maestríto de zamarra*. Pero todas las tradiciones van cayendo. Apenas llegué a Soria, quise ver la Normal. Don José Tudela, archivero del Instituto — a quien conocen los españoles cultos por un famoso trabajo de Ortega y Gasset: *Pepe Tudela vuelve a la Mesta* —, y don Gervasio Manrique, inspector entusiasta e inteligente, me llevaron a la Escuela de Maestros, que dirige otro espíritu animoso, don Pedro Chico. Vi un buen director; una buena directora, doña Concepción Sánchez Madrigal; una institución pobre de recursos, sin espacio, sin material, sin patio abierto. . . pero no vi al *maestríto de zamarra*, ni siquiera al maestríto de pana. Si hay allí algo primitivo, arcaico, no son los alumnos, sino lo que

pone el Estado. Si hay allí algo de pana y zamarra es la Normal.

Anejas a la Normal están las graduadas, en el mismo edificio que antes fué Colegio de Humanidades, a cargo de los jesuitas. Con grandes trabajos se habilitan los grupos, muy modestamente, como todo el resto de la primera enseñanza en Soria, que está a un nivel inferior al de su provincia. No faltan maestros y maestras admirables. Allí está don Marino Zaforas, director hoy de la Colonia Escolar. Don Martín Chico; la señora de Marco... Siento no incluirlos a todos en esta mención. A pesar de su valía, el sitio en que trabajan es incoloro y anodino, instalado con mezquindad. No llega, sin embargo, a dar una nota pintoresca en lo que pudiéramos llamar región inhabitable de nuestra geografía pedagógica. Está misión le está reservada en Soria a la escuelita del Carmen, es decir, a la escuelita de don Abdón Senén.

Don Abdón Senén García enseña a setenta u ochenta niños en una dependencia humildísima del convento de Carmelitas. Desde la puerta del zaguán — que ya está fuera de sus goznes, corroídos y herrumbrosos, y que amenaza desplomarse cualquier día — hasta la mesa de don Abdón, los siglos han ido trazando a través de la piedra, el yeso y la madera, una especie de caz, por donde podría bajar, si don Abdón fuera demasiado sensible, un arroyo de lágrimas. ¡Tan triste, tan antigua, tan chata y tan pobre es la escuela del Carmen! Pero don Abdón ve que los muchachos, sea como fuere, quieren aprender. «¡Están acostumbrados a todo! — me dice —. Aunque le parezca a usted mentira, se encuentran aquí a gusto.» Y es posible que, en efecto, los chicos no vean en sus casas nada mejor y

que no se les ocurra aspirar a otra cosa. Es posible también que don Abdón haya tomado cariño a las cuatro paredes húmedas y al techo ruinoso, tan amable con él, que todavía no se le ha venido encima; pero si hubiese en Soria Amigos de la Escuela, he aquí un caso admirable para intervenir.

Todo está proyectado, aquí como en la mayor parte de nuestras ciudades, villas y aldeas. Todo está dispuesto y no falta más que realizar los planes. Aquí hay el proyecto de un grupo escolar con tres grados de niños y niñas. El expediente está en el Ministerio de Hacienda detenido por un simple trámite. Se trata de la cesión del solar, concedido ya por Fomento, y pendiente de aprobación en la calle de Alcalá. Yo rogaría a quien tenga la culpa de la tardanza que viniera cualquier mañana a fumar un cigarro con don Abdón.

III

VIAJE A LAS TRES NUMANCIAS Y AL VALLE DE LAS ESCUELAS

SORIA, NUMANTINA. — Soria es todavía, y será siempre, numantina. Acabamos de ver el Museo Numantino, donde aparecen restos de tres civilizaciones, y hemos examinado despacio la Numancia muerta y la Numancia viva. Porque detrás de nosotros entró una pareja de recién casados iberos, autóctonos, soberbios ejemplares, un poco estilizados a la moda del día en Velilla de la Sierra o en Renieblas; pero del tipo étnico que más puede interesarle a don Blas Taracena: «dolicocéfalos, de talla media, musculosos y de apófisis muy desarrolladas». Gentes duras y recias, que no se hablan — por lo menos ante las vitrinas del Museo —, pero que se sonríen epitalámicamente sobre los huesos de sus antepasados. Y en la sonrisa abierta de la novia, que descubre hasta las encías, bien rojas, compruebo la observación del arqueólogo: «Los robustos maxilares hasta hoy encontrados no presentan ninguna caries.» Aquí deberían venir todas nuestras generaciones de estudiantes, para reconocerse su mayor o menor parte ibérica. Taracena, director y alma de este Museo, está siempre

dispuesto a ponerse su capa-capote-carrik, y a guiarles por los altos del cerro de Garray, que viene a ser como el corazón de Iberia. Puestos aquí, imagino que nadie privara a Soria de su título, bien ganado, de capital de Iberia. Gracias a don Eduardo Saavedra, que descubrió Numancia, y a don Ramón Benito Aceña, que donó el Museo, Soria sostiene con decoro su capitalidad. Soria del Páramo, Soria del Duero, no es una advenediza.

UN NIÑO EN GARRAY. — Este niño, que jugaba en el camino, junto a la cuneta, al acercarse el automóvil ha saltado con pies y manos para echarse fuera. Tendrá, lo más, siete años. Es fuerte, algo rechoncho, moreno, barro cocido. Su indumentaria, sencillísima, es compatible con las tres Numancias: la prehistórica, la celtibérica y la romana. Sólo en los borceguíes se ve que ha intervenido el arte mudéjar de un zapatero de Garray. Cuatro o cinco civilizaciones contribuyeron, por consiguiente, a dulcificar la mirada que nos lanza al ver que nos detenemos a la misma puerta de su casa. Garray está — como sabéis — al pie del cerro donde se extienden las ruinas de Numancia; y los muchachos de Garray, precursores de Saavedra, fueron los primeros excavadores numantinos. Si le dejáramos abandonado a su suerte en el clima duro y pobre de la meseta, este niño tardaría poco tiempo en volver a la rudeza primitiva. Un maestro ibero viene a llevárselo y le convierte en guerrero, héroe hasta la muerte. Un romano le educa para contribuir al mayor brillo de la metrópoli. Un fraile, para ganar el Cielo. El maestro que llega ahora, ¿le enseñará sólo a leer y escribir? El niño de Garray tiene una escuela nueva, de área mayor que la del mayor edificio excavado en Numancia. Sus ojos

revelan inteligencia, y su ceño, carácter. Vamos a ver qué conseguimos entre todos de este material noble, acero de buen temple, oro de ley. Si yo fuera el maestro encargado de inaugurar la escuela nueva de Garray, no podría hacerlo sin sentir cierta inquietud, cierta ansiedad heroica.

EL VALLE DE LAS ESCUELAS. — Para honra de Soria hay que decirlo: este valle no puede limitarse bien. Es muy extensa y tiene muchos entrantes y salientes la región soriana, que demuestra una verdadera y meritoria preocupación por las escuelas. Fuentescantos, Almarza, San Andrés de Almarza... En Fuentescantos veo una escuela soberbia, con su graciosa valla azul, que delata en seguida el buen gusto de las construcciones escolares de Flores. En Almarza, el Ayuntamiento ha levantado un edificio grande con salas enormes, capaces para ochenta o cien niños cada una. Quiere que haya lugar para todos aunque vengan muchos. Si hubiéramos llegado antes, nuestra idea sobre Almarza no sería favorable. Aquí hay una maestra fina, educada, inteligente, reducida a dar clase en el más miserable casucho rural. Por necesidades municipales la habitación contigua al zaguán servía como depósito de cadáveres, y los niños podían presenciar desde su escalera las autopsias. Esto ya no ocurre en Almarza. Hay pueblos todavía donde el local de la escuela se utiliza para todo, incluso como capilla fúnebre. ¡Cómo se han levantado sobre esa bárbara tradición los pueblecitos sorianos! San Andrés de Almarza tiene, no una, sino dos escuelas. Un pabellón amplio y sencillo, que sólo aguarda buen material, y acaso también un poco de arte. Porque la mayoría de estas escuelas nuevas se resienten de su desnudez estética.

REFLEXIONES ANTE EL CASO DE TERA.—El camino sigue valientemente hacia el puerto de Piqueras, sobre la Póveda y Barrio Martín; pero nosotros le dejamos meterse en una de esas nubes torvas que se encariñan con la Sierra y volvemos atrás para internarnos por el Valle. *El valle*, para los sorianos, es Valdeavellano, tierra jugosa, magra, rica en pastos. Allí está, entre dos ríos, arboledas, prados y huertas, un pueblo delicioso, que con la elocuencia de sus techos hospitalarios y de sus portalitos limpios está diciéndome: «¡Quédate!» Allí está, para interesarnos más, el caso de Tera. Caso desconcertante, señores pedagogos; y voy a contarlo, no sólo porque es verdad, sino porque me regocija esta pequeña subversión de todas las normas, reglas y leyes inconcusas. Empezaré por presentarles a don Fausto, el maestro de Tera. Es un hombre afable, acogedor, inteligente. Quizá su tipo de maestro sea un poco anticuado. Sabrá, no hay duda, todo lo que hace falta saber hoy para sentarse en una de esas sillas cojas que componen nuestro menaje nacional; pero lo sabrá a su modo. Para verle tenemos que subir la escalera de una escuela que no parece escuela, sino la casa de don Fausto. ¿Hay allí campo de juegos? No. ¿Patio cubierto, siquiera? Tampoco. ¿Está bien cubicada la escuela? Me parece que no. ¿Y el material? ¡Viejísimo! Pues entonces, ¿qué tiene la escuela de don Fausto?

¡Esa es la cosa! ¿Qué tiene la escuelita de Tera para ser tan recogida, tan discreta, tan clara y, sobre todo, tan atractiva? Yo creo que en primer término tiene a don Fausto. Pero, además, tiene proporciones adecuadas, luz conveniente, colores bien entonados para mantener a los muchachos en estado de serenidad. Si abriéramos un concurso de

escuelitas sorianas, es probable que yo le diera el premio a la de don Fausto, siempre que don Fausto siga poniendo en ella el único requisito que no marca la ley: el espíritu.

EN RECUERDO DEL MARQUÉS. — Pero eso de aceptar una escuela defectuosa por simpatía — me diréis —, es antipedagógico, y además «conservador». Es posible. También es posible que la última palabra de la ciencia pedagógica se haya dicho en Tera. Pero si recibo sugerencias conservadoras se lo deberé a la sombra del marqués de Vadillo, cuya casa solariega está aquí. Vadillo nos enseñó Derecho natural. Tenía un aspecto triste y se producía siempre con humorismo. ¡Cómo había de imaginarme yo que aquel señor urbano y enlevitado radicaba en lugar como Tera, campesino, ganadero! Entré en aquella casa-granja, de tipo castellano sobrio y señorial — porque eso es el palacio de los Vadillo en Tera —, y quedé prendado de aquel jardín con su tapia almenada, con su verja, a cuyo fondo se abren las alamedas de un hermoso parque. El marqués fué ministro y no dejó de asistir un día a su cátedra. Tenía un concepto soriano, firme y persistente, del deber. No sé si hoy seguiría siendo demasiado conservadora su doctrina del Derecho natural; pero desde este patio, que no es patio de armas, sino apartadero de una cañada, comprendo, ya un poco tarde, la filosofía y el humorismo del marqués de Vadillo.

IV

LA ESCUELA ENCANTADA DE VINUESA

MOLINOS DE RAZÓN. — Todos los pueblecitos del Valle tienen algo que atrae; pero lo sugestivo en Molinos de Razón es el nombre. ¿Qué quiere decir *molinos de razón*? ¿Qué artificio pueden haber inventado los sorianos para una elaboración tan difícil? El Razón es un riachuelo que lleva sus aguas al Tera. Ya está explicado el nombre, razonablemente, y, sin embargo, siempre nos queda en él un poco de fantasía y de misterio. Los vecinos de este lugar, que son escasos, pues todos ellos viven de una pequeña fábrica, construyeron, con ayuda del Estado, unas escuelas gigantescas, grandes *docks* para almacenar generaciones de muchachos; y en su prisa por ocuparlas, no aguardaron ni siquiera el permiso. Vertiginosa y espléndidamente han habilitado de cualquier modo un edificio, que ya parece viejo, donde podría acampar todo el pueblo.

Pero antes de pasar por Molinos hemos cruzado Valdeavellano de Tera. Aquí hubo, como en casi todos estos pueblos, un filántropo: don Ramón Benito Aceña, el mismo que hizo construir el Mu-

seo Levantino y el Obelisco erigido en lo alto del cerro de Garray. Los Aceña fueron ganaderos. Don Ramón, abogado, logró su fortuna en Madrid, donde han sabido encontrar sus Indias muchos sorianos. Para mantener su buena memoria quedan en Valdeavellano las escuelas de piedra, y un trinquete, también de piedra, donde juegan a la pelota los mozos. A partir de aquí empezamos a enterarnos de que la verdadera orientación de estos lugares, más allá de Sierra Umbría y de los montes del castillo, es América. La emigración ha hecho milagros. Ya veremos hasta dónde llega su poder.

Emigrantes a América — a la Argentina casi siempre — . Emigrantes a las otras regiones españolas. El caso es que todos se acuerdan de lo que dejaron al marcharse. Hay en Soria regiones sin emigración, o con emigración desafortunada. Hace falta un golpe de suerte para que en Duañez, por ejemplo, junto a Candilichera, salga un muchacho que derribe la escuela con techo de bálago y levante otra donde quieran estar los maestros. Viendo lo aventurado que es confiar en la generosidad de un hombre solo, muchos pueblos empezaron a trabajar colectivamente. Ledrado, en el puerto de Uncala, no tenía escuela. Se reúnen los vecinos y acuerdan contribuir con cincuenta duros cada uno. Ese año se quedaron más de dos sin matanza, pero hasta los pobres cumplieron. Y muy contentos. En la Estepa de San Juan, Cuéllar, construyeron los vecinos escuela y casa para el maestro por suscripción y prestación personal. Todo lo hicieron ellos, gracias a su buena voluntad y al estímulo de un maestro competente. Pueblos pobres, que tuvieron su semana de las vacas gordas con la guerra europea, han sabido aprovechar la ocasión. Valyer-

de de Agrela se transformó apenas empezó a entrar dinero. Toda la Sierra se ha llenado en tres o cuatro años de escuelitas nuevas, cuyo defecto está en haber descuidado la estética, el carácter y, algunas veces, la adecuación. Almenar ha construido grandes escuelas, tipo Rucabado, con soberbia chimenea de campana, muy decorativa, en un país donde no hay leña y donde la consignación es pobre. Muchos lugares de España verán con envidia el caso de estos otros pueblecitos felices que tienen un hada de madrina. Todo el valle de Valdeavellano y la región donde nace el Duero. Pero esas hadas son las Filantrópicas que, desde América, se cuidan de mejorar el pueblo, construir fuentes, cementerios, hospitales, juegos de pelota... y, desde luego, escuelas.

VINUESA. — ¡Amigo Tudela! ¡Amigo Manrique! Me veo con la imaginación otra vez en Vinuesa. A cambio de otros dones, que se nos negaron, tenemos el gran patrimonio de nuestros recuerdos, y Vinuesa es inolvidable. Vuelvo a verme en aquellas callejuelas empedradas de guijos que lava la lluvia; ¡tan limpias, tan bien medidas!, dondè aparecen superpuestas, sin violencia y sin escándalo para los ojos, dos épocas distintas: la época de la dignidad hidalga y señorial y la época del *comfort*. Santillana del Mar tiene las piedras demasiado oscuras. He visto las macetas de sus balcones como una flor brotando de una calavera. ¡Pasó Santillana del Mar! Candelario nos cansa, nos obliga a ir trepando calle arriba. Con su carácter típico, singularísimo, comprendemos que Candelario es sólo para los de Candelario. He pisado también unas piedras viejas, medievales, en Miranda del Castañar. Está allí demasiado viva la Edad Media, y necesitaríamos que

hubieran trabajado un poco en suavizarla, unos cuantos indianos de buen gusto, para no sentirnos fuera de nuestro mundo. Pero Vinuesa conserva su tradición sin ningún esfuerzo. Las casas solariegas son más bellas hoy que cuando las construyeron todos esos hidalgos que dejaron esculpido en piedra su escudo. Veo la solana de los Turon, con su alero ligeramente ondulado, el portalón ancho, castellano, y aquel zaguán enorme con su artesonado de maderas ricas.

Y vuelvo a ver también la escuela encantada de Vinuesa. Hay en Zalla, en las Encartaciones, un palacio de piedra mármol, que nadie acabará, ni siquiera las brujas, porque la tradición quiere que para siempre quede en suspenso la obra frustrada de sus fundadores. Pero la escuela de Vinuesa está terminada. Asomándonos a contemplarla, fuera de la cerca, veremos que el edificio duerme con todos sus párpados, que son las ventanas cerradas. Entre sus paredes y la cerca hay un espacio amplio — campo de juego —, y lo extraño, lo que produce singular emoción, es que por las cuatro fachadas ese campo está cubierto de hierba. Ni caminito, ni vereda que dé acceso a la entrada. Nunca ha entrado allí nadie. Crece la hierba, como alrededor de una losa de un camposanto abandonado, y esa debe de ser la mala impresión que nos sobrecoge al asomarnos a la escuela encantada de Vinuesa.

Yo sé, amigos de Soria, lo que ha pasado ahí. Lo he leído en la *Gaceta*. Construida por fundación sobre terrenos de otra fundación cedidos inadvertidamente por el Municipio, nadie ha encontrado hasta ahora medio de vencer la resistencia numantina con que tropieza la generosa idea del

fundador, Torroba. Tienen ustedes en Vinuesa un buen maestro, cuya escuela se aloja en un antiguo palacio episcopal. ¿Es absolutamente necesaria la escuela encantada? Quizá sea lo mejor dejarla tal y como está, de respeto, para que guarde Vinuesa un mérito más a los ojos del viajero.

V

VILLACIERVOS.—CALATAÑAZOR FINAL EN BURGO DE OSMA

UNA ESCUELA DE PARAMERA. — Por el lado de Vinuesa, hasta más allá de Molinos de Duero, todo va bien. Salduero—por ejemplo—, pueblo pavimentado con grandes losas de buena piedra, tiene sus servicios como una pequeña gran ciudad. América les vale. América dulcifica el rigor de la vida en esos rincones de las mismas fuentes del Duero, Covalada, Duruelo, dentro ya de la Sierra de Urbión... Si volvemos hacia los pinares de Almazán, encontraremos asimismo gentes que llevan una existencia aceptable y aun envidiable. Yo sentí desde el tren la paz y la felicidad de tipo canadiense, tal como nos la ofrece el cine, en la estación de Matamala. Almendros y perales en flor. Grandes pilas de troncos, renegridos por la lluvia, pero con la amputación fresca y sangrante todavía. Bajo la lluvia, el fondo oscuro del pinar; y entre las hacinas de ramaje, unas vacas pequeñas, como de juguete. Aquí completarían el cuadro escuelas, canadienses también, con niños sueltos y ágiles, que llegaran en auto, o por lo menos montando su ca-

ballo en pelo. Las que hay no tienen gracia, ni arte; pero no son malas. Otra cosa distinta vamos a encontrar saliendo de Soria por Golmayo y cruzando tierras de Nódalo y Nafría la Llana, en la carretera del Burgo de Osma. La primera parada será Villaciervos.

Tiene la escuela de Villaciervos, para destacar en el fondo pardo y chato del caserío, unas tejas muy rojas y unas macetillas en el balcón. Ese es todo su vuelo. Pero desde el zaguán, empedrado de cantos picudos, negras las paredes, negro el techo, de negro humo, se anuncia ya uno de esos casos tétricos y sombríos, que cuando asoman me obligan a pensar si tengo derecho a ofender con mi visita la dignidad del maestro que lo soporta. Es, al fin, su casa, lo que vengo a ver. Sale una pobre madre, con sus niños; adaptada ella, conformados los chicos, en trajes y trazas, en rostro, figura y modos al país en que vinieron a vivir. Es, al fin, la familia del maestro, que yo debo respetar. Pero ni él ni los suyos son así: años de permanencia les obligaron a acomodarse para no morir. No tienen la culpa de haber acampado en la paramera de Villaciervos. Subimos. El maestro nos recibe con afecto; pero, en el fondo, siente el peso de la gran miseria que le rodea. Su escuela es un desván. Allí, su enseñanza sufrirá el ahogo que sentimos nosotros. Para defenderse del viento que hostiga como en ninguna otra parte del mundo, debe cerrar todas las ventanas y la puerta. Su rebañito se aprieta en invierno, como en el redil. Deletrea, escribe, trabaja con obstinada voluntad; pero año tras año el maestro se agota, porque su esfuerzo cansaría al hombre más robusto. ¿Cómo podremos acudir en ayuda de estos héroes sacrificados y abandonados,

que sobre su lento martirio del trabajo de cada día en condiciones espantosas, por culpa ajena, tienen que aguantar el olvido y la incomprensión? Yo quiero enviarle una palabra de aliento al maestro de Villaciervos y a los otros compañeros que viven como él. Pero esto es poco. Quiero estimular a todos los que tienen en Soria una cultura y una posición para que constituyan su Sociedad Protectora de la Escuela y hagan imposibles tragedias como ésta.

Paramera de Villaciervos. . . Campazo raso, útil sólo para pastos de ganado flaco y pobre. Enebrales, salobrales y lastras. Viento, lluvia o nieve. Llanura alta que sólo alegra su desolación con el amarillo de las aulagas. Si dejáramos el camino y quisiéramos subir en busca de los hatos y brañas hacia Las Fraguas, o hacia la Sierra de Cabrejas, podríamos perdernos como en el Tibet. Los muchachos que nacen aquí y salen de esa escuela — si salen — irán a cualquier país y soportarán la vida más dura y más agria que puede imaginarse. Harían falta maestros de esta tierra habituados a su inclemencia y educados para mejorarla.

CALATAÑAZOR. — Hasta el escalón del Temeroso llega la altiplanicie que empieza en Villaciervos, pero antes vemos asomar, a la derecha del camino, la cabeza de Calatañazor. En otros tiempos iríamos con respeto, porque Calatañazor, oculto como un arquero, parece espiar al enemigo desde la cortadura del monte. Hoy avanzamos con entusiasmo, aligerando el paso entre matojos y peñascales, seguros de que va a ofrecérsenos algo único y maravilloso. En efecto, llegamos a una gran barrancada que ha ido labrándose en el páramo el río Blacos, y sale del fondo, en magnífica y aparatosa

escenografía, la peña de Calatañazor, rodeada de muros viejos y coronada por un castillo en espolón. Media tarde. Luz de poniente. Todas estas piedras rojizas brillarían como cinabrio, si no templaran su fulgor la niebla y la vejez. Porque a medida que descendemos al lecho del río para trepar al otro lado, descubrimos la miseria de estas ruinas, deshaciéndose día por día. Allí está, en medio de un camino estrecho y muy empinado, la pila donde bebió agua el caballo de Almanzor: una gran piedra cuya cavidad guarda el agua de lluvia. Al entrar por la puertecita de Calatañazor no podríais llevar abierto el paraguas. Es una ojiva hecha para que pasemos uno a uno, amigos o adversarios, bajo los ojos vigilantes del centinela. Pues bien, ya estamos dentro. ¿Qué hay ahora en Calatañazor? Cuestas, pedruscos, casitas increíblemente viejas, hechas en su parte alta de entramados y, a veces, de empajados. Madera gris, cenicienta; madera muerta en las colondas y en el tejeroz. Descomposición de una edad absurda obstinada en mantenerse enhiesta y arrogante, cuando no hay nada bajo la armadura, y la armadura misma está convirtiéndose en herrumbre y polvo. En las peñas de enfrente destaca una monstruosa: es la Peña de los Buitres. Vuelan siempre milanos y grajos, que nuestra fe en la Historia de España nos hace suponer los mismos que cayeron sobre el ejército, derrotado, de Almanzor.

Pero en la villa, con su muralla gótica, sus casas pobres, de sierra, su iglesita de tipo románico, en parte, y sus nidos de cigüeña, no todo está muerto. La escuelita es bulliciosa y los muchachos están bien vivos. ¿No sería mejor para ellos abandonar el emplazamiento de Calatañazor y salir al campo,

puesto que los ejércitos del califa no van a volver? Hay, sin embargo, el amor a las piedras viejas. En la misma escuelita hay una lápida románica, estela funeraria, empotrada en la fachada que da a la calle, con muy buen gusto decorativo. El museo de Soria quisiera llevársela, pero Calatañazor se defiende. Yo creo que hace bien Calatañazor, aunque se moleste don Blas Taracena. O marcharse de allí a otra parte, o conservarlo todo tal como está, incluso la escuela, rodeada de solares, ruinas, sin espacio y sin campo de juego, porque son serios y están habituados a la estrechez los vencedores de Almanzor.

BURGO DE OSMA. — Es tarde ya para hablar como se merece de Burgo de Osma, que ha elevado un monumento a un maestro. Burgo de Osma tiene una catedral soberbia para cuatro o cinco mil habitantes. Tiene, además, a San Pedro de Osma, un santo de leyenda simpática entre las más brillantes y atractivas del santoral hispánico. Y además, en esa catedral ha trabajado Juan de Juni. A pesar de todo, Burgo de Osma mira hacia el porvenir. El busto de Barral llevará con el tiempo otro género de peregrinantes, porque el maestro de hoy tiene también su santoral.

EL MAESTRO. — Este maestro octogenario, cuya memoria ha querido perpetuar Burgo de Osma, regentó, durante medio siglo, la escuela de la villa. Llámase don Victoriano Corredor; y el monumento, trasladado en piedra, de una cabeza noble, grave, modelo de recia fibra castellana, es obra de Emiliano Barral. Dos apoteosis conmemorativas hubiera deseado presenciar en estos últimos tiempos: una, la de ese viejo maestrillo de tierra de Soria; otra, la de aquel velero levantino que llegó al centenario,

fuerte aún para seguir navegando. La misma sencillez primitiva, la misma juventud de expresión veo en una y otra alegoría. Un aura fresca, fragante aura infantil, envuelve ambos recuerdos. Con las sales marinas, o con el aroma silvestre, viene una grata emoción de infancia. Y para no perder del todo la ocasión, ya que tampoco he llegado en buena hora para visitar a don Victoriano — que está enfermo y en cama —, mostraré al menos mi buen deseo escribiendo unas líneas de simpatía a Burgo de Osma, que ha tenido la idea original de inmortalizar la figura de un maestro de escuela.

El busto de Barral, retrato de don Victoriano, es la imagen del maestro. Está labrado en piedra roja todo el monumento, que es pequeño, muy sencillo y se alza discretamente a un lado de la soberbia entrada del antiguo Colegio-Universidad de Santa Catalina. En ese jardín severo, de tierra de Soria, aparece sin ostentación, y con dignidad, el busto de Corredor. Ha sabido situarse al paso de las nuevas generaciones para que no le olviden. Pero dentro de unos años o de unos siglos ya no será don Victoriano Corredor. Esos trazos secos, angulosos; ese cráneo de líneas amplias y esa expresión recogida tienen la virtud de representar al maestro. Cuando pase el tiempo y, borrado el recuerdo de este héroe veterano, nadie sepa quién fué el modelo de Barral, quedará el busto del maestro. Una vez desprendida la parte personal, anecdótica, que une el nombre a la estatua, sólo se verá en ella el tributo a una profesión, a una vocación que el pueblo considera y honra.

Ese es, a mi juicio, el sentido más íntimo del homenaje. Veo a millares de maestros españoles en lucha con un destino agrio, empeñados en sacudir-

se las cargas que fué dejándoles el tiempo viejo, sorprendidos, de pronto, con un acto de cariño hacia ellos y hacia la misión que cumplen. Don Victoriano no es el grande hombre que se impone a la admiración de sus contemporáneos con obras gloriosas. No es el creador ni el reformador, sino, simplemente, el maestro que ha enseñado las primeras letras, durante cincuenta años, a muchas generaciones de escolares. Por los diarios de Soria juzgo que ha sido decisiva la intervención de un poeta estimado, Morenas de Tejada, en el homenaje. Pero ha respondido, cordialmente, el pueblo. Sin el respeto sincero de los sorianos a la cultura de sus hijos no habrían admitido en Burgo de Osma la idea de alzar un monumento a Corredor. Puestos a buscar prelaciones y jerarquías, no les habrían faltado pequeños grandes hombres a quienes honrar en bronce o en mármol. Cuando no lo han hecho así es porque tienen conciencia de lo que vale la obra del maestro.

Es deber nuestro, sin embargo, no limitar el tributo de simpatía a un halagüeño canto lírico. Conviene decir de qué modo la figura del maestro de primeras letras, educado en las prácticas de 1850, aparece hoy a los ojos de sus compañeros más jóvenes y más entusiastas. Es el roturador, el desbastador. Le contemplan con admiración — y con pena —, viéndole entregado a una tarea ímproba, en la que todo ha de hacerse por cantidad y no por intensidad. Es Hércules reducido al papel de niñera, enseñándoles a andar a los muchachos torpes. Es la víctima del número; víctima resignada, que acaba por aceptar con alegría su propia limitación y que renuncia a la idea de salirse de la rutina. El maestro de hace cincuenta años se parece tanto en

la realidad española al maestro de hoy, que hubiera sido de desear una atención mayor de todo el Magisterio al acto de Burgo de Osma, tomándolo como símbolo de su futura renovación. Queda en estatua, honrado como el héroe de una época difícil e ingrata, el tipo del «maestro cantero», de que habló Cossío. Empiece ya otra época en que el trabajo de la enseñanza sea compartido por numerosos miembros de una gran organización escolar. Un ejército — con intendencia — ha de sustituir al héroe. Ya no permanecerá abandonado, perdido en los rincones de España, un hombre que tome a su cargo la tarea de educar e instruir, por sí solo, con sus propias fuerzas, a millares de alumnos, y que, por mucho amor que tenga a su profesión y a su pueblo, ante la ruda faena, se rinde. Testimonio del período heroico será el monumento de don Victoriano Corredor; y donde no tengan una figura popular, capaz de servirles como alegoría, levanten el mejor «monumento al maestro desconocido»: la escuela nueva.

FIN

ÍNDICE

POR ANDALUCÍA

CÁDIZ

Páginas.

I. — Sobre el color de Andalucía y sobre el talento natural	9
II. — Una tradición de cultura	13
III. — En la tacita de plata	17
IV. — Medina Sidonia desde el campanario	22
V. — Los jornaleros de Bornos	26
VI. — Jerez de la Frontera	33
1. El campo de Jerez y los «enseñaores».	33
2. La colonia de Caulina	38
3. Jerez. — El «vino» y el «alcohol».	41
4. Jerez, entre dos extremos	47
VII. — La bahía. — San Fernando	54
VIII. — Viaje a Tarifa	59
IX. — Tarifa. — La costa africana desde el camino de Algeciras.	63
X. — La bahía de Algeciras	68
XI. — Una mirada a Gibraltar.	73
El Peñón y La Línea	73
XII. — Regreso a España por La Línea	78
XIII. — Castellar de la Frontera	84
Un señorío de 268 habitantes y 17.099 hectáreas.	84

	Páginas.
XIV. — De Algeciras a Ronda	89
Un descanso para hablar de los cien millones.	89

MÁLAGA

I. — Ronda	93
1. Llegada a Ronda. — Una vuelta por Mercadillo y la ciudad	93
2. Semblanzas de Ronda. — Primera serie.	96
3. Semblanzas de Ronda. — Segunda serie.	100
4. Última semblanza.	104
II. — Málaga	108
Desde la torre de la catedral.	108
III. — Pizarra-Casarabonela.	113
Para D. José Alius, que no es pedagogo.	113
IV. — Elogio de Casarabonela	117
¡Tan hermosa, a pesar de todo!.	117
V. — Álora y sus maestros	123
VI. — De regreso a Málaga	128
Ministro unas horas, pero sin la <i>Gaceta</i>	128
VII. — Historial de Vélez-Málaga.	133
1. Pasado y presente.	133
2. Presente y futuro	137
VIII. — Orilla del mar, a Fuengirola	142
Churriana. — Torremolinos. — La casa del inglés.	142
IX. — Al salir de Málaga	147
Paréntesis. — Un jardín.	147
X. — Antequera	150
1. «Anticaria» y Antequera	150
2. Renacimiento de Antequera.	154
. Menga y El Romeral.	157

PRIMER VIAJE A GRANADA

Páginas.

I. — Breve prólogo	162
II. — El caso de Huétor-Vega.	166
III. — Alhama de Granada	170
1. Por los tajos del Cacín	170
2. La escuela de los terremotos	174
IV. — De Alhama a Loja	178
La sierra. — El albéitar de Loja	178

LAS DOS CASTILLAS

TOLEDO

I. — A los toledanos y a toda Castilla.	185
II. — Casuismo y labor personal.	191
III. — La puerta del Cambrón.	195
Escuela y jaula.	195
IV. — En el Zocodover.	199
V. — Rielves y sus mosaicos	203
VI. — Talavera de la Reina	208
Los agustinos y el «Parador del Tigre»	208
VII. — Alcaudete de la Jara	213
VIII. — Camino de Guadalupe	218
La Nava de Ricomalillo.	218
IX. — Guadalupe. — Incursión por Extremadura	223
1. El imán del Monasterio.	223
2. Mañana de fiesta.	227
3. Al quedarnos solos.	231
X. — Más pueblos toledanos	235
Maqueda, con su castillo	235
XI. — Riberas del Tajo	239
Illán de Vacas. — Cebolla.	239
XII. — La Sagra toledana	243
Illescas. — Ugena, sin torres.	243
XIII. — Otro lugar, que le dicen Carranque.	243

UNA VUELTA POR SORIA		Páginas.
I. — La antesala: Torralba del Moral	253	
II. — Soria del Páramo: Soria del Duero	258	
III. — Viaje a las tres Numancias y al valle de las Escuelas	263	
IV. — La escuela encantada de Vinuesa.	268	
V. — Villaciervos. — Calatañazor. — Final en Bur- go de Osma	273	

LUIS BELLO

Viaje por las Escuelas
de España

SE IMPRIMIÓ EN
TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA

CERVANTES, 28, MADRID

EN 1927.

*





PRECIO: 5 PESETAS

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28.-MADRID

U. S. B. I. C.

*

VIAJE
POR LAS
ESCUELAS
DE
ESPAÑA

ANTONIO
ANGLADE
CÁDIZ
MÁLAGA
GRANADA

*

IAS
CASTELLANAS
OLEJO
ORRA

G-13678